

LA NACION

REVISTA SEMANAL

AÑO 1

BUENOS AIRES, 16 DE FEBRERO DE 1930

NÚMERO 33

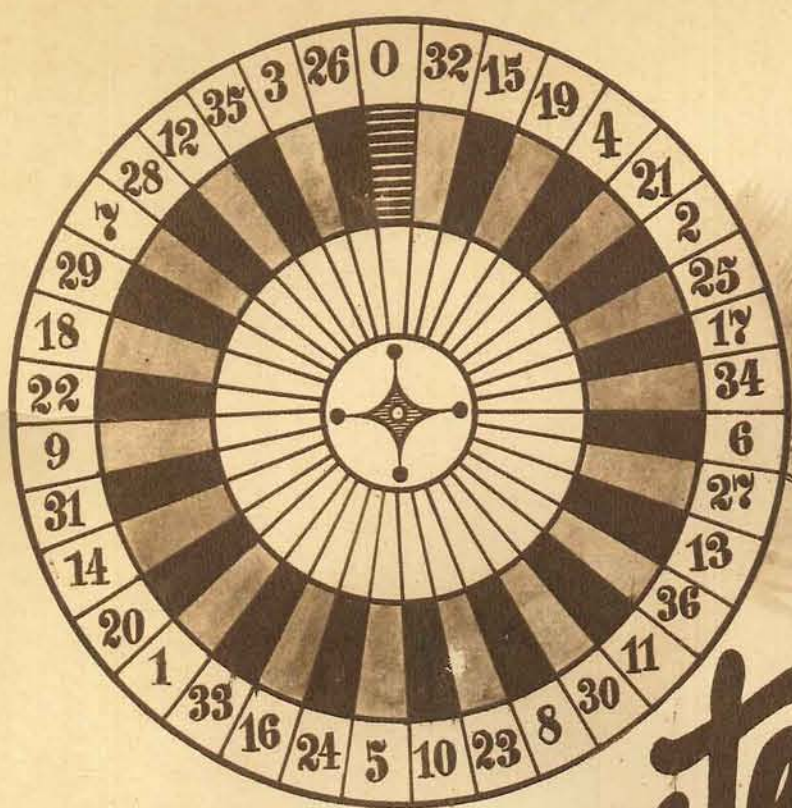


Vidal Quera
30

ESPECIAL PARA LA NACION

POR VIDAL QUERA.

SOÑADORA



Comerciantes o jugadores?

Para muchos comerciantes y fabricantes el negocio de publicidad es tierra desconocida y poco comprendida.

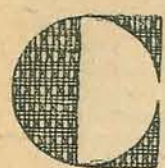
Por eso colocan su publicidad en carteles, en radio, revistas, diarios de poca circulación, avisos luminosos y otros medios con resultados muy inciertos.

Para ellos la propaganda es tan insegura como la ruleta.

No hay manera más rápida de gastar dinero inútilmente que una propaganda mal dirigida.

Evite estos errores y anuncie en el gran diario **"LA NACION"** cuya clase de lectores es conocida en toda la República como la mejor y cuya circulación es comprobada por los contadores revisores Deloitte, Plender Griffith, y Price Waterhouse.

Haciendo su propaganda en **"LA NACION"** Vd. compra el mejor valor imaginable en el ramo de publicidad y pasa de ser un mero jugador a ser un negociante prudente.



ON cada vez más frecuentes los ensayos que se hacen para definir lo que sin gran elegancia viene denominándose la "idiosincrasia" de los pueblos ibero-americanos, amagados hoy por el peligro de la captación nortea. Sería como nunca importante preparar elementos que ayudaran al análisis objetivo, y al mismo tiempo entrañable, de cómo se están realizando en la hora presente los contactos ideales y emotivos entre el Norte y el Sur. Veo en lejana perspectiva un libro — que tal vez nunca haré — cuyo tema sería la respuesta a estas tres preguntas: cómo son, cómo piensan, qué son y cómo querrian ser los pueblos de Ibero América. Respecto del Norte, las tres cuestiones se reducirían esencialmente a la primera; las dos últimas, aunque existan, se encuentran atenuadas frente a esa otra inminente y arrolladora que implica el vivir de cada segundo, en línea afirmativa y ascendente.

En la definición de un pueblo tienen, sin duda, primaria importancia los factores de gran volumen: movimiento de industrias y comercio, fuerzas navales, productividad intelectual y científica, cifrada en libros y en hallazgos originales. No olvidemos, sin embargo, que cada vez alcanza más trascendencia histórica la observación de lo que se llama vida privada, de esa zona a retaguardia de todo espectáculo, pero que, como el reverso del tapiz, posee la clave y la esencia de lo que ante el público es escena y colorido. En fin de cuentas, siempre vendremos a parar a lo que piensan, obran y sienten los individuos particulares. La historia busca hoy en los hábitos domésticos del siglo XVII los antecedentes del modo de ser de los países germánicos; parece ser que la vida sencilla, consagrada a pequeños esfuerzos solidarios y metódicos, contribuyó a desarrollar los gérmenes de la industria y de la interdependencia social, cuyos frutos pueden observarse en Holanda o Dinamarca, para no citar sino pueblos de pequeñas dimensiones. La acción de los motivos religiosos es aquí muy perceptible.

Un país no es sino el producto de todas esas minúsculas aportaciones. Los placeres y aficiones a que cada uno se entrega, el ir más o menos ágilmente al trabajo mañanero, el valor que se concede a las horas, la manera de reaccionar ante la deficiencia, el alcance que prestemos al juicio de los más enterados, todo ello junto con hechos de análogo carácter, va labrando la secreción constructiva, que del individuo pasa a su grupo inmediato, a la ciudad y, al cabo, a la máxima colectividad de la nación. Como sea la abeja, así será la miel.

Corre por todos los labios la vulgarizada frase de que cada pueblo posee el gobierno que se merece, pero sin que la meditación o la emoción la tornen fecunda. Pensando un poco, se vería que los directores del Estado no están ahí a guisa de galardón o de pena; son meramente la expresión de esas acciones positivas o negativas que realizan los más numerosos o más influyentes ciudadanos durante las 24 horas de cada día. Cualquiera que haya visto de cerca los países mejor organizados, sabe que el éxito de su eficiencia colectiva viene sobre todo de que la vida pública se realiza de dentro a fuera, y en menor grado merced a la tutela de las leyes y disposiciones oficiales. En los pueblos sajones causa sorpresa la cantidad y la trascendencia de las actividades que los ciudadanos realizan por sí mismos, sin ingerencia de la máquina política: la enseñanza y la salud pública son asuntos esencialmente particulares; incluso los cementerios, son objeto de explotación comercial. Después de todo, si hay hoteles para los vivos, ¿por qué no los habría para los difuntos? En esos casos, diríase que el Estado se limita a hacer lo que los ciudadanos no están en si-

A LA JUVENTUD ARGENTINA

POR QUE SON MAS FUERTES LOS ESTADOUNIDENSES POR AMERICO CASTRO

(Para LA NACION)
MADRID, enero de 1930

tuación de llevar a término. Así, pues, los germano-sajones ostentan una organización a base de la secreción social de los individuos; los latinos, y también los eslavos, penden ante todo de la iniciativa y de los ademanes del órgano colectivo, que por decir así se adjudica la contrata de la gobernación del país. A veces acontece que el contratista se olvida de las convenciones y se convierte en una fuerza autónoma; su volumen se ensancha entonces en la medida que dejan espacio libre los estímulos ausentes de los ciudadanos. A esas formas cónicas de gobierno se les da el nombre de dictaduras, las cuales, nótese muy bien, sólo conocen hoy las razas latino-eslavas, no las germano-sajonas. Las dictaduras han germinado en países católicos u ortodoxos, no en los protestantes. El momento es único para que los interesados en esa vital cuestión de cómo deban organizarse las colectividades nacionales, relacionen el presente con el pasado; en todo caso, como problema humano, pocos habrá que inviten con más vehemencia a ser conocidos.

LAS DOS AMERICAS

La América del Sur refleja sus antecedentes ibéricos en el hecho de su fragmentación y en otros muchos rasgos; de ahí que haya tenido que rectificar la línea por donde espontáneamente la conducían sus hábitos tradicionales. España, por su parte, también comprendió la urgencia de realizar ese estratégico desvío. Hallóse este país durante el siglo XIX en manifiesto desnivel respecto de Europa, en ciencia, en técnica, en industria, en tonalidad vital; su presente y su inmediato futuro dependen ahora de la acuidad y la energía con que se perciba esa muy especial singularidad. Pues bien, han querido los hados que Hispanoamérica viva, a su modo, inscripta dentro de un problema parecido. Los Estados Unidos han comenzado a ser para las gentes del Sur lo que Inglaterra, Francia y Alemania significan para Iberia. Ahí, como aquí, se dan varias maneras en la consideración de tan voluminoso asunto. Una de ellas es la de quienes lo observan con despreocupada indiferencia. En otros casos se reconoce que el Sur va tomando de la América sajona todo lo que es necesario para la vida de civilización, y que no cabe sino compensar esa importación abrumadora con el envío de los productos naturales de la tierra. Hay, en fin, la postura más difícil e inteligente, la de quienes juzgan que al mismo tiempo que los productos, debieran adoptarse los módulos y las técnicas que hacen posible su creación, sin pretender con ello menguar lo propio y original dentro de cada país. Qué se deba y qué se pueda tomar de la "Europa americana": he ahí un terrible quebradero de cabeza.

Las gentes de esta que llamamos nuestra raza suelen confundir las ideas con los afectos; y como Norte América no es en general una meta afectiva para el hombre del Sur, se piensa que la república estrellada no es sino una inmensa máquina—tráfago y rodajes—tras de la cual no hay nada, ni siquiera espíritu. Esto lleva a conocer mal lo que son los Estados del Norte. Su influjo y su opresión caen pesadamente sobre pueblos que no se explican el porqué de tan indispensable incomodidad, ni ven el modo de constituir un porvenir enteramente libre y autónomo frente a ese agobio económico e industrial.

Norte América se nos aparece hoy como muy distinta y muy distanciada de Europa; mas no se olvide nunca que ese alejamiento fué realizándose en el grado en que eran asimilados todos los fermentos constructivos de lo europeo, muchos de los cuales ya poseía por su ascendencia británica. En la base se halla esencialmente implícita la actividad vital, la amplitud del interés por todo lo humano y la posibilidad de ocuparse en tareas a to-

(Continúa en la pág. 42)



Romance de los dos colores

Eres tú la mujer rubia,
yo soy el hombre moreno;
tú eres la forastera
yo el indio que vive quieto;
tú eres una fuerza viva
y yo una fuerza en suspenso,
pero es viejo tu horizonte,
en cambio el mío es el nuevo;
para cumplir un destino
es mejor que nos juntemos.

Traes rosa en las mejillas,
blancor de estrella en el cuerpo,
pálido azul en los ojos,
me estás anunciando un cielo.
Por todo eso y por el sol
derramado en tus cabellos,
bienvenidos tus colores
que tanto anuncian de bueno.

En un continente nuevo
yo soy una raza quieta;
yo necesito tu sangre,
tú necesitas mi tierra,
yo tu hermosa carne rubia
y tú mi carne morena.

Lo que me falta te sobra;
lo que me sobra te falta;
con tu riego y con mi trigo
haremos la nueva hogaza;
verás que esa carne nueva
también tiene nueva alma.

Fernán
Silva
Valdés

Ilustración
de
Jorge
Larco



Es preciso respetar a la juventud", me decía hace pocos días en el almuerzo íntimo en la casa del Dr. José de Figueroa, director del Museo de Arte Antiguo, el eminente crítico de arte y escritor francés René Jean, que vino a Portugal a dar una serie de conferencias, muy escuchadas y muy apreciadas, sobre el escultor Bourdelle, el pintor Puvis de Chavanne, los impresionistas y la última pintura francesa.

"Es preciso respetar a la juventud". Fijese bien el lector en que este aforismo no es un "truismo" o una "lapalissade". El artificio de la civilización, favorable a la permanencia de los viejos en las posiciones de gobierno e influjo, priva a los jóvenes de la capacidad que la naturaleza les confiere de hacerse respetar por el propio hecho de su fuerza y mayor robustez. Y, por otro lado, si el desacuerdo entre generaciones sucesivas es inevitable, fácilmente se volverá irreductible, y para muchos quizá insostenible, en un período como este que atravesamos desde la gran guerra, en que la sucesión gradual fué substituida por el salto abrupto y, en vez de seguir un lecho liso y suave, el río del tiempo se altera e irrita entre cascadas y azudes. Millones de jóvenes cayeron en la impia e inútil gran matanza y con ellos se rompió el puente entre pasado y porvenir. Por eso para los jóvenes de hoy, los viejos de hoy parecen más viejos que lo que son; y la generación que va a salir de la vida ve en la que llega, no a su sucesora legítima y preparada, apta para bien administrar la heredad que se le da, sino a un bando inquieto y turbulento de criaturas grandes que echará todo a perder...

Antes de la guerra habíamos aprendido que es preciso "respetar a la infancia", y con este enunciado reformamos y mejoramos la pedagogía. Antes de la guerra proclamábamos que era preciso "respetar la vejez". Así aprendieron los jóvenes a descubrirse ante los viejos y a no sentirse en tanto que éstos se mantenían en pie. Pero parece que los más antiguos dejaron de merecer incondicionalmente este respeto de los más nuevos, porque fueron aquéllos los que hicieron o dejaron hacer la carnicería, y éstos los que en el inmenso matadero perdieron, sin ventaja visible para la civilización y el género humano, tantas y tantas vidas prometedoras.

Hoy, cuando los viejos, penitentemente, van a descubrirse ante el túmulo del joven soldado desconocido, es justo que extraigan de los hechos nuevos y terribles su total consecuencia lógica. Es preciso respetar, no sólo a la infancia y a la vejez, sino también a la juventud. Y no sólo a la juventud muerta y sacrificada, sino también a la que quiere vivir y triunfar. No solamente al soldado desconocido, muerto por culpa de los viejos, sino también al genio desconocido que lucha por conocerse y definirse en las tentativas, en los esfuerzos, en los excesos, en las irreverencias y en las propias locuras de los jóvenes.

Al fin lo que se precisa es que nos respetemos todos, los unos a los otros, axioma viejo y fácil, pero grullada casi. Pero no siempre el juicio de la aspiración, del trabajo y de la obra ajena se inspiró o se inspira en la más elemental deferencia o tolerancia. Ni siempre la crítica se nos presenta como la hace René Jean, el hombre sereno y justo que, en la incompreensión y en la batalla de las generaciones, colocándose "au dessus de la mêlée", supo encontrar la visión de altura y, con ella, el criterio equilibrado. El buen gusto innato, el temperamento visual, el estudio serio que le abre, también en el tiempo y en el espacio, el panorama total del esfuerzo y del triunfo artístico del hombre a través de los siglos, son otros dones y virtudes que en René Jean auxilian y completan al crítico.

Habiendo estudiado y conociendo perfectamente el arte griego, medieval, renacentista y del siglo XVIII, René Jean meditó acerca de toda la producción de las generaciones más próximas a la suya y con su generación ha vivido y convivido, asistiendo como compañero íntimo y asiduo a las interrogaciones, a las rebeliones, a los anhelos, a los tanteamientos, a las conquistas y a las derrotas de los novísimos de hoy. Y por ello, para él no hay arte antiguo, moderno y contemporáneo, como en los museos especializados y en las cabezas reducidas a

compendios o catálogos; para él no se abren abismos entre la belleza y el calendario, ni la efemérides invade el dominio de la crítica. El arte es el arte — "ars una". "L'art, un point, c'est tout", como él mismo dice, siente, profesa y practica, con seriedad sacerdotal, y comprensiva y liberal simpatía. Este hombre no ve las edades sucesivas cual dualistas que se baten feroces, ni concibe al tiempo dividido en partidos convictos, política y electoralmente, de usufructuar cada uno el monopolio de la verdad, de la sinceridad, de la belleza o del genio.

En 1892, andando cerca de los quince años de edad, René Jean llegaba a

arte. Por otro lado, el joven empleado tenía en París un primo, Aman Jean, pintor de cierto renombre ya entonces y que posteriormente se hizo célebre.

Casella incitaba al estudioso mancebo a profundizar el interés que le inspiraba la belleza de las obras plásticas; Aman Jean — ¡suprema dicha! — obtuvo para él un modesto puesto de sub-bibliotecario en la biblioteca del admirable Museo de Artes Decorativas, fundado por iniciativa particular en el Palacio del Louvre, al lado de la ilustre pinacoteca.

En ese ambiente nuevo fueron desenvolviéndose y depurándose las cualidades innatas del futuro crítico, con el contacto de los libros y de los hom-

RENÉ JEAN O LA CRÍTICA SERENA Y HONESTA



René Jean, busto esculpido en diorita por Mateo Hernández

Paris dispuesto a ganarse la vida. Hijo mayor de una familia de labradores pobres, acababa de perder a su padre y dejaba en la provincia a la madre viuda con dos hermanitos pequeños. Hospedándose en la casa de una tía casi tan pobre como él, el joven René buscó empleo y consiguió encontrarlo en un Banco: el Crédit Lyonnais.

Pero el humilde empleado bancario sentía hervir en su alma adolescente un ansia de ideal que no podía satisfacer en la convivencia con el oro amonestado y los títulos de crédito. Trató de instruirse y frecuentó cursos de arte y de historia del arte, trabajando tanto "fuera de las horas de trabajo", que una noche su tía lo vio, afligida, desmayarse de fatiga ante la mesa de la cena.

He aquí que este esfuerzo fué compensado y que este heroísmo tuvo su premio, como, felizmente, tantas veces sucede en el mundo. Era compañero de René Jean en el Crédit Lyonnais, M. Casella, más tarde director del diario "Comoedia". Los dos colegas simpatizaron y conversaban de cosas de

bres que los buscaban. Ahí conoció René Jean al costurero y coleccionista Doucet, que reunía maravillas de arte de toda clase — pintura, escultura, mobiliario, cerámica, etc. — en especial del siglo XVIII y del Extremo Oriente, organizando así una espléndida colección que vendida por él antes de la guerra, cuando resolvió dedicarse a reunir obras de arte modernísimas, alcanzó en la almoneda un precio de cerca de trece millones de francos, suma enorme para aquel tiempo. Aficionado finísimo y, además de esto, ciudadano benemérito, Doucet fundó en su casa de la calle de Spontini la Bibliothèque d'Art et d'Archéologie, que, en breve, se convirtió en la primera del mundo en su género y que él donó en seguida a la Universidad de París, haciendo de este modo posible la edición de publicaciones valiosísimas, entre ellas el magnífico "Répertoire d'Art et d'Archéologie", que empezó a aparecer en 1910 y que continúa gozando del favor de todo el mundo artístico y, sobre todo, del arqueológico.

René Jean fué encargado por Dou-

cet de la organización de aquella biblioteca que es, por lo tanto, uno de sus títulos de gloria, monumento de su seriedad y competencia.

Vino después la guerra. El estudio-esteta fué enrolado y anduvo en la danza, a pesar de su salud delicada. Hecha la paz, colaboró con artículos de crítica en un diario de Provenza, "Le Petit Provençal", y entró como conservador en el Museo de la Gran Guerra, otra bella fundación de iniciativa particular francesa en convergencia con la acción oficial.

Casi simultáneamente con su entrada en esta nueva situación, René Jean comenzó a publicar sus folletines críticos de los jueves en el excelente diario "Comoedia" y por ellos se hizo mundialmente conocido. En ellos se encuentra dispersa una historia completa del arte contemporáneo, que no ofrecerá menor relieve que "La Vie Artistique", de Gustave Geffroy, cuando sea recopilada en volúmenes. A pesar del trabajo absorbente que representan su labor en la Biblioteca Doucet y en el Museo, y su colaboración asidua en "Comoedia", René Jean ha publicado, antes y después de la guerra, algunos libros notables: una obra erudita sobre el catálogo de la célebre colección de Campana, en colaboración; el tratado "Les Arts de la Terre", historia general de la loza, de la porcelana, del vidrio y de la terracota, libro que el Dr. Aarón de Lacerda, de la Universidad de Oporto, clasifica como "uno de los primeros expositores que lo orientaron en la historia de la cerámica" y que el ilustre Salomón Reinach admira como "obra maestra de condensación y de síntesis". Además de este volumen, que forma parte de la colección Laurens (Paris), René Jean publicó en la serie "Art y Esthétique" (Félix Alcan), su luminosa y comunicativa monografía de Puvis de Chavanne, y más recientemente (Cresw, Paris, 1928), la del ilustre pintor contemporáneo Maurice Asselin.

En todos esos libros se revela, aparte del erudito y del crítico, el escritor de buena raza, que en el estilo, como en los sentimientos y en las ideas que por él se expresan, nos muestra desnuda su alma sana, fervorosa e incorruptible.

Y esa alma se refleja también en el propio físico del hombre: en los ojos purificados de toda hipocresía, en la expresión franca y atrayente de todo el ser, en el gesto rebosante de inalterable benevolencia.

Tal es la feliz personalidad que hoy encontramos en la primera fila de la crítica francesa de las artes plásticas, en la que se destacan los nombres de Maclair, de Vauxelles, de André Lhote, de Jacques Emile Blanche y de otros.

Consagrado, pero sacerdotal, célebre y, no obstante, simple y modesto, René Jean continúa pobre y desprendido de ventajas materiales en esta época en que, "según se cuenta", los intereses artísticos y los comerciales tantas veces se compenetran y confunden, como si fuesen sinónimos.

El talento no protegido e ignorado, en él encuentra el apoyo más espontáneo. Así René Jean reveló al mundo el alto valor de un Mateo Hernández. Mas los empresarios de celebridades vacías e improvisadas saben que no deberán llamar a su puerta cuando les convenga aliar a su comercio un socio con el título y los arañes de juez. Su sentido de justicia encuentra emolumento bastante en la propia satisfacción; y si su misma actitud equilibrada le impide prosperar materialmente, sus hábitos de simplicidad y modestia lo salvaguardan para que no caiga, por esa causa, en una triste aspereza.

Por el contrario, si le decimos que Fulano o Zutano negocia hábilmente con sus sentencias, nos responde con sincera indulgencia:

— ¿Qué quiere usted? Ama el lujo y le es indispensable lo superfluo...

Para René Jean el único inconveniente que se levanta frente a la verdadera crítica, la crítica justa, es el recelo de que, al hacerla, se le quite el pan a algún pobre artista al que se juzgó severamente por deber profesional.

Estoy seguro de que, muy en breve, René Jean será invitado a dar en Buenos Aires una serie de conferencias. Las líneas que aquí envío podrían dar al lector un anticipo del placer que sentirá al conocer de cerca y oír con simpatía y provecho a este hombre ilustre, este crítico bueno, sabio y justo.

AGOSTINHO DE CAMPOS

(Para LA NACION)
LISBOA, enero de 1930



La Adoración de los Reyes Magos, composición de Baltasar de Echave, el Viejo, pintor español que produjo sus obras en Méjico



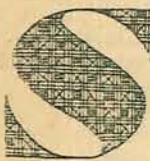
La Asunción de la Virgen, obra de Miguel de Santiago, eximio pintor ecuatoriano



La Virgen de la Alegría, de escuela quiteña y de autor desconocido



Santo Tomás, obra de Sebastián de Arteaga, considerada como una de las más perfectas del arte colonial mejicano



I bien es cierto que el arte español del Renacimiento tuvo un preponderante influjo en las manifestaciones de la pintura colonial, al punto de que muchas de ellas aparezcan avasalladas por aquél, no es menos exacto y verdadero que ciertos valores individuales llegaron a acreditar el influjo característico del medio ambiente, substraído por la lejanía a la acción inmediata de los cambios espirituales y estéticos que se registraron en la Península durante el largo período de la conquista. Cuatro fueron, con el andar del tiempo, los centros en los cuales la actividad artística alcanzó singular relieve: Quito, con el esplendor de pintores de la talla de Miguel de Santiago, de Gorivar González, de Antonio Salas y de Simón de Valenzuela; la ciudad de Puebla, en Méjico, cuya tradición pictórica comprende los nombres de Cristóbal de Villalpando, de Pedro García Ferrer, de Juan Tinoco, de Bernardino Polo y de José Luis Rodríguez de Alconedo; el Cuzco, dueño de valiosos cuadros religiosos atribuidos a Juan de Espinosa de los Monteros, a Diego Quispe Tito, a Mariano Zapata, a Basilio Pacheco y a otros autores más o menos bien identificados; y, por último, la propia capital de Méjico, centro de cultura y de riqueza por cierto propicio para la formación de buenos pintores, entre los cuales brillaron y alcanzaron señalada nombradía Baltasar de Echave el Viejo, Sebastián de Arteaga, Luis Juárez, Diego y Nicolás Becerra, Juan y Nicolás Rodríguez Juárez, Juan Correa, José Ibarra y Miguel Cabrera.

LOS PINTORES DE PUEBLA

Al promediar el siglo XVI, la ciudad de Los Angeles, que tal era el nombre de Puebla en tan remota fecha, había alcanzado un desarrollo sólo comparable al de Méjico, la capital del llamado reino de la Nueva España. Sin duda para atender a las necesidades de la Iglesia, ya que no a las simplemente artísticas, reveláronse por entonces los primeros balbuceos de la pintura poblana. Luis Lagarto y Jerónimo Farfán, el primero de ellos iluminador de biblias y de textos sagrados, y el segundo, autor de una imagen de la Virgen de la Candelaria y de otras pinturas de carácter religioso, fueron, por decirlo así, los precursores del arte pictórico mejicano. A esos nombres siguen el del licenciado Pedro García Ferrer, autor de dos telas que adornan el Altar de los Reyes de la catedral de Puebla, representando la Inmaculada Concepción de María, y de otros varios cuadros de ponderable factura, aunque de menor importancia; el de Diego de Borgraf, pintor flamenco, que compuso entre otras obras una imagen de la Concepción, firmada y fechada en 1635, un Extasis de Santa Teresa durante el cual se le aparece San Francisco de Asís, conservado en el antiguo convento de San Francisco en Tlaxcala, y varias pinturas al temple que existen en los retablos de las naves laterales de la parroquia de San José de Puebla; el de Juan Tinoco, autor de una colección de doce Apóstoles, algunos muy bien pintados, que conserva la

Academia de Bellas Artes de esta última ciudad; y, finalmente, los nombres de José Rodríguez Carnero, retratista admirable, de Fray Diego Becerra, continuador de la escuela de Velázquez, de Cristóbal de Villalpando, cuyo mejor elogio puede hacerse diciendo que fué un artista genuinamente poblano, y de José del Castillo, Cristóbal de Talavera, de Bernardino Polo, Juan de Villalobos, Miguel Jerónimo Zendejas y José Luis Rodríguez de Alconedo, este último figura prominente por la maestría con que maneja los pinceles, por sus condiciones de excepcional retratista y por sus habilidades de platero y de cincelador. Rodríguez de Alconedo tuvo una vida azarosa, epilógada en forma trágica, al ser fusilado por los realistas en 1815, por haberse plegado al movimiento revolucionario del cura Morelos.

Un examen somero de las obras de los pintores anteriormente citados, cuyas fechas de ejecución abarcan los siglos XVI al XVIII, lleva a establecer las visibles concomitancias de escuelas y tendencias con las de los maestros españoles más en boga por entonces en la Península. Así, el cuadro de Santa Rosalía, de Juan Tinoco, recuerda la manera de Villegas Marmolejo y de Luis de Vargas; el de la Institución del Rosario, de Juan Rodríguez Carnero, sugiere los conjuntos murales y telas de Alonso Sánchez Coello y de Pantoja de la Cruz; la imagen de la Magdalena, de Bernardino Polo, de tonos pálidos y azulosos, se inspira en la manera española de Blas del Prado y de Juan Fernández. Sólo algunas producciones adquieren individualidad y se tornan inconfundibles: tales son el San Ignacio, de Cristóbal de Villalpando, y un

cuadro de Luis Lagarto, conservado en la galería de José Mariano Bello, que representa un nacimiento y que acusa un primitivismo peculiar e interesante.

LA ESCUELA QUITENA

Quito, por la opulencia de sus habitantes y por la cultura adquirida en los primeros siglos de la dominación hispana, no tardó en hallarse a la cabeza del movimiento artístico registrado en esta parte de América. La copia de sus pintores y escultores alcanzó a distribuirse desde Méjico hasta Chile, acreditando en muchos casos verdadera maestría cuando no excepcional talento en sus autores. La nómina de los pintores quiteños es extensa y digna de especial estudio. Un solo nombre, el de Miguel de Santiago, considerado por la crítica como uno de los más grandes artistas coloniales de América, llena un capítulo interesantísimo de la pintura religiosa del renacimiento español, capítulo desgraciadamente olvidado en todos los libros que abordan semejante materia. Es que el desconocimiento del arte hispanoamericano ha sido el punto vulnerable de todos los tratadistas eruditos, cuando no de los historiadores más reputados. De tal manera ignórase al presente que en la Catedral de Santo Domingo, en la hoy República Dominicana, figuran, entre otras notables obras de arte, una Concepción, de Murillo, unos Apóstoles de Velázquez y una serie de retratos de los Reyes Católicos de insuperable inspiración. Y en Quito mismo se conserva, entre otras obras de firmas famosas, un Monje en Oración, de Zurbarán, de indiscutible autenticidad. Demandaría un espacio de

EL ARTE DE AMERICA LAS CUATRO ESCUELAS DE LA PINTURA COLONIAL

POR
CARLOS
F.
ANCELL

des artistas coloniales de América, llena un capítulo interesantísimo de la pintura religiosa del renacimiento español, capítulo desgraciadamente olvidado en todos los libros que abordan semejante materia. Es que el desconocimiento del arte hispanoamericano ha sido el punto vulnerable de todos los tratadistas eruditos, cuando no de los historiadores más reputados. De tal manera ignórase al presente que en la Catedral de Santo Domingo, en la hoy República Dominicana, figuran, entre otras notables obras de arte, una Concepción, de Murillo, unos Apóstoles de Velázquez y una serie de retratos de los Reyes Católicos de insuperable inspiración. Y en Quito mismo se conserva, entre otras obras de firmas famosas, un Monje en Oración, de Zurbarán, de indiscutible autenticidad. Demandaría un espacio de



Una escena de la oración dominical, los sacramentos, las virtudes, los vicios y las obras de la Misericordia, obra de Miguel de Santiago, de la escuela de Quito

que no disponemos la sola enumeración de los cuadros de grandes pintores traídos a América por la nobleza y el clero, muchos de los cuales se atribuyen erróneamente a artistas de menor valimiento.

A los nombres de Juan de Illiescas y Luis de Ribera, que pintaron varias telas que se conservan en la Catedral y en el templo de San Francisco de Quito, preciso es agregar el del padre Vedon, religioso dominicano que decoró el claustro de la Recoleta de la misma ciudad y los refectorios de los conventos de Santa Fe de Bogotá y de Tunja; el de Gorivar González, yerno de Miguel de Santiago y autor de escenas religiosas de profundo sentido místico; el de Antonio Egas Venegas de Cordero, pintor sobresaliente por el vigor de su pincel y por el equilibrio de sus conjuntos murales; y las firmas más o menos destacadas de Bernabé Lobo, de Simón de Valenzuela, del hermano jesuita Hernando de la Cruz, de José Cortés de Alcocer, del hermano Domingo, franciscano e indio de pura sangre; de Vicente Sánchez Barrionuevo, de Antonio de Silva y de Francisco Villaroel. Cierra esta nómina Antonio Salas, fundador de una escuela tradicional de artistas que, durante un siglo, mantuvieron muy alto el prestigio de la pintura ecuatoriana, difundiendo el amor por las bellas artes al tiempo que produciendo cuadros y retablos de depurado buen gusto.

La pintura quiteña logró imponerse y prevalecer hasta fines del siglo XVIII. Perú, Nueva Granada, Chile y Venezuela fueron constantes clientes de la producción ecuatoriana. Desde 1779 hasta 1788 exportáronse por el puerto de Guayaquil no menos de 264 cajones conteniendo telas y estatuas, sin contar las transportadas por vía terrestre. Durante un largo período los pintores de Quito no sólo decoraron las iglesias de la ciudad y del país entero, sino que proporcionaron cuadros primorosos a buena parte de los países del Pacífico y a un número apreciable de los templos de las reducciones jesuíticas diseminadas en los lugares más recónditos de América.

De Miguel de Santiago, llamado el Apeles americano, pueden citarse infinidad de trabajos de positivo mérito, muchos de los cuales se ofrecen intactos a la admiración de los contemporáneos. En el convento de San Francisco, ya citado, se conservan, entre otros, la Asunción de la Virgen, cuadro de vastas proporciones y de notable coordinación y luminosidad; una serie de escenas representativas de la Oración Dominical, los Sacramentos, las Virtudes y las obras de la Misericordia, todas ellas interesantísimas; y la Flagelación de Jesucristo, reveladora de una prodigiosa habilidad técnica. A tales pinturas de artista tan eminente cabe agregar una Dolorosa, la imagen de la Inmaculada rodeada de ángeles y de la Trinidad, diversos retratos, entre los cuales sobresalen los de Nicolás de Lira, del cardenal Aureolo y de Fray Pedro de Alva Astorga, y, finalmente, un cuadro de la decapitación de San Juan Bautista, de excepcional vigor y fuertes pinceladas, que revelan



San Sebastián, cuadro de autor desconocido que se conserva en el Convento de Santa Catalina, en el Cuzco



La Asunción de la Virgen, por Lorenzo Sánchez, de escuela cuzqueña



Autorretrato de Luis Rodríguez de Alconedo, pintor mejicano, cuyas obras se conservan en Méjico y en Puebla



Sagrada Familia, tela del pintor cuzqueño Diego Quispe Tito, conservada en el convento de Santo Domingo, en el Cuzco



San Juan Bautista bebiendo en una vertiente, cuadro de Murillo que se conserva en Méjico

la posesión de todos los recursos de un maestro consumado.

LA PINTURA EN EL CUZCO

No menos interesante que las anteriores resulta la escuela de pintura cuzqueña. Diego Quispe Tito produjo algunas obras de mérito, una de las cuales, la Sagrada Familia, figura en el convento de Santo Domingo. En el claustro inferior de este último se conserva un lienzo de autor desconocido y de mérito sobresaliente con el sugestivo título de "El milagrosísimo retrato de Santo Domingo extraido del Cielo por la mano de la Reina de los Angeles". Es una obra de coloración nada vulgar y cuyos personajes aparecen bien definidos por su expresión natural y su gracia. Digna también de mención, por su carácter primitivo e ingenuo, es la pintura de San Pedro Nolasco curando a un noble cuzqueño, existente en el templo de la Merced. A este mismo género pertenecen La procesión del Corpus presidida por el Inca Sairi Tupac, un retrato de D. Joaquín Sayritupa, Inca ante el Señor de la Sentencia; la representación del Matrimonio de Don Martín de Loyola, Gobernador de Chile, con la princesa Beatriz Nusta; los Desposorios de Don Beltrán García con Doña Lorenza de Idiáquez, y el Alferez Don Baltasar Tupa Puma con su padre delante de la Virgen de Belén. Interesantes, por su técnica más perfecta y por las influencias que denotan, son las imágenes de San Francisco en el Convento de Belén, de San Sebastián en el de Santa Catalina y de la Sagrada Familia, atribuida a Albano.

Lorenzo Sánchez compuso en 1669 una Asunción de la Virgen, hermosa tela de gran tamaño, en la cual los personajes aparecen alargados, como si una extraña fuerza los des-

Apóstol, pintado por Juan Tinoco, conservado en la Academia de Bellas Artes de Puebla



figurara atrayéndolos hacia regiones superiores. Varios ángeles levantan en lo alto un pesado cortinaje, mostrando una escena de bienaventuranza: Santa Catalina, en compañía de Santo Domingo, del negro San Martín de Porras y de otros varones santificados, ofrece una corona de rosas a la Virgen, cuya expresión venturosa y

agradecida parece ser el premio a la veneración de los santos genuflexos... El colorido es duro y hasta chillón, la luz es brusca y mal graduada, los rostros aparecen tal vez demasiado sanguíneos, pero el conjunto se impone por su ferviente anhelo místico y por el fervor patente de quien lo pintara.

Muchas telas de autores ignorados constituyen la excepcional riqueza pictórica atesorada en el Cuzco. Su examen crítico y la determinación de sus autores es tarea que sólo ha sido abordada en forma incompleta. Cossio y del Pomar, en su tesis doctoral, mencionan sólo algunos nombres y calcula en más de diez mil los cuadros salidos de la legendaria ciudad imperial en sólo un siglo de gobierno republicano. Juan de Espinosa y su hijo Juan de Espinosa de los Monteros, Francisco Juárez, Basilio Pacheco, Ignacio Chacón, Antonio Vilca, Mariano Zapata, Juan Osorio, José de Valdez, Pedro de Saldaña y Manuel Torres, a más de los ya nombrados, constituyen un conjunto representativo de los pintores cuzqueños, conjunto irremediablemente mutilado por la pérdida de incontables obras y por el olvido en que el tiempo ha sumido a muchos artistas que florecieron en el Cuzco durante el período virreinal.

LOS ARTISTAS DE MEJICO

La sola indicación somera de los cuadros existentes en los templos y conventos de la ciudad de Méjico, bastaría para llenar largas páginas. Citemos, por ello, sólo algunos nombres de pintores y de obras. Recordemos, ante todo, diversas telas de autores famosos, entre las cuales sobresalen la Concepción y la Virgen de Belén, de Murillo; Las Siete Virtudes, atribuidas fundadamente a Leonardo de Vinci; la Cena de Emaus, de Zurbarán; el San Juan Bautista bebiendo agua, también de Murillo, y el Don Juan de Austria, de Rafael Mengs. Tales obras, por su perfección y por su firma, sólo tie-

nen cabida en la historia del arte europeo. Pero en lo que respecta al mejicano, es mucho lo que puede decirse, sea en elogio de sus cultores, o sea también en la empresa interesante de fijar las relaciones y valores que enaltecieron a la pintura, a la escultura y a la arquitectura de Méjico.

Baltasar de Echave, el Viejo,



La Virgen y el Niño, cuadro de autor desconocido que existe en el Convento de San Francisco, en Quito

fué un gran pintor, de notable personalidad y seguramente formado en España. Sus obras se hallan fechadas desde 1601 hasta 1630. Fué contemporáneo de Luis de Vargas y de Juan de las Roelas y poseía serios y completos estudios de dibujo, de anatomía, de perspectiva y de colorido. Su influencia se advierte en todos los artistas de su tiempo y en los que él formó en la capital de la Nueva España. Entre sus cuadros sobresalientes figuran el Martirio de San Ponciano, la Oración del Huerto, el Martirio de San Aproniano, Santa Viridiana, La Visitación, la Aparición de Cristo y de la Virgen a San Francisco, la Adoración de los Reyes Magos y otros muchos que se conservan en la Academia de Bellas Artes de Méjico. Todas sus obras se distinguen y resultan inconfundibles, tanto por su dibujo rícl y correcto como por su colorido cálido y fresco. Frecuentemente pinta figuras desnudas acreditando sus conocimientos anatómicos y su realismo. Cuidadoso en los detalles, destacan los paños tratados con soltura y acierto y la justa coloración de las carnes. De él puede decirse que su nombre puede figurar sin des-

medro en la nómina de los mejores pintores españoles del renacimiento.

Otro maestro de singular talento, contemporáneo del anterior, fué Luis Juárez, poseedor de una verdadera individualidad, pese a la posible influencia que sobre él ejerció Echave el Viejo. La Oración del Huerto, La Visitación, La

Anunciación, el Desposorio de Santa Catalina y San Ildefonso recibiendo la casulla, son otras tantas obras notables del expresado artista. Su claroscuro es tal vez violento, su colorido muy rico, pero no muy rico, sus personajes un tanto melancólicos, probablemente por la expresión de los ojos entrecerrados con que suele presentarlos, sus desnudos carentes de realismo por lo mismo que los trata en contadas ocasiones, y su técnica vigorosa e inconfundible, pese a los señalados defectos. Juárez figura, en efecto, entre los mejores pintores coloniales mejicanos. Muchas de sus telas han desaparecido o figuran di-

seminadas y olvidadas en galerías particulares.

El español Sebastián de Arteaga, que fué notario del Santo Oficio, dedicó sus ocios a la pintura, poseyendo estudios formales y un dominio del arte pictórico por cierto excepcional. Suyos son los cuadros del Cristo de la Inquisición, del Desposorio de la Virgen, de Santo Tomás introduciendo la mano en el costado de Cristo y otros varios de menor jerarquía. Mucho se ha discutido sobre la posible capacidad de Arteaga, pues sus pesadas tareas inquisitoriales poco o ningún tiempo dejábanle para consagrarse a la pintura. El último de los cuadros citados es una verdadera gloria de la pintura española, ya que no amenguara la fama de Ribera o Zurbarán. Ese Santo Tomás, en efecto, denuncia una composición espléndida, realizada por el claroscuro intensísimo y por la sobriedad del colorido. Es un cuadro españolísimo cuya técnica maestra no escapa al más superficial examen. La espontaneidad y la vida de los personajes acredita una observación directa nada frecuente en los artistas del Virreinato. Sebastián de Arteaga resulta por esa sola obra, una de las figuras cumbres de la pintura colonial.

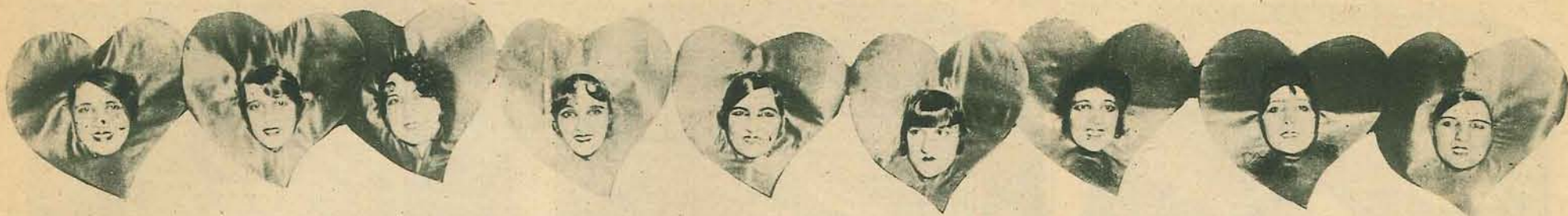
Otros pintores se destacaron simultánea o posteriormente en la ciudad de Méjico. Mencionemos entre los mejores a José

Juárez, autor de una interesantísima Visión Celeste de San Francisco, de una Adoración de los Reyes Magos y del Martirio de los Santos Justo y Pastor; a Echave el Mozo, hijo de Echave el Viejo, y uno de sus mejores discípulos, autor del martirio de San Pedro Arbues; a Juan Correa, cuyos cuadros religiosos son dignos de una referencia especial; al Padre Manuel, pintor de una Purísima de delicada expresión; a Juan y Nicolás Rodríguez Juárez, retratistas de meritoria labor; a Miguel Cabrera y José Ibarra, ambos artistas de transición que denotaron en sus trabajos la influencia de Murillo, y a Francisco Antonio Vallejo, José Manuel Domínguez, Miguel Espinosa de los Monteros — probablemente hermano de Juan, que actuó en el Cuzco —, José Páez, Pedro Quintana, Joaquín de Vega, José de Alcibar, Manuel Carcanio y otros otros varios de menor nombradía. Todos esos pintores trabajaron tesoneramente, requeridos constantemente por las comunidades religiosas y por los fieles y por su propio afán de solazarse con la producción de obras de casi excluyente carácter sagrado. Ese carácter, puede afirmarse, fué la orientación universal en la pintura colonial de América, tanto en Puebla o en el Cuzco y en Méjico o en Quito. Como expresión del espíritu que rigió la conquista y la dominación españolas, la labor pictórica de los artistas de la colonia resultó su imagen fidelísima y si se quiere acertada.

La América, sojuzgada cruelmente por Pizarro y por Cortés, fué cristiana y creyente en la vida y en el arte, como fácil es advertirlo al contemplar la obra de sus pintores, plena de inquietante fe y de acendrado misticismo y plena también de hondas preocupaciones y esperanzas.

San Francisco Javier, tela de Cristóbal de Villalpando, de la escuela poblana





Segundas tiples de la compañía del Teatro Sarmiento



Las tiples Laura Hernández y Adela Rodrigo practicando deportes en la playa de Montevideo

Kodak
Teatral

El maestro Pedro Mascagni, el celebrado autor de "Cavalleria Rusticana" que acaba de hacer declaraciones de repudio por la música de "jazz"



En los principales teatros de Santiago de Chile y Valparaíso ha obtenido señalados éxitos la soprano argentina Isabel Alberdi



Después del baño, en Mar del Plata, los primeros actores Luis Arata y César Ratti recuperan las fuerzas perdidas con unos cuantos "sandwiches"; mientras comentan la futura temporada teatral



En la revista "Opera en jazz", estrenada en el Teatro Sarmiento, la tiple Dora Lloret y el "chansonnier" Carlos Casaravilla interpretan un animado cuadro titulado "Juancito tiene razón"





UOSE Ortega y Gasset me hablaba el otro día del mosaico descubierto en Creta y que data de muchas centurias antes de Jesucristo, donde aparecen unas damas de aquel tiempo ataviadas como con una especie de faralaes, y que contemplan los toros primievos desde una especie de palco.

¿Qué graciosa corrida con una luz tramontana tras los montes de unos ocasos innumerablemente perdidos veían aquellas mujeres alegres?

Ya no nos interesan los toros en que los primitivos toreros de aquel tiempo domeñaban al toro abusando de las palancas de sus cuernos, ni recogeremos la moneda caída, la primera moneda del mundo en que el toro es la efígie del dinero, ya que el multimillonario de aquella época era el que más bueyes tenía. Sólo nos interesan esas garbosas buenas mozas que se asoman a la balconada de un palco de piedra y charlan con malicia de los toreros hercúlicos.

Toda la gracia de aquellos epopeyos de saltadores, desquijarradores y abatientes está en la mirada hacia las lindas mozas que presiden la fiesta y tienen desdén e interés por los que las contemplan, dándoles perfiles de donaire, soslayos de picardía, aposturas de Amazonas de grada alta.

En la fiesta actual distraigámonos también hacia lo que no es la lucha y motiva la aparición de las madrinas de guerra, de los miembros femeninos del jurado, de las inconfusas coquetas que con su influencia presentida llevan a la muerte a los "toreadores".

No miremos lo que sucede en el ruedo taurino, volvamos los ojos a los palcos en que lucen las mujeres de mantilla.

¿Palcos del tiempo de mayor gracia?

Pues veamos los de Goya y Lucas que copiaron con insistencia ese cuadro de flamencas, en su hora más exuberante, en la tarde de lujo del espectáculo de la lidia.

Los camarotes de aquel tiempo apenas tenían fondo y se exhibían las damas en enyesada alcoba de pueblo, alcoba abierta a la luz y extensión de la plaza.

Eran aquellos palcos como altos de corredores o áticos en que se acodaban las bellas, buscando en los piosos interiores y al calor sofocante de la tarde.

Por las gradas de piedra que subían hasta el balconcillo del palco, as-

cendían los chicos del agua y de la aloja, ofreciendo un vaso fresco a las morenas encendidas.

Los caballeros que las acompañaban buscaban un segundo término discreto para soportar las miradas a ellas, pero presentes a la agresión de cualquier mirada o gesto excesivo: toreros capaces de salir a tenérselas, en el acto, con el mirón descomulgado.

Los pintores galantes desdénaban a esos caballeros y sólo hacían figurar la silueta de sus sombras en el confín del cuadro, embosados en capas de color, escondida la dirección de su mirada bajo el ancho de las alas de sus chamborgos, dejaban que sus acompañantes o cuñadas se hicieran confidencias sobre miradas que les buscaban, sobre amigos que a lo lejos también acercaban confidentes sus cabezas al mirarlas.

Una espectadora tocada con la clásica mantilla



Tres cuadros de Lucas muestran diversos aspectos de los palcos taurinos en el siglo pasado

VISIONES PALCOS EN LOS TOROS

POR
RAMON GOMEZ DE LA SERNA

(Para LA NACION)
MADRID, enero de 1930

castizas con silueta europea bajo los caireles.

Las nuevas bellezas de los palcos de los toros viven con más rumbo en los altares destacados, y como los palcos están muy en lo alto, se pierden sus acompañantes y sólo se ven las cabezas de la primera fila.

Los palcos actuales merecen una advertencia para americanas y extranjeras que se presenten en ellos y no quieran que trescientos hombres dirijan sus miradas y sus gemelos al entramado del balustre siguiendo el rumbo de sus piernas y el brillo de sus broches.

En esos palcos de la actual plaza hay que extender un mantón o un abrigo sobre la balustrada para que no se vea desde abajo la pandereta de la sobrepierna. ¡Con qué espanto comprende al fin



Flamencas típicas ante un programa de toros

El drama de Goya en sus amores con la Duquesa de Alba lo veo yo crepitar en la fiesta de toros de sus tiempos, cuando ella se iba detrás de las faenas de Costillares o Romero, y el gran pintor se quedaba en banderillero de pinceles frente a aquellos colosos del toreo que brindaban a la Duquesa su vida o muerte.

Los palcos de las plazas actuales son palcos con más anchura y más luz, palcos casi de estadios, anchurosos, verdaderas plataformas de la belleza, en que se destacan unas nuevas

la mujer pudorosa lo que significa ese coro de miradas vivaces y energuminales, como de condenados al infierno que entrevén una divina gracia! Rápidamente tira de sus faldas y encierra en ellas sus piernas como poseída de un gran frío.

Muchas tardes de toros alguna belleza rubia e indiferente no se entera de que está en cucullas de todas las miradas, como en las tabaquerías galantes del siglo XVIII. La emoción de la corrida la transporta y la remonta y cada vez asciende más a un éxtasis

en pantalones, retorcidas sus piernas en un columpio accionico.

Al final de cada toro, en esa breve pausa en que todo el público se pone de puntillas en su anfiteatro de piedra y se vuelve a las reinas de los palcos, cada tendido, cada cuadrante de cerca de mil almas busca su patrona, la que más da que ver, la que se ha puesto de pie y convierte en mitra de sacerdotisa la teja aparejada de mantilla, la que arroja más cascada de mantilla sobre el saliente de un seno.

Se ve lo que de místicos tienen los españoles—fratrones de San Juan de la Cruz y de fray Luis de León—por el gesto de los ojos en blanco, como si las pupilas hubieran ascendido a cuartos y quintos cielos. No es de otros pueblos mirar a lo alto con ese desparpajo, con tan desenfocada atención, como los San Franciscos penitentes de las hornacinas.

El hombre de tipo menos místico toma una actitud impertinente y reoiza al mirar a lo alto, o lo hace con un gesto retórico de la más vieja propapia parlamentaria o teatral.

Miran tan llanamente así, en dedicación de su fe y como profesos en el patio del convento, que hay como un ofrecimiento colectivo de la plaza a esas diosas transeúntes que parecen haber ascendido a propileos altísimos, en consagración que elevan y enaltecen los sacrificios sangrientos que han acaecido en el ruedo, verdaderas esencias para vuelos altos.

Trapenses con voto de gracias, trapenses que hubiesen visto asomar santas y vírgenes por los aleros de su patio, sólo se arroban en el entreacto, porque en cuanto el otro toro ilumina con los candelabros de sus cuernos, todos olvidan a las mujeres desveladas que nadaban en el cielo y ya no volverán la cabeza durante toda la faena, olvidadas de la mujer en el ejercicio religioso del destino en lucha con la fiereza, verdadero misterio de cada tarde, porque si todo parece trazado en los planos de las acciones, de pronto cruzan los trazos pensados otros trazos impensados e imprecisos que lo trastornan todo y lo

llevan a delirios de miedo y valentía.

Es tan fuerte la fiesta, tan hondo su sentido y regasta de tal manera las apetencias, que en cuanto acaba, todos metidos en el ejercicio de la meditación sobre lo sucedido, no se acuerdan ya de las bellezas que dan el dorso a la plaza, llevando sobre las espaldas con gran prosopopeya las colas de sus mantillas.

Otro hermoso ejemplo de espectadora taurina



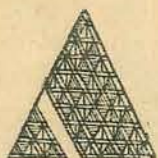


Después de una carrera automovilística de muchos kilómetros, bajo el rayo del sol de enero, lo primero que pide el conductor acalorado es agua; pero no, por cierto, para beber. Busca refrescarse, quitarse la tierra de la cara y poder peinarse en seguida. He aquí (abajo) a Antonio Gaudino, ganador del reciente Gran Premio, y (arriba) a Carlos Zatuszeck, segundo en la misma carrera, haciendo derroche de agua, asistidos por sus amigos y admiradores

MOAICO SPORTIVO



Una carrera de motocicletas en circuito ofrece amplias perspectivas al espectador, siempre que éste se halle colocado a mayor altura que el nivel del terreno. Los techos de los automóviles son los más buscados por los adultos, poco afectos a hacer gimnasia. Pero los niños, más ágiles, ascienden al "paraíso", que, aunque incómodo, les ofrece más campo visual



PENAS iniciada la temporada invernal, el mundillo de los teatros se ha conmovido por una polémica ruidosa, violenta e iracunda en torno al insigne trapacero "Volpone". Nada

apasiona tanto en estos años a nuestro público como los pequeños conflictos que la actualidad escénica suscita familiarmente, en forma de chismorreos o de combate, en las columnas de los periódicos. El español es temperamentally bullicioso y charlador; ama la controversia por ella misma, y cuando los asuntos serios desaparecen, por ma-



no dictatorial, de su zona de discusiones, se afianza al primer asunto propicio y de índole concreta. Actualmente, es el teatro.

El teatro nos ofrece un punto de mira simpático y otro antipático. Nos permite personalizar, exaltando o derribando figuras conocidas. La discusión teórica y abstracta no tiene grandes incentivos para nosotros, y así como en los años políticos ahuyentábamos los temas doctrinales para zambullirnos en la agitación de hombres y partidos, así ahora, en el teatro, rehuimos la materia estética, y buscamos concretamente, a los autores y a los cómicos. No deja de ser curioso el fenómeno, pues siendo estos momentos de crisis para el teatro, es ahora cuando más se habla y se discute en torno al teatro. O mejor: en torno a los hombres de teatro. Pero volvamos a nuestro "Volpone".

El gran escritor Luis Araquistain ha publicado a fines de verano su versión de la famosa comedia de Ben Jonson. Lleva por título el del texto primitivo: "Volpone, o el zorro". El público bonaerense ha juzgado ya esta obra, estrenada en esa capital primero que en ninguna otra de habla castellana, por la compañía Enrique de Rosas. No vamos, pues, a juzgarla desde el punto de vista teatral. Ni vamos nosotros a descubrir al público argentino a una personalidad literaria de la fuerza de Luis Araquistain, escritor preciso, grave, sutil y educado en la más severa disciplina intelectual; uno de los hombres más cultos del periodismo español contemporáneo. Queremos únicamente referirnos al "hecho" teatral de "Volpone". La versión de Araquistain sigue el desarrollo escénico de la obra de Jonson, interpretada por el autor español con escrupuloso respeto, si no a la letra, al espíritu del magnífico Zorro del siglo XVII. Para nosotros tiene particularmente el valor de ser una adaptación directa y original, sin correspondencia con la obra de Stefan Zweig, tan conocida en Francia y en otros países merced a la traducción y arreglo de "Jules Romains", obra a la que, más o menos esbozadamente, son tributarios los autores contemporáneos — en España hay tres, como veremos —, que han recurrido al tex-

to francés para presentarnos aquí al tipo genial de Ben Jonson. Y en lo que a mí particularmente se refiere, como admirador del gran poeta inglés, la versión de Araquistain me parece la más ajustada al original, la más sabrosa, la mejor escrita y la más pura.

La posteridad fué injusta con Ben Jonson. Shakespeare absorbió la atención que los escritores y los críticos proyectaban sobre su siglo, y Ben Jonson, comparable, a veces, al genio de Stratford, fué su víctima principal. Así él vengaba el destino de las burlas con que Jonson asaetaba a su contemporáneo, de cuya incultura solía mofarse donosamente. Ben Jonson, Fletcher y Shakespeare formaban el "gran triunvirato" de poetas del siglo XVII. En 1675, al publicar sus "Juicios sobre los poetas ingleses", Edward Philipps escribía:

"Ben Jonson, que es el más sabio, correcto y juicioso de nuestros comediantes ingleses, nos parece tanto más admirable cuanto que no debe su re-

LA VISITA DE "VOLPONE"

su ciencia, sólido y lento en la acción. Shakespeare, como la fragata de menor talla, más ligero, más capaz de maniobrar, de combatir con la marea

y de aprovecharse de un viento caprichoso, con la agilidad de su ingenio e imaginación". En aquella taberna se idearon muchas obras insignes y se iniciaron muchas gloriosas colaboraciones. Pero, según el testimonio de un autor de su compañía, Shakespeare no gustaba de la disipación ineludible en aquellos lugares, y cuando se le invitaba a un exceso, el poeta fingía una dolencia y se excusaba prudentemente.

Ben Jonson era temible por su envidia y causticidad, y hacía objeto a Shakespeare de sus burlas y sarcasmos, velados, pero hirientes; velados por una concesión hipócrita al general sentimiento de gratitud. Jonson, en efecto, debía gratitud a Shakespeare, a quien conoció en circunstancias dignas de ser ligeramente evocadas. Siendo Ben totalmente ignorado en los cenáculos de Londres, quiso que los acto-

su rival la ventaja de la instrucción y de la cultura, la naturaleza favorecía a Shakespeare mucho más que el estudio a Jonson.

Uno y otro, el autor de "Hamlet" y el autor de "Volpone", tenían sus partidarios y sus camarillas, que eran, en la pelea satírica, más temibles e iracundos que los dos poetas. A Shakespeare le seguían los cómicos; a Jonson los letrados. Los cómicos de Shakespeare afirmaban que Jonson era tan parsimonioso y lento en su inspiración que, cuando componía versos, parecía que practicaba su viejo oficio de albañil. La escuela y los discípulos de Jonson habían tomado por nombre "La tribu de Benjamin" y asestaban al rival dardos sangrientos. Un autor describe los ágapes literarios de aquel ingenuo Londres representando a la dueña de la casa — la Poesía — servida por Shakespeare como mayordomo y por Ben Jonson como cocinero, ayudados ambos por el Aretino y una muchedumbre de actores y compositores de baladas. La alegoría caricaturesca daba a entender que uno y otro eran iguales en el servicio de la poesía.

Y de este jaez son todas las anécdotas — deliciosas — de la rivalidad entre Ben y Will. Mas conviene advertir que nunca afinó Shakespeare su ingenio en la sátira de su disimulado enemigo, y que éste, a la muerte del rival, cantó, en estrofas imperecederas, su gloria y su talento. "Dulce Cisne de Avon — decía —, maravilla del mundo; no eres de tu tiempo, sino de todos los tiempos". Claro que Ben no le perdonaba, ni aun después de muerto, su desconocimiento del latín y del griego, pero añadía en seguida que su arte estaba formado por la experiencia de la vida y el estudio constante del lenguaje y del ritmo. Hablando del actor exclamaba Jonson: "Viniste como Apolo a encantarnos y como Mercurio a seducirnos. Cuando calzabas el coturno y hacías temblar la escena, desafiabas la comparación con todo lo que la Grecia insolente y la Roma altiva dejaron a sus descendientes".

El usurero
Corbaccio del
Teatro Infanta
Beatriz, in-
terpretado por
el Sr. Mario

Y, para terminar estos recuerdos, hilvanados a la ligera, reproduzcamos el elogio póstumo que Ben Jonson es-



Canina (Srta. Moneró) y Corbaccio (Sr. Mario), en el "Volpone" del Teatro Infanta Beatriz

putación a talentos naturales. No era un Shakespeare. Hijo de albañil, no tuvo una educación sobresaliente, y fueron únicamente su ingenio y su afición a los libros las dotes que le condujeron a la perfección".

Esta afición a los libros colocaba a Benjamin Jonson en la primacía de los poetas y comediantes ingleses contemporáneos de Shakespeare, en la deliciosa época del Club de la Sirena y de aquellas "tabernas" de Londres que reunían, en abigarrado cenáculo, a los grandes señores, a los abogados, a los cómicos, a las gentes de letra y de espada, convocados allí por la charla elocuente, el torneo de ingenio, la bebida abundosa y los inevitables lances caballerescos. Ben y Will se zaherían, y disputaban el mando de la república teatral. Thomas Fuller, que presenció muchos de estos combates, pintaba así a los dos genios de la escena inglesa: "Shakespeare y Jonson libraban en la 'Sirena' muy duras peleas. Todavía los veo, al uno bajo la apariencia de un gran galeón de España, al otro como a un navío de guerra inglés. Jonson era, como el galeón, más elevado por

res leyeran y representaran una de sus comedias. Por todas partes recibía desprecios y malas palabras. La casualidad puso en manos de Shakespeare aquella obra de un desconocido, y encontrándola Shakespeare digna de alabanza, la recomendó, sin regateos, al público, a los poetas y a los representantes de Londres. Jonson pagó siempre con ingratitud aquel rasgo de generosidad. Dicen las crónicas que tenía un carácter soberbio e insolente, y que, habiendo escalado, por la virulencia de su ingenio, fama dilatada, no podía sufrir con resignación que otro poeta le disputara, como rival, su nombradía. Y, cuando, por hipócrita gratitud, elogiaba a Shakespeare, era apresurándose a insinuar que carecía de cultura, escribía sin pulcritud ni elegancia y cometía errores voluminosos. "Jonson no soportaba fácilmente — dice un escritor de la época — los elogios que en su presencia se dirigían a Shakespeare. Ben se creía dotado por la naturaleza de un privilegio exclusivo, en virtud del cual expresaba, con el más perfecto estilo, los más nobles pensamientos". Y si era muy cierto que Jonson llevaba a



cribió acerca de la obra del que fue, en vida, rival zarandeado, y, en la posteridad, sombra que cubrió su fama y su gloria:

"Así como el rostro del padre se encuentra en el de su progenitura, así veo yo aquí la prueba verdadera de una raza shakespiriana, pues el ingenio y los ademanes de Shakespeare sobreviven en sus versos tan bien escandidos como sinceros".

♦ ♦ ♦

El zorro "Volpone" nos ha llevado demasiado lejos, y pido perdón a mis lectores por este anecdótico, que me ha apartado del tema inicial, a saber: la bulliciosa incursión del personaje de Jonson en el mundillo teatral de Madrid. Dejo, pues, el examen del episodio para mi próximo artículo informativo.

LUIS CALVO

(Para LA NACION)
MADRID, diciembre de 1929.



LA HORA SOMBRIA

LAS siete. Todavía los rectángulos de luz alfombran las aceras, en las vías de anchura moderna. En la parte vieja, las calles se tapizan completamente, de un lado a otro, con renovados dibujos y arabescos de luz y de sombras, que traza el incesante tráfico de la hora. Es ya inminente una abertura de circuito en los interruptores de todos los comercios. Los últimos clientes del día quedan aprisionados en las tiendas, cara a cara con los dependientes llenos de impaciencia por acudir a la salida de los talleres o a las reuniones de los bares. Los escaparates van llenándose de noche; los párpados metálicos se cierran poco a poco en una somnolencia colegiala, y únicamente los comercios que viven de una fantasía inagotable, continúan noctivagando en medio de un alarde luminoso.

Entre estas luces pertinaces en la noche, las sedas de Lyon, tersas o plegadas con gracia, desafían a la lluvia desde un maniquí a lo Pierre Imans, detrás de las lunas rociadas de agua. Algunas tiendas conservan una penumbra que marca un grado de progreso en el sentido comercial frente al cierre absoluto tradicional, y señala también una cautela previsora del acelerado registro del contador eléctrico.

Puede decirse que la sombra lucha, a partir de las siete, contra el alumbrado público exclusivamente. El aporte privado de luz queda muy reducido y, salvo raras excepciones, como la de algún comerciante meridional transplantado que sostiene el brillante espectáculo del escaparate de una España de pandereta, en el mismo vestíbulo nacional, la economía invernal recluye al comercio donostiarra en la obscuridad, casi desde que el sol desaparece tras las nubes del horizonte.

Los automóviles se prenden una sombra apenas pasan bajo los halos de los arcos voltaicos, sombra que huye vertiginosamente delante, o se rezaga, apenas entran los vehículos en la zona del foco siguiente.

El cristal de las calles, reluciente de agua, se va azogando con la lluvia hasta conseguir convertirse en espejo desmesurado, en el que se proyectan tantas todas las sombras cabeza abajo.

CINEMANIA

Las películas "standard" constituyen el alimento espectacular cotidiano del público donostiarra, llenando todas las salas al menor anuncio engolado insertado por las empresas. Es el gran recurso invernal para jóvenes y viejos, y los días festivos para criadas y milita-

res sin graduación que se reparten por los templos de la pantalla, sólo competidos por los bailes de La Perla y del Frontón Urumea.

Para la juventud tiene el cinematógrafo sobre el teatro una inmensa ventaja, y es la de poderse prescindir de lo que pasa en la escena, pudiéndose reducir el interés de la acción al espacio mínimo de dos localidades y a la actuación de dos personajes que se llevan siempre dentro.

Una de estas noches de tranco inacabable, nos reunimos en el Victoria Eugenia tan pocas personas a ver actuar a una simpática y ágil actriz que celebraba su beneficio, que la empresa del teatro tuvo que reforzar la cafetería para que el frío no se apoderase de la sala. Cuando salíamos, en el guardarropa sólo éramos dos los que recogíamos los abrigos y poníamos una propina en la mano extendida por la encargada.

TWO IN ONE

No puede prescindirse de este reclamo gratuito a una marca de cremas para el calzado, si quiere dársele un nombre simbólico e integral a este desfile que hacen las parejas más enamoradas por los paseos de mayor densidad sombría de San Sebastián.

En días caniculares o benignos simplemente, la atracción que sobre los enamorados ejerce el campo y el mar, incluso para el suicidio angustioso y desesperado, está demostrado por una gran copia de literatura. Lo que ya sorprende un tanto es ver abundancia de idilios paseando los más cálidos sentimientos específicos bajo el borrasco temporal que pone en incesante movimiento el limpia parabrisas, que ya no da abasto a separar tanta lluvia acumulada.

En el Paseo Nuevo, en el bajo de Igeldo y en el de Loyola, los mártires de un paganismo eterno, por parejas adosadas, tratan de volatilizar el agua con el fuego de sus pasiones en plenitud, cubiertos por el "pluma" de él o el diminuto paraguas de ella, que modela con su seda mezclada de algodón las cabezas entregadas de los amantes.

Los faros del automóvil escudriñan y descubren el heroísmo de un amor más o menos puro y decantado de materia, pero abnegado y siempre propenso al sacrificio de la vida en un renacimiento bronconeumónico.

Pero de vez en cuando algún automóvil parado enciende y apaga los faros para evitar el oteo indiscreto de lo que pasa en el interior. En estos coches, casi siempre pequeños — de hijos de familia — se encierra el amor vergonzante y desvirtuado — sin la virtud de la abnegación sin reservas —

y por esta razón descubrimos la matrícula y las formas del coche, para que se fastidien sus propietarios por hipócritas, aunque después no digamos nada a sus papás.

Mientras tanto, los tritones y las ne-reidas se hunden en el océano para poder refocilarse libremente, sin las molestias del chubasco, que arriba, desde el cielo, sigue purificando el amor de los "buenos", de los "elegidos" que andan a pie sobre la tierra.

¡GAZTAÑA ERRIAK!

La plaza de la Constitución. ¡Qué de sugerencias románticas y distantes reviven este nombre de las plazas espa-

ñolas, tan paradójico actualmente. Nuestros antepasados concedían una importancia extraordinaria a una conquista política que hoy no logra sacudir las fibras ciudadanas. Las razones de este fenómeno evolutivo son arcaicas e indiferentes a la buena mujer, grabada en madera, con gubiazos rotundos que han de cubrir la tinta roja del fuego que lame su cuerpo en llamas arrojadas fuera del asador por el endemoniado noroeste que se cuela, con tumulto de saqueo, por la castiza calle del Puerto.

Uno de los recios pilares dobles, angulares, de la plaza, ampara a nuestra castañera que, con la mano hecha de raíces de acebo, separa el igneo lengüeteo con una cadencia ritual. No arde. El frío de sus años le ha colocado una placa de seguros contra incendios.

Con una voz cascada y sorda que el viento hace silbante a veces, grita: ¡Gaztaña erriak! ¡Castañas asadas!

Dos novios; cinco, ocho, diez mocosos de ambos sexos; dos "neskas" de la Jarana, de rompe y rasga; un "aitona", de barbilla prognata, van desfilando en colección de siluetas destacadas sobre la iluminación de la plaza desierta, cuyo vano amplio se cubre del cendal húmedo y agitado de la borrasca. Este desarrollo de cintas de siluetas negras evoca a Esteban de Silhouette y arrambla con la mercancía de la castañera.

La clientela se renueva y se lleva en los bolsillos y faltriqueras el brasero de unas castañas a las que una demanda excepcional deja ya sin la necesaria coadura.

LA BAHIA NEGRA

La Concha, pulcra como un espejo de

tocador durante el día, llena de suaves reflejos y de ondas como rizos reflejados en la luna biselada, adquiere en la noche un misterioso matiz de mirada negra, en la que la retina fosforesce en el iris de Santa Clara.

Es como si en las horas apagadas y largas de la noche invernal todos los calamares del mundo hubieranse reunido en una cita rotaria, para sacudirse toda su tinta en estas aguas contenidas de la bahía.

El faro de Igeldo pasea su haz meloso sobre el lomo escurridizo de cada onda cantábrica. Unas lucecitas rojas parpadean desde la Concha en un guiño constante e indicador de ruta. Cuando es tarde y hay neblina, estos ojos de ave mecánica nocturna se clavan en las miradas acechantes de los patrones de barcos.

Algún día limpio la luna llena muestra su pandero enorme, henchido de luz, ofreciendo optimismo de plenilunio a los paseantes. En días así, la "bahía negra" recibe la luz fría de la luna, acostándola sobre las aguas que juegan con ella de mil maneras.

Antes, cuando la luna no asomaba resplandeciente de blanco, podía destacarse un anuncio luminoso que, sin competencia, reinaba único en el fondo indefinido de la noche, no tanto por su saltarín luminismo como por las sugerencias retozonas de la marca jerezana paseada por sus letras. Resistió embates sin cuenta de las galernas, pero un día el huracán, sin duda sobornado por un competidor de la marca anunciada o siguiendo las inspiraciones de algún miembro de la Liga Antialcohólica, lo derribó definitivamente. Desde entonces la meta del paseo nocturno de la Concha no está "alumbrada".

EL FEMENINO DONOSTIARRA

Cuando se han agotado todos los recursos para matar esta laxitud de las horas negras, todavía queda una necesidad apremiante de verse la gente al filo de la cena. Las salidas de los cinematógrafos y del teatro dan la campanada para la reunión de la Avenida.

Ahora el paseo de la noche se forma en la acera donde el Club Cantábrico exhibe el ocio reposado y quieto de sus afiliados. No hará un año todavía que este deliberado encuentro colectivo se celebrara en la acera de enfrente. El cambio débese seguramente al capricho de la volubilidad femenina, pero como quizá esto de la volubilidad del sexo débil sea un formidable lugar común, será conveniente apuntar la posibilidad del soborno por parte de algunos de los más graves socios del club, que hayan conseguido este medio cau-

to y discreto de saborear los atractivos más externos del mujerío en flor de Donostia, sin atraerse complicaciones de orden conyugal. Recuerdo a ciertos caballeros de frases herméticas y trascendentales que, habiendo pausadamente, académicamente y casi senatorialmente, lanzaban miradas envidiosas y penetrantes a la acera opuestas, mientras preparaban con ceño las frases empaquetadas de su discurso.

Estas mujercitas, que pasean sus contornos cubiertos de una elegancia natural, obsequiando generosamente a los hombres con el aperitivo de sus miradas, enorgullecen a San Sebastián con razón y amenazan con poner en peligro la santidad advocadora, reduciendo a Sebastián el nombre ciudadano.

La elegancia de las chicas y mujeres que pasean por la avenida, derrotando a las sombras con su belleza, no se adquieren en el taller de la modista, ni con la llegada de la "pequeña Pandora". No hay Hotel Rambouillet por medio y este gusto innato en el vestir de la mujer donostiarra está en el ambiente y en la proximidad fronteriza de las sucursales de las grandes figuras que crean la moda para cada estación.

Pero lo mejor del "chic" de estas mujercitas más o menos hechas no está en la facultad de adopción del último modelo; radica más bien en la intuición ingénita que hace de cualquier trapillo un vestido que preste línea y movimiento a la figura, sin restar el menor encanto auténtico e intransferible.

¡Vaya este cocktail, de esta hora al filo de la cena, por la mujer donostiarra que es capaz de espantar las sombras de estas horas invernales, tan de "loza"!

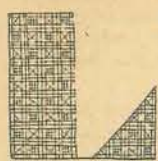
TARACEAS APUNTES ENTRE SOMBRAS

TEXTO E ILUSTRACION DE
ANTEQUERA
AZPIRI

(Para LA NACION)
SAN SEBASTIAN, diciembre de 1929.

GABRIELA MISTRAL

(Para LA NACIÓN)
CAVI (GENOVA), enero de 1930



AS Antillas han vivido, yo no sé si muy olvidadas de nosotros, o muy olvidadas por nosotros, a pesar de ser ellas la linda criatura de las dos Américas, cintura descalabrada como la unión de ambas.

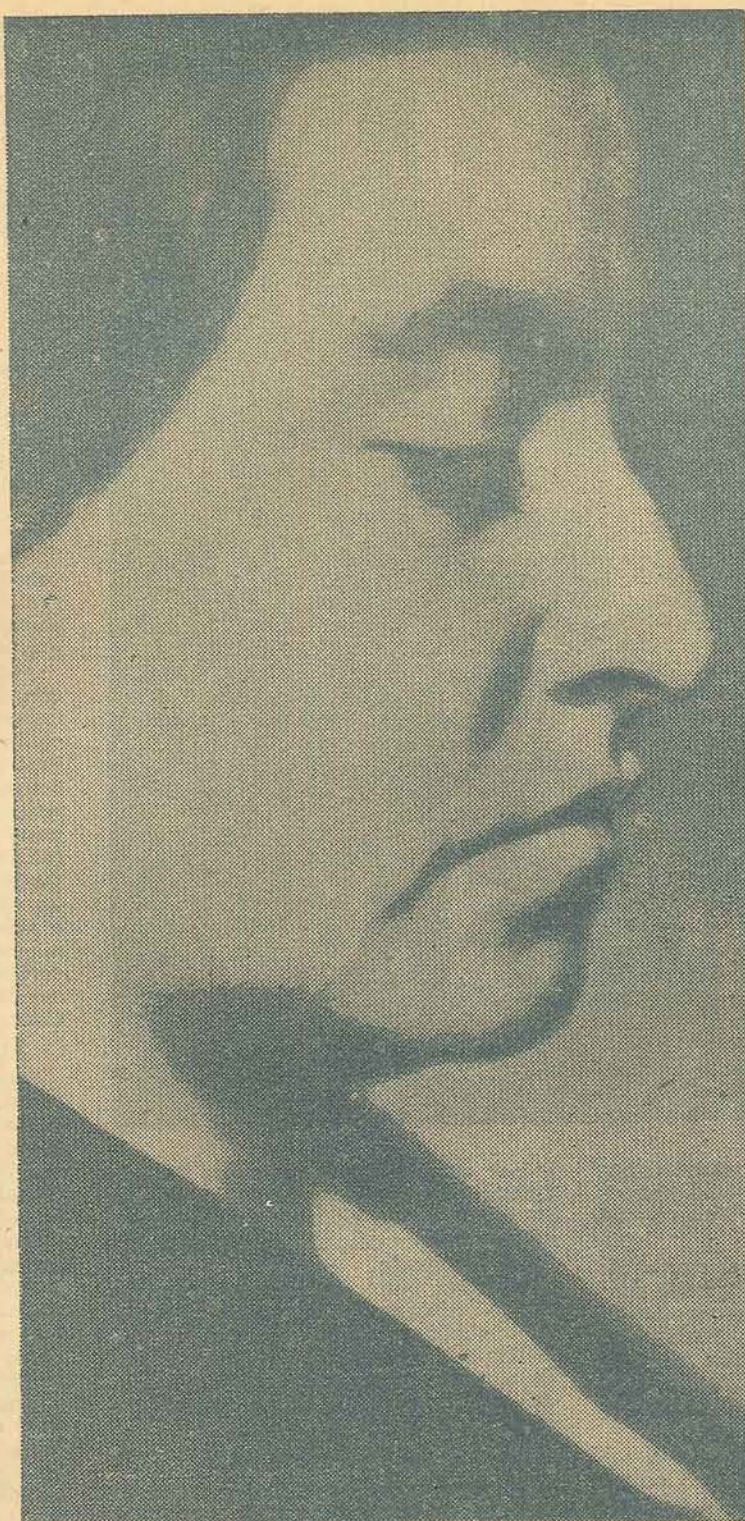
Sin embargo, no están mucho más lejos que la Costa Rica, a la cual nos sabemos en su pedagogía y su política como nuestra palma. La Habana casi vale Río de Janeiro como estampa tropical. Puerto Rico conoce la terrible experiencia de ver batida su sangre española con espátula norteamericana, experiencia que debe interesarnos muchísimo, porque el batidor, en el ensayo, está mirando con un ojo la isla y con el otro el Continente... Santo Domingo es la Antilla menos fojeada por nosotros, a pesar de que, en cualquier tiempo, ha prestado maestro al Sur: José María de Hostos, antes, a Chile; Pedro Henríquez Ureña, hoy, a la Argentina.

Con todo esto, se viaja poco y nada desde la América del Sur hacia las Antillas. Somos muy vanidosillos y no quebramos el itinerario Panamá-Nueva York por quedarnos en ninguna de ellas; llevamos una gran prisa de sonambular por la Quinta Avenida—que eso es—de matricularnos en una de esas universidades donde se enseñan cosas que el seso atrapa y la sangre no consiente, y de mirar la estatua de la Libertad en su cubo de avizorador, sin entender que ese bulto es verdad de palpar para la familia yanqui y una bufonada para los extraños.

Por todo esto, el chileno caminador se queda sin la mirada solar del trópico en la mirada, y no hay americano efectivo con la ignorancia de la tierra caliente. El desperdicio la ocasión de conocer el trópico precisamente en esas Antillas donde su contacto no escalda y es menos mortecino, en estas bandejas frutales, aquí el café, cerca la piña, al lado la caña, todo junto y cumplido como en una bandeja, y ribeteando el contorno, el mar refrescador de la palmera y de nuestra piel. Pierde también el viajero de la prisa un espacio donoso y pulido que se habla allí y que nadie quiere cambiar por la lengua con golpe gangoso de cadena del inglés. Pierde de ver unas ciudades blancas de arquitectura feudal, pero gay, que hizo allí el español jovializado por la luz y el aire jóvenes. Y pierde de gozar la hospitalidad fácil y bella como la hoja de su plátano, que es la antillana, una manera de recibir que conviene de la consanguinidad y como la cual yo no conozco otra que la chilena. (Algún cubano me dijo y yo no lo he olvidado: "Usted se siente bien aquí porque los pueblos más españoles de la América son Cuba y Chile").

Ignoramos el trópico, nosotros los del Sur, pero esto no nos impide estar siempre hablando de él como de una cajita hedionda donde está encurtido un monito obscuro, una guacamaya desatentada de su propio color y unas guayabas fundidas; todo ello en revoltura fea de olores contrarios...

El trópico americano es cosa más sólida que un fruto pasado y más seria que el titi del Brasil. Por ejemplo, la fuerza listada a trechos de negro, pero al cabo una fuerza, de Benito Juárez; la ordenación, puesta a códigos y gramáticas, pero al cabo ordenación, de



Gabriela Mistral, la insigne poetisa chilena que representa a su país en el Instituto de Cooperación Intelectual, de la Sociedad de las Naciones, ha escrito especialmente para LA NACIÓN la presente crónica

Bello; y en buena parte, digase lo que se quiera, el hombre-Bolívar, magnífico de imaginación y de eficacia como un plantío de café o de cacao esenciales. Cualquier día un estudiante hará su tesis de historia con este rubro, y no habrá torcido el hervor de ninguna verdad: "Bolívar, un aspecto del trópico". Naturalmente, otro es no sólo un aspecto del trópico, sino él mismo: José Martí. "Yo soy el trópico bueno", me contestaría si me oyese. Esto es cosa de ocasión y explicarla en otra ocasión, sin prisa.

Las antillanas de esta generación de la desgracia, por su parte, tampoco tienen gran gana de ir a ver lo que su sangre hace y logra en el Sur. Dicen que siendo ya la Cuba y el Puerto Rico unos barrios de Nueva York, soltados en el mar, mejor es ir allá a entender más o menos al mayordomo del Caribe, y allá me los he encontrado yo, en la ciudad con la imaginación en cemento armado, pelcándose el día y la noche con el carácter norteamericano, pero bien avenidos en la pieza del buen hotel, cuyo amoblado de laca blanca y cuyas llaves de agua les obedecen al latido de calor o de frío; allí he conversado con ellos y me han dado su tragedia, reducida a camino de chiste criollo... (El confort es el anti-Plutarco del tiempo).

Los que siguen educándose, a Dios gracias, la cara vuelta hacia Europa, vienen a Francia, y por el prejuicio que se

les ha metido de la invalidez de España en cualquier orden, y por su disgusto de sensuales hacia el mal viajar y el hotelito menesteroso de la ciudad pequeña, hasta éstos se saltan la España de nuestra coordinación. De ida y regreso, dos veces dan la zancada encima de aquella que es nuestro oráculo de respuesta precisa, la única capaz de descifrarnos y de decirnos lo que somos, de mostrarnos juntas nuestra excelencia y nuestra roña, que suelen estar en el mismo migajón de costumbre, y la única capaz de afirmarnos la vista de las coyunturas testarudas de su historia, el nudo ablandado del trópico.

Francia enseña otros menesteres: ordena la menta greñuda o báquica que le traemos, hasta una limpieza de dados, y sule ponernos la agilidad del buen jugador; y comunica normas regulares y a veces salubres y enseña honestidad intelectual. Pero en la última aldea española, viendo una mujer que arregla la mesa y sirve dos platos pobres y medulares con una dignidad y una caridad—las dos cosas juntas—de reina que no suelta su viejo gesto; o aunque la pobre mujer se desinterese de nuestra mesa y diga no más un proverbio sobre la honra y "los dineros", que tiene la edad de España, con esas dos grecas recibidas de ella sabremos más de nosotros que al acabar un curso de cultura española en la Sorbona.

Para las Antillas españolas

ANTILLAS

hay dos tratos que frecuentar y dos argollas donde enganchar el cable del origen para que no vaya a caerse al mar: España y la América del Sur.

Parece que Martí haya sido el único antillano que miró hacia el Sur, trabajó para el Sur e hincó un poco de influencia en nosotros. La Nación dos veces tomó y guardó para sí dos grandes artesanos literarios del trópico; ambos le sirvieron a lo rey, y ella sirvió a ambos, dándose cuenta de quiénes eran, a lo patrón lucido: Rubén Darío y Martí. La Nación decidió del destino artístico, que era un destino europeo, del nicaragüense; ella le cernió la paja y el ballico rurales; le dió la apostura y un poco el justo desplante del regenerador de la lengua que él había de volverse, y después le hizo el bien sin precio de mandarlo a Europa y de sostenerlo allí bastantes veces.

Muchas veces, dando y dando vueltas a la suerte imbecil que nos hizo perder a nuestro Martí—bellota de Rubén, no olvidario—yo he pensado en que un viaje a la Argentina le hubiese salvado para la lengua, que era su única patrona legítima. La estimación fuerte de los extraños le apuntara mejor el contorno de su personalidad; él se habría visto; él habría entendido que su divino encargo era de americanidad y no de enteco antillismo. Se cumpliera tal vez esa gesta de la lengua que llaman "modernismo" por obra de capitanes mellizos, uno de ellos, el que nos faltó, tenía digitales más americanas que estampar en la empresa. Poseía Martí cierta fuerza inocente que a Rubén, como el viejo indio que era, y adobado a una Europa vieja también, le faltaba en poco o en mucho; Martí traía cierta fogosidad y cierta ternura, adámica una y la otra angélica, muy felices de ver en el habla de una raza nueva.

Todo eso pudo pasar y no pasó; Martí puso gustosamente su cuerpo en la rueda de moler becerros—y uno que otro héroe—que es la guerra; la rueda bruta nos majó esa carne de faisán del bajo, que es la más fina que haya hecho el demiurgo de la América, y nos tronchó una vida que nos vino tasada como para ochenta años.

Darío se continuó con dignidad en Lugones; Rodó en alguna manera completó a Montalvo; en cuanto a Martí, él "quiere y no quiere" volver en Vasconcelos. El mejicano recibió su fuego puro, pero "el tierno" le falta, el agua caritativa que desaltera y hace que el calor no nos vuelva astilla de yesca.

Martí salió echado de Cuba y se puso a rondar al Caribe, haciendo a la isla un verdadero cortejo de faisán o de amante arrojado que no quiere irse. Vivió sucesivamente en Venezuela, en México y en Centro América. Su pasión de Cuba parecía cosa de carne, imperativo y amarra de carne que no se puede cortar. Sin perdonarle la santa insensatez con que fué a meterse al matadero, yo suelo entenderlo en el apego mío del trópico. El trópico es como una voluntad muy fuerte que cuando coge toma, no sólo en cuanto al calor, que se vuelve necesidad del hueso, sino en cuanto al alimento del ojo por el paisaje que lo nutre como un tuétano. El trópico es una aristocracia geográfica, de luz, de formas y de aire tónico; aunque esa aristocracia aparezca llena de costurones feos y de tristes miserias, también de tatuajes más o menos evidente de esclavitud, todo ello es política, "es decir, cosa superior a la geografía". Se parece el trópico a las reinas gitanas

que yo vi en una fiesta de las Santas Marias del Mar en la Provenza: perfil sin tacha, cuerpo sin tacha; danza, de retardar a las estrellas sobre el campo; y en el aire movido de la danza, la pobrecita hedía... Debe costar algo más lavar aquello que lavar a la gitana; la gitana tiene poca espera, porque se hará vieja; la tierra, emparentada con Saturno, cuenta con el tiempo. El pensamiento me lo hallaría vil Vasconcelos, pero da una consolación grande a los que necesitan ser consolados en nuestra pena por la tierra bella de la América.

Decía que entiendo la pasión caribe de Martí. Apenas si yo me aproximé al trópico y lo toqué con las yemas y lo tengo el apego que a las cosas excelentes que no se ven en vano, y de las cuales quedamos convencidos por los cinco sentidos, y para mucho tiempo. En los países de cielo bajo en que la nube sucia toca la coronilla; en los paisajes desabridos que hay que trufar con este o aquel achaque histórico para que embriaguen; en estos otoños que nos regalan un día de siete horas, yo no me consuelo, yo no me resarciré nunca del trópico perdido y que no vuelvo a tener.

Una fascinación mayor, de niño que se crió con la fruta óptima y de joven, cuyos amores se recordaron en aquella luz magistral, debió ser la de Martí. La patria él la cuenta y enseña le saca un acento de niño encandilado, de varón plutarquiano también, que dice a cada párrafo "deber" o "sacrificio", pero sobre todo de amante con desgarrón, de amante que no puede desaprender un paisaje de partes perfectas.

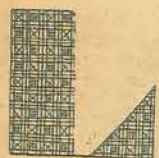
Aquella patria él la llamaba Cuba; pero, naturalmente, se llama las Antillas. Ninguna de ellas es sola, y por eso en la desgracia también andan juntas; la poca agua, chocando en cada una, más las junta que las separa; el cielo de Puerto Rico dicen que no tiene un gramo menos de azul que el de Santo Domingo.

¡Pobrecitas Antillas!, a las que se puede aplicar la copla del pueblo nuestro:

Rosa codiciada,
rosa deshojada.
Moza muy donosa,
almeñada, dulce y pan;
aunque la guarde el Angel
me la descubrirán.

Una superstición que yo llamo "de la legua", un respeto del perímetro grande que es pura barbarie del ojo, nos domina en el Sur y nos hace desdenar a los pequeños países, entre ellos a estas islas donosas. Y nos engaña bastante el bulto geográfico: si al Brasil se le taja el borde atlántico, donde la población es decorosa, no nos queda mucho mayor que el Perú, y la misma Argentina reducida a cifra de densidad, no va mucho más lejos que Colombia. En Europa, nos miden de distinta manera, estimando al habitante como núcleo del kilómetro y al kilómetro baldío como depreciador del habitante. Yo enumeraba a un francés con un poquito de énfasis nuestros veintinueve países. "¿Pero cuántos millones de habitantes?", me dijo cortándome el regodeo. Después de la respuesta: "Todos países pequeños, mi amigo".

Habría que castigarnos la vanidad del Sur, madre del olvido de las Antillas y del desdén de Centro América con esa frase del francés, corta y eficaz como una pincelada de yodo. Las Antillas son países menudos y densos en relación con los nuestros: muchos hombres que están sentados en una de las tierras que la geografía llama, enlutamente, perfectas.



A batalla, encendida en el taller, amenazaba extenderse hasta Montmartre, repetir la gran batalla evocadora de viejas jornadas, cuando el

ejército juvenil, dominador de las alturas de París, armado de pluma y de pincel, acometió al "Padre La Moral", a le "Père Pudeur", al senador pacato Beranger, que pretendió abrumar el barrio de Saint Michel, su estudiantil bohemia, con el diluvio universal, chaparrón pudiendo, de los mil y mil millones de sus hojas de parra...

Ahora Montmartre y Montparnasse, Meca y Vaticano del París noctámbulo, sede maternal del arte libre y de la libérrima farsa del "camelot royal" y del artista melenudo, se disputaban al cerebro del mundo. Viejos artistas añoraban su Montmartre querido, el de los molinos flamencos y el "can-can" obscuro, las trovas de Musset y los despiantes de Aristides Bruant, el grito coplero, la guardilla triste de Mimi Pinsón y la bohemia libre de Enrique Murger. ¡El Montmartre independiente! Mas la juventud futurista quería derribar Montmartre, elevar a Montparnasse, estremecer al nuevo París, el de post-guerra, con el estridor brutal de sus danzas negras, de sus "misas" infernales de parecido color, el mirar sepulcral de sus mujeres "verdes", las bananas tentadoras de Josefina Baker. Montmartre era el ayer, un dulce ayer provinciano y plácido. Montparnasse el mañana, mundial estruendo de bocinas y pelotazos, brutales gritos de "football" y "ring", de "cow-boys" y de "jazz-band", gruñir bufador de gasolina, estridencias del selvático "tam, tam". Disputaban los dos barrios de París sobre pasados y presentes días... Y aquella tarde, reunidos en el taller artistas y bohemios, y al que asistía yo alguna vez como espectador curioso, Oscar, soñador pintor chileno, "gauchito" del Boulevard de Saint Michel, con palabra reposada, en tanto limpiaba sus pinceles teñidos de colores crudos, interrumpió el combate para decir:

—He soñado... Si, os lo confieso... Reiros, si queréis... Mas he soñado... Voy a referiros mi sueño. ¡Un sueño más! Ayer paseaba yo por el Boulevard de Montparnasse, como todas las noches, ya lo sabéis... Al pasar ante una "boite" oí gritar: —¡A la puerta! ¡A la puerta! ¡Aquí no entran vejesterios! ¡Y aun nos insulta!

Un criado a quien la moderna extravagancia parisiense de los "dancing" de Montparnasse vistiera, ¡oh prodigio!, de "piel roja", multicolores plumas en la frente, rojo y ocre en las chillonas mejillas, anillos colgantes en nariz y orejas — ¡también he visto a un catalán disfrazado de cosaco! — salía en aquel momento del estafalario "Bum Bum", del "Tupinbum Jazz-band dem Club", aquel aristocrático, al decir, pero loco, estúpido turgio con grotescas pretensiones de simbolizar el "dernier cri", modernismo de tontos provincianos y de las provincias todas del mundo, que vosotros, sin duda, conocéis. Sus groseros puños, los del salvaje por horas, arrastraban, más que empujaban, con brutales empujones y feroces zarpadas, a un pobre guñapo humano con trazas de dislocado maniquí, que pateado por el indio bravo cayó al arroyo, dando en él con su tundido cuerpo...

Oscar, el pintor chileno, montparnassiano impuro como el turbio ajeno, era un soñador bohemio del viejo Montmartre. Odiaba, pues, al pretencioso, embustero, pufista Montparnasse, sus fétidos tugurios... Por la entreabierta puerta de la montparnassiana "boite" adivinábase un salón envuelto en humo, entenebrecido y fosco en sus rincones; brillaban en sus paredes, con anémica media luz de cementerio, amarillentas lámparas funerarias... ¿Lo recordáis? Diríase una caverna primitiva habitada por modernos trogloditas semicivilizados; el templo incógnito de misteriosos y crueles ritos... Danzaban, a la tenue luz, contoneándose como ebrios; en los pintarrajeados muros, extraños figurones que la policromía cubista, en sus audacias, tiñó de delirios coloristas, desde el carmín sangriento de la guillotina al desnudo blanquecino, palidísimo, enfumado en aguas adormidas... Algunas damas, espiñadas, como en ex-



Horas de la historia Cuando Teresa y Mimi reían... Por Rodrigo Soriano

"Con la rehabilitación de Robespierre, que persiguen algunos en París, coincide la de Teresa Cubarrús, madame Tallien. Se habla de levantarle una estatua en Burdeos". — (Un periódico francés).

tor romántico quedó suspenso. Lanzó un grito de asombro. Aquella mujer del otro mundo, que despertaba a la vida como un espectro, era su antigua enamorada, sombra del pasado, glorioso despojo de románticos ensueños que se aparecía al artista entre el turbión de nieve. ¿Dónde, dónde había visto, soñado infinitas veces, aquellos ojos del ensueño, brumosos y demoníacos como estrofa de Lord Byron; dónde aquellos labios pálidos, enigmáticos e irónicos, abismo de locuras, engendro de románticos efluvios; dónde aquellas mejillas que tejieron flores mortuorias en los versos malditos de Espronceda; malditas flores en las blasfemias de Baudelaire; amargas o dulces flores en las baladas de Heine; flores melancólicas en las estancias de Musset? ¡Era la soñada señora de mis juveniles días — susurró el pintor — la que vi tanto — gritaba Oscar extasiado — en palidecidas fotografías de mi casa familiar, amarillento, marchito su rostro por las tenues tintas del daguerrotipo, la que contemplé tantas veces en las borrosas "Ilustraciones" francesas del Segundo Imperio, en periódicos alegres, en obscenos liberos hurtados a la mirada paternal. Era el novelucho de Paul de Kock, la "Dama de las Camelias", de Dumas, que leía a hurtadillas en el rincón de la escuela, mientras el maestro deletreaba historias viejas de romanos y griegos y mascullaba latines. ¡Era la "alegría que pasa", la que pasó, la eterna musa! Su acabado rostro conservaba vestigios de hermosura, sus admirados ojos relampagueaban aún amor y luz, malicia sus labios ya marchitos. Lucía sobre su frente la gentil "pamela", la de las damas de Lamartine, de madame de Staël, del "Don Juan

de Lord Byron; romántico sombrero, pastoril y versallesco chapeo que efloraban florecillas azules, jaramagos melancólicos de las vetustas ruinas, largas cintas que oscilaban sus espigas sobre nacaradas espaldas. Alfredo de Musset conoció a Jorge Sand allá en Venecia, florecidos sus oscuros rizos por una "pamela"; Chopin, el divino músico funerario, la admiró también así en la Cartuja de Valldemosa, perfumada por los naranjos, cuando su tierno "Sejour á Majorque". ¡Pobre, romántica "pamela" que coronó de rosas y "bluets" aquella tan linda cabeceita... a pájaros que la guillotina impía segó después, la de María Antonieta! ¡Idilica pastora, corrompida Reina que habitara en Versalles la rústica cabaña, el "hameau", la "bergerie", como el fastuoso Trianon y el babilónico palacio! ¡Pamela altiva de los bohemios de Murger, de las locuras de Gerardo Nerval, de los bailes de Bullier, del "can-can" canalla de la Rigolboche, de las orgías de Dogen; pamela alegre de los días de Montmartre que ahora, rota y abollada por el infortunio humano, hacia tan triste mueca sobre la caída frente de nuestra dama!

—¡Bravo! — gritaban los bohemios —. ¡Qué bien que te ha salido el parralito! ¡Ni ensayado ante el espejo! ¡Vas derecho al Parlamento!

Mas Oscar, conmovido, transportado, continuó:

—Sobre sus desnudas espaldas, temblorosas de frío, caía un chal multicolor, aquellas pintadas cachemiras multicolores que fueron gala de Eugenia, la emperatriz española, de Napoleón esposa. Un traje de viejo raso color de tórtola, ya descolorido, que amarilleaba en sus marchitos tornasoles y se abría en heridas y rasguños, caía hasta la rodilla, deshecho en jirones. Sus zapatos, manchados de barro, conservaban, mustio, el tacón rojo del Directorio, la plateada hebilla que lucieran las damas en Saint Cloud. Un maldito perfume de viejos salones, ya olvidado, de impuras alcobas, aquel mismo que se exhalaba en bocanadas al abrir antiguos muebles, aquellos viejos armarios que guardan enterradas las prenderías rancias, se desprendía de las ropas y de la piel de aquel fantasma viviente del pasado siglo. Era un extraño perfume de caoba vieja, de penetrantes esencias ya marchitas, de rosas pútridas, vaho lánguido de pasadas fiestas cortesanas, de aburridas ceremonias vetustas de tumba, de pecado... Aquel perfume enloqueció, sin embargo, en lejanos días, a ga-

lanes del Imperio, fué la moda el "macasar", el "opoponax", el heliotropo, aquel divino perfume enloqueció a un poeta.

Oscar había tomado de la mano a la misteriosa dama. Suspiró un instante. Cayó desvanecida. Curioso, febril — decía Oscar excitado — quise yo averiguar su secreto... De sus caídos brazos pendía una bolsita tapizada de abalorios, de su cuello, con unos ya gastados "impertinentes" esmaltados en oro y pedrería, y que dibujaban amorcillos alados, palomitas, flores, pendía un medallón ovalado, con esmaltes lindos de turquesa y apagados diamantitos... Comprenderéis mi emoción en aquel momento... Abri el incógnito medallón... El medallón contenía un retrato en miniatura ¡divina miniatura! Era un joven rubio, de brillantes y encendidos ojos, barba de oro y leonina melena... Lo acerqué a la luz... ¡Creeréis, ¡oh asombro! que aquel retrato era el de Alfredo de Musset? ¡Auténtico! ¡Era él, él! — repetía Oscar, calenturiento.

—¡Como broma basta! — rió Federico.

—Pues escuchad... Vuestro asombro será mayor... El bolso contenía una tarjeta, tarjetita con marco de calados bordes, estilo año 40, anticuada tarjetita que, bajo dos lindos pichoncitos arrulladores que se ofrecían el pico, decía con letras de colores enigmáticas de rosas:

MIMI PINSON

¡Era la linda musa del poeta divino, era, sí, el símbolo romántico del Montmartre poético arrojado a puntapiés, con groseras patadas, del Montparnasse infecto, de sus cabarets hediondos! Era la bella musa de una honrada juventud, soñadora y quijotesca, que cantaba a la luna y al amor, a la revolución libertadora, pisoteada ahora por el rebaño de negros cantores de canibales canciones, antropófagos del arte... ¡Sí, amigos, yo he vivido unas horas con Mimi Pinsón! ¡Lo juro! ¡No sueño! ¡He vivido! ¡Y quien me lo niegue se las entenderá conmigo! — exclamó el pintor tomando de la chimenea unas tenazas. Escuchad...

Rieron todos... Mas Oscar prosiguió imperturbable:

—Tomé de la mano a la pobre Mimi y fui llevándola, como pude, por la blanca sábana. París se diluía, se liquidaba en sombras en el telón de bruma gris que cubría un cielo mate como el estañío sin brillo... Pasamos el río... Flotaban en él, a la deriva, cual amortajados espectros, los informes témpanos... Reflejábanse en las oscuras aguas enormes cúpulas blancuzcas y nevadas cosas oscilantes. Las primeras luces de un alba paliducha, ojerosa e insomne, teñían sus blancuras con el resplandor agónico de los últimos faroles, las rojas luces de anuncios luminosos de bazares, teatros, que serpenteaban en el oscuro río como reguero de sangre, huellas de crimen... Notre Dame asomaba en el fondo sus chatas torres, enormes candelabros de piedra que la blancuzca nieve iba desbordando a modo de escurridiza esperma, resbalando en las estrías como en funerario blando. El fragor de enormes autobuses, monstruos acometedores y crueles de la locomoción moderna, hacía retumbar la blanca alfombra. Crujía dolorida la nieve bajo las gigantes ruedas, aplastada, pateada, en su virgen pureza... Mimi veía aquellos monstruos con timidez y espanto... Los odiaba, luego añoraba sus días felices, las jornadas plácidas de aquellos sus pasados años, tan dulces, tan tranquilos, cuando corría París en ligero "tilburi", aquel coche singular para los enamorados construido, donde se decían tiernos versos el poeta y su musa, Musset y ella. Dos asientos montados en ágiles baletas que arrastraba ligero el trotador corcel, eran nido de amor, bien ajeno a la promiscuidad moderna, a la "carrozza di tutti", donde habéis de co-dearos con la turbamulta mal oliente — gritaba Oscar — el salchichero y el gendarme, el tísico contagioso o el desaseado impulsivo; al infierno del "Metro", que nos convierte en pasta de carne, kilogramos y kilogramos de individuos aplastados entre cuatro paredes. ¡Horror! ¡Furor! ¡Terror! — gritaba Oscar —. Así corría Mimi por París en los días de nieve. El caballo, galante y gentil, parecía bailar una linda pavana sobre el tapiz incólume, y cuando Alfredo susurraba un ver-

so en el oído de la bella, respondía Mimi besando las guedejas rubias de "su" poeta, el de "Las noches" y sus... noches... Y cuando cansados de París tomaban la diligencia, corrían Francia en la tapizada berlina roja, su soñado camarín. Iban deteniéndose en silenciosos y tranquilos pueblos, viejas urbes que eran para ellos vivido ensueño, a la sombra dulce de góticas catedrales, de los graves templos bizantinos, de palacios y granjas, de aquellos tan románticos albergues desaparecidos ya, el de "Los tres caballeros", el de "La espuela de oro" el del "Zorro azul", donde bebían el viejo Borgoña, rubi disuelto; el alegre Chablis, disuelto topacio. Y descansaban en el césped, acariciados por el sol, sin que les ofendieran bocinas de automoviles, bufar horrible de locomotoras y sirenas, horripilante hedor de gasolina. ¡Oh tiempos, dichosos tiempos ya perdidos!

Mimi — continuó — se hallaba fatigada... Corríamos, corríamos por la nieve, sin rumbo fijo... Pasamos luego por la Magdalena, aquel altivo templo de la grandeza griega, mansión, ahora, de los nuevos ricos, de la muerte opulenta y el ostentoso culto. Fuimos a parar, después, a los Campos Eliseos... En la penumbra del fondo dibujábase el Arco de la Estrella, aquel arco que parece mirar con su gigante ojo, su colosal monóculo, al Paris que sube a contemplarlo, arco severo de la militar grandeza que debiera, sin duda, rematar como frontón guerrero el napoleónico tricorno.

Una luz señalaba su estela fúlgida sobre la nieve del arroyo...

Era un restaurante, elegante hoy, ayer modesto asilo, histórico, de las alegrías parisinas.

Era el famoso Restaurant Doyen, testigo mudo del secular placer mundano. Sonaban apagadas músicas tras las vidrieras empañadas, ateridas... Unos músicos, que semejan demonios infernales por sus rojos trajes, pulsaban sonolientos, en el amanecer lívido y bilioso, sus aburridos violones y violas. Eran los "tziganos", los tziganos lindos que acometían danzas húngaras con furor de poseídos, para despertar de su eterno "spleen" o de sus borracheras a los "yanquis" adormidos, a inglesas heladas, de cartón y piedra, que paseaban París en busca de emociones.

Mimi despertó sobresaltada. — ¡Doyen! ¡Doyen! — suspiró —. ¡Cuántos años!

Allí pasó, con su amado Alfredo los venturosos días del ensueño, noches babilónicas de orgía y vicio...

Aun entonces conservaba Doyen perfumes de la gran revolución, de la revolución igualitaria, bajo el sangriento cuchillo. Entonces no brillaban las caobas ni destellaba el bronce como ahora. Viejas botellas se alineaban, solemnes cual guardianes mudos, en rededor de un espejo amortiguado, manchado de letreros obscenos amoratorios. Mas contenían ellas aquel divino licor del Mediodía enervador y coruscante que inventara el padre Gaucher y que hizo renegar del austero Cristo, según cuentan en Provenza leyendas picarescas, a toda una severa comunidad de displicentes frailes aburridos... En mesas de recia encina se reunían por entonces los elegantes del Segundo Imperio, enterrados en chalinillas, vestidos con fracs azules, abrumados por enormes sombreros de alta copa, grises o blancuzcos. Cuando entraba Mimi con su Musset, un diluvio de rosas la saludaba. Sonaban músicas.

En cierto testero del restaurante recordaba un viejo pergamino que aquella sala había sido teatro de la más espeluznante de las tragedias.

Eran los días de la Revolución Francesa... Robespierre, dueño de París, lo aterrizzaba con la "eterna viuda", aquella guillotina fatal que se levantaba muy cercana en la plaza de la Revolución, hoy de la Concordia. Una ardiente mujer, Teresa de Cabarrús, casada con Tallien, tribuno sanguinario de las jornadas de Burdeos, gemía en su prisión, acompañada de Josefina de Beauharnais la futura emperatriz, de Napoleón más tarde esposa... Iban a ser ejecutadas... Un momento perdido y sus cabezas rodarían por el tablado. ¡Oh destinos humanos! Si la noche anterior al fatal suplicio no se reúnen en Doyen Robespierre y sus ami-

gos, Tallien y los suyos, ni Josefina hubiera sido Emperatriz, ni Napoleón su esposo, ni Teresa, la hermosa Teresa, reina, después, del Directorio. Las pobres hembras condenadas, sumidas en horrendo calabozo, aguardaban temblando la fatal carreta. Sus pies de nácar, por las ratas ruidos, apenas podían sostener el agonizante cuerpo. Madame Tallien, aun en sus días de gloria del Directorio, había de venderlos para colo-

—Era, sí, — prosiguió Oscar — el alma de la mujer española, entre infantil y trágica, matrona romana y ángel de Murillo. Libertada Teresa, corre pronto a Burdeos en alas de la caridad, salva condenados, indulta a presos, arranca de la guillotina a inocentes hombres y a moribundos ancianos, acoge a fugitivos y consuela a viudas. ¡Domar al tigre! ¡Es "Nuestra Señora del sangriento cuchillo", "Notre da-

me da la guillotine", como será después "Notre Dame de Thermidor". Tallien, sumiso, llora en su regazo... Teresa le pide caridad. El tigre accede. Burdeos bendice al "ángel español", como así le llaman. Un día, ante el asombro de las gentes de Burdeos todo, aparece Teresa por las calles, espléndida de belleza, vestida de matrona romana, guiando una cuadrilla arrastrada por blancos corceles, como era moda en

adictos, discurre siniestros planes para salvar a las víctimas. Ríe abajo Robespierre; llora de rabia arriba el desesperado Tallien. Blasfemias y carcajadas se juntan en la alegre casa; chocar de copas y afilar de puñales... Robespierre sale de Doyen. Es verano. Es una plácida noche, tibia y clara como los días primaverales. Brillan las estrellas con irónicos guiños. Son los del destino burlón, humano, los del destino de Robespierre. Riendo Robespierre con sus amigos, ha llegado a la plaza de la Concordia. En el fondo, junto a los caballos griegos que aun galopan hoy sobre la verja de las Tullerías, levántase siniestra la "eterna viuda", la guillotina. Espera, ella, impaciente, la carne juvenil de Teresa de Cabarrús, de Josefina de Beauharnais; anhela desposarse con la hermosura en sanguinario abrazo.

Tallien y sus amigos han seguido al tirano disimulándose entre los árboles... Al final se juntan en la plaza.

—Por última vez, Maximiliano... ¡Entregame a Teresa! — dice Tallien con apagada voz. — ¡Entregámela! ¡Es mía!

Robespierre ríe con su "amarilla risa" de golilla.

— ¡Nunca! — exclama. — ¡Bien! — responde Tallien. — ¡Nos va la vida en ello!

Robespierre se encoge de hombros y sigue su camino.

Al siguiente día Tallien sube a la tribuna de la Convención. Su mano febril acaricia el puñal de Teresa como a un cachorro leonino. El puñal brilla en el aire.

— ¡Ha caído la tiranía! — exclama.

Pocas horas después Robespierre, vencido, deja su cabeza en el sanguinario tablado que aguardaba impaciente a Teresa de Cabarrús.

Francia se ve salvada del Terror sangriento por el amor de una española. ¡Solemnas horas de la historia! Madame Thermidor, como desde entonces se la llama, salvó a la gran República de los Girondinos.

—Brilló la española — continuó el pintor — en las decadencias del Directorio. Pero mi discreción, mi amor a ella, cierran mis labios. Sólo puedo decir que entregó su cuerpo al primer venido, como su alma, ayer, a la Nación.

— ¡Bravísimo! ¡Precioso! — gritan los bohemios.

—Un día, en las frondas de Versailles — dice Oscar con misterio — Teresa ve llorar a un pobre músico, un pálido, lindo italiano, casi niño, que toca el arpa y delira de amor por ella. Teresa le consuela, abandona la fiesta cortesana que se recrea en el vecino césped y entrega generosa su desnudo cuerpo a los besos ardientes del mancebo...

— ¡Hola! ¡Hola! — ríen los artistas.

El sol les besa también entre el tulido ramaje...

He aquí a la gran española que fué reina del Doyen... Relicario del placer y del dolor amargo — exclama Oscar — alma viva de la aventura rusa, medio mora, medio cristiana, su vida fué conjunto de generosidad y de prodigas grandezas, belleza espiritual y lubricidad pagana. Doyen la considera como la primera gran bohemía del París artista. Tú, Mimi Pinsón, alma generosa, amada de Musset, eres la segunda... Corazón de todos, alma de todos, cuerpo de todos, también belleza, ¡locura. Esta fué Teresa, dije yo a Mimi — exclamó el pintor.

— ¡Bendita seas! contestó en dulce español Mimi Pinsón — terminó diciendo Oscar.

— Fueron sus últimas palabras — añadió solemne Oscar, con aire de responso.

Reían los artistas en el taller, aun cuando sus corazones palpitaban emocionados ante la gran tragedia. Mas Oscar afirmaba ser verdad cuanto les había dicho, verdad su sueño, su amistad con Mimi, su nocturna charla.

— ¡Si non e vero e ben trovato! — resumió Federico —. Mentira o verdad, nos hicistes, amigo, evocar aquellos viejos tiempos, tan lejanos ya de la bárbara patada, del "jazz-band" y de la música antropófaga, los días de Mimi, de Musset, de Montmartre y de la dulce bohemía. Mentira o verdad, te lo agradecemos.

Mucho tempo, paciente lector, que no te suceda lo mismo... En la duda, te pido mil perdones.

DIARIO DE NAVEGACION

ALTA MAR, diciembre de 1929

EL BUQUE



STOY en el puerto de Montevideo aguardando el buque que ha de conducirme a Europa. Mi compañera tiembla de emoción. Noches pasadas yo tampoco podía dormir. Imaginaba el mar y su helada carne verde, esponja insaciable, dispuesta a absorberme para siempre; sus olas se hacían bocas para llamarme con mi nombre innombrado. Esperaba ver avanzar desde Buenos Aires un buque impenso, más grande que el mar. Lo suponía negro. Manchado de rectángulos y círculos blancos. Erizado de chimeneas amarillas. Terrible. Hermano de mi imaginación.

De pronto me doy vuelta y lo veo entrar a puerto. Lo encuentro reducido y doméstico. Mi emoción se transforma en indiferencia. Mi ser, mi yo, se afianza en sí mismos. Subo sus escaleras como si fueran los peldaños de mi casa.

Las distancias no existen. El mundo me pertenece.

IMAGEN

Veinticuatro horas de viaje. Ahora el mar me parece solamente un riel verde, fino e infinitamente largo, en cuyo extremo se alza Buenos Aires, grande calavera rectangular.

GOLFO DE SANTA CATALINA

El mar nos hace bailar en la punta de sus dedos.

Siento como mía la voluntad del barco que lo doma. Un impulso ancestral me exige el gobierno del timón.

El mar, desencontrado, se niega al barco, y forma grandes pozos verdinegros. Están hechos de ojos de ahogados, transparentes, acuosos, suplicantes, teñidos de algas oscuras, estrididos de espumas hirvientes, epilépticas.

No puedo apartar los ojos de aquellos profundos valles marinos. Comprendo el origen de la vida. Desearía bajar al fondo del mar. Bajar con los ojos abiertos, caminar libre por sus cavernas, respirar en su masa.

PROSA

¿Quién era yo ayer? Una mujer

ALFONSINA STORNI

carse sus lindos zapatitos de "tres puentes". Josefina era hija de un general guillotinado por la revolución. Teresa hija de un banquero español, fundador del Banco de España. Presa en Burdeos, cuando huía a España, Tallien, próconsul en la Gironda, la visita un día en su prisión y se enamora de ella.

Era Teresa la raza española hecha persona.

Sus ojos negros fosforescían, apasionados, sus labios estallaban en lujuria, sus delicados tonos de camelia florecían la piel en terciopelo y nácares, su palabra incendiaba, subyugaban su bondad y sus generosidades prodigas. Era el amor, el amor de Andalucía, que lloraba entre las rejías, que rugía en libertad y ponía el frío puñal, la navaja aleva, en el brazo de "Carmen", el éxtasis divino en el corazón de Teresa de Jesús.

— ¡Bravísimo! — gritaron los bohemios —. Poincaré y Briand son una "zapatilla rusa" a tu lado.



Ilustración de Alejandro Sirio

aquellos días imitadores de Roma la tribuna. Pasea la matrona entre la admiración suspensa de los bordeleses. Presa luego, Robespierre la lleva a París y la condena a muerte.

Tal es la extraordinaria mujer — dice Oscar — a quien yo hubiera salvado aún con la vida, pero a quien ya impaciente esperaba su verdugo cruel, Sansón el fiero.

Tallien, loco de amor, pide el indulto a Robespierre. El tirano lo niega, despectivo. Acude el pobre amante a la prisión. Teresa le entrega un puñal, que guarda Tallien en la derecha manga.

—Mañana — le dice — si tú no sabes ser hombre, seré guillotinado... Escoge...

Aquella noche, en el piso bajo de Doyen, Robespierre, con sus amigos, festeja el triunfo de mañana. Es el 8 Thermidor, vispera del gran suceso histórico, horas de las más solemnes de la inhumana historia. El terror domina París. En el piso de encima, Tallien, con sus



L día es pesado y sofocante.

De mañana, llovió un poco, y por la tarde recrudesció el calor con el vapor de las aguas caídas en las dos márgenes del Riachuelo. Un sol rojo y sangriento recalienta ahora las chapas de cinc que techan el cuadrado de las barracas y derrite la mugre pegajosa de los adoquines, formando a través de la perspectiva, aquí y allí, verdaderos charcos de grasa.

Las aguas sucias y barrosas de los canales hacen burbujas de indigestión alrededor del casco embreado de las barcas. Varios obreros se deslizan por la sombra de las veredas con el saco al hombro, y algunos perros con la lengua afuera caminan debajo de los carros, siguiendo el tranco infatigable de las bestias.

De rato en rato sopla un ramalazo de aire caliente que le imprime al tubo de la calle la temperatura abrasadora de un horno encendido y crepitante. Relámpagos de fuego atraviesan la atmósfera, parpadeando como una lluvia menuda de asteriscos rojos. La bóveda del cielo, cerrada y amarilla, presenta la misma quietud siniestra de una fábrica de fósforos.

La gente va y viene, arriba y abajo, congestionada por el calor y aturdida por el tráfico.

De vez en cuando, al pie de las planchadas, se oye la voz afligida y ronca de algún apuntador que canta las bolsas de maíz o los cueros reyunos del embarque.

Cuarenta y una... Cuarenta y dos... Cuarenta y tres...

La calle se abre paso por entre dos filas de chimeneas que llenan de humo el firmamento de los canales. Una cadena de vapores por un lado, y por el otro un rosario de fundiciones y aserraderos, despiden continuamente un turbión de porquerías celestes que se pegan en los muros del espacio y se extienden a lo largo de la costa como un parche inmenso y asqueroso.

El cielo se halla interrumpido a pocos metros de la superficie de la tierra. Más arriba, sin embargo, por encima del parche, renace de nuevo limpio y refulgente.

Una caravana de carros avanza o retrocede, según el rumbo de la carga, bajo la tracción jadeante de los animales que resuellan y patinan sobre la grastud del empedrado.

La espina dorsal del trabajo se pliega y se repliega como una culebra fabulosa. La carne de Dios, atormentada y palpitante, corre y salta perseguida por el látigo de la canícula. Se dijera que un arriero infernal picanea sin lástima, desde la sombra, el cráneo y los ijares de la procesión que avanza o retrocede por la manga sin fin de la ribera.

Todo el puerto, de punta a punta, se agita y suda, resopla y larga los bofes, zarandeado y enloquecido por el tumulto de las maquinarias. La explosión de los camiones y la trepidación violenta de las grúas degüellan, a ratos, el rasgueo impenitente de las circulares eléctricas que trincan sin cesar los nudos de la madera en la caverna dantesca de los aserraderos. Por la garganta de una sanguiuella túrgida y afebrada, los elevadores de granos vomitan constantemente un chorro de avena que absorbe con avidez el vientre de algún buque solitario.

Aquellos que cargan o descargan carbón, desaparecen en el fondo de la cala, sepultados a veinte metros del nivel común, negros y lustrosos como la hulla; mientras que aquellos que palean el grano, se pierden bajo una cortina de polvo a la misma profundidad, las narices taponadas con estopa, el cuerpo revestido por una capa de afrecho, blancos y espectrales como los muertos.

Cada obrero adquiere, transitoriamente, la imagen del material que manipulea. El hierro le presta al hombre que lo maneja, el aspecto de una barra de metal retorcida por una prensa oxidada y fúnebre. En las cortiembres, al color del material se suma el olor de la faena. Y al color y al olor se suma en las frigoríficas el sabor amargo del guano y de la sangre corrompida y ácida del ganado muerto.

A veces se interrumpe el concierto de los diques y se oye de nuevo la voz subterránea y quejumbrosa del apuntador que sigue cantando la cuenta del embarque.

Cincuenta y cinco... Cincuenta y seis... Cincuenta y siete...

Entretanto, los estibadores suben y bajan por las planchadas, aplastados por las bolsas de maíz, que recogen en

MISERERE

la culata de los carros y depositan al pie de la escotilla, donde una grúa las engancha para dejarlas caer en el vacío hasta los últimos tramos de la bodega.

El hombre y la bolsa que asciende por los tabloncillos da la sensación de ser un solo vehículo, raudo y aéreo, que repecha la cuesta, tirado no se sabe de dónde, por algún cable fantástico.

Mientras una sombra cargada sube, otra sombra sudorosa baja.

El mismo hombre joven y fuerte que desciende por un lado, parece un viejo tullido cuando remonta por el otro, escarbando el suelo, la pendiente de la planchada.

Sólo el capataz de la cuadrilla que

en su libreta, y el apuntador vuelve a recomenzar por el principio la canción interminable de las bolsas.

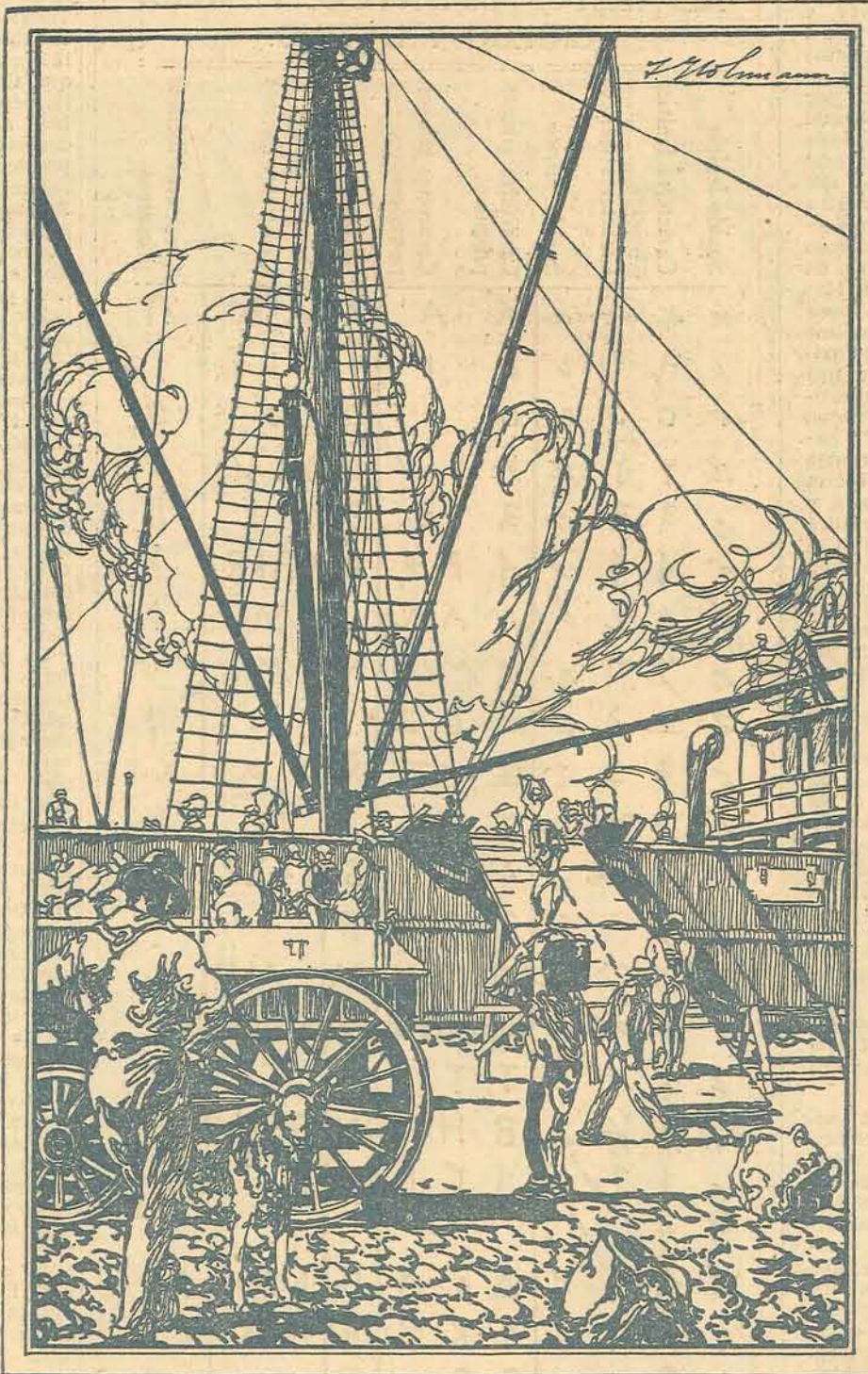
—Una... Dos... Tres...

Contrastando con el apuntador que lleva un orden, el capataz truena con absoluta independencia.

—¡Bolsas, bolsas! ¡Más bolsas!

La grúa de a bordo, aparentemente, funciona sola. Hay un hombre en la casilla, no obstante, que la impulsa, pero resulta a todas vistas un hombre imaginario dotado de un brazo hipotético que se mueve automáticamente como todas las palancas y carretes del armatoste eléctrico.

Toda la rabia de la temperatura se concentra ahora en la entrañas crujiendo



vigila la operación desde la borda, camina de aquí para allí como un hombre de carne y hueso. También el apuntador, apostado en tierra entre dos carros, da señales de vida propia. Uno, porque canta, y el otro porque grita. El resto de la cuadrilla sube y baja en silencio, se dobla y se desdobra de una manera regular y automática, lo mismo que un funicular de hierro humano.

El grito del capataz acelera con frecuencia la marcha pesada del carril viviente.

¡Arriba las bolsas! ¡Iza!

Hace una pausa, y otra vez grita:

¡Baja!... ¡Al fondo!... ¡Bolsas, bolsas!

Y el apuntador suma y canta siempre con la misma voz, resquebrajada por la temperatura, ronca y quejumbrosa:

—Treinta y siete... Treinta y ocho...

Treinta y nueve...

Cada vez que termina de contar una centena, el capataz traza una raya

tes de la grúa. Las poleas giran con vértigo lanzando chispas de indignación, mientras el cabrestante gruñe y chirria como un perro rabioso y encadenado. El gancho se hamaca y salta en el aire, frenético y exaltado, buscando por los rincones afanosamente la boca o el pescuezo de algún hombre distraído para enhebrarlo como una res y descolgarlo a pique en los fosos de la bodega. Al menor descuido del peón, el garfío, siempre alerta, lo desnuda por la espalda... Cuando una mano lo detiene pega un brinco, abre las garras y se prende furiosamente a la lingada que sale volando por la escotilla.

Bajo las planchadas, el Riachuelo puja y reverbera como una bomba hidráulica. Por momentos, la corriente se precipita arrastrando consigo toda la perspectiva del paisaje portuario; por momentos, en cambio, se estanca de golpe, como si la canícula le hubiese paralizado, mediante un síncope cardíaco, el torrente circulatorio...

A medida que la corriente avanza por la ribera, cambia y se transforma la densidad y el tono de las aguas. Empieza a rodar en los diques con el color noble de la greda y termina su circuito en los varaderos con el color innoble de la tierra de los pozos ciegos. A medida que avanza, también aumenta la carga de resacas que transporta sobre sus espaldas embarradas y grasientas. Al morder la grapa de los frigoríficos, pasando el puente de Avellaneda, recibe una inyección máxima de inmundicias. La boca hedionda de algún caño de trecho en trecho, le escupe en la cara todo el detritus bilioso de la faena.

Nada interrumpe su marcha lenta y reflexiva de gusano enorme y cascariento.

Las aguas se devoran y purifican las afrentas.

Al pegar la vuelta de Rocha, la calle del puerto termina su misión. Pierde su sentido y su objeto. Hasta pierde su dignidad y su orientación. Describe, entonces, un remolino bajo el puente, atraviesa un bosque y se suicida...

El grueso de las aguas se divide y de la masa materna se desprenden innumerables zanjitas filiales que fallecen, a poco andar, entre la podre verdosa de algún pantano.

Al perder su unidad, el Riachuelo pierde también su actividad y su jerarquía. Degenera y se corrompe y se convierte en una ciénaga inmunda, minada de ratas blancas y de animales muertos, cuyos miasmas respiran como las chimeneas de los catorce hornos de la quema de basuras. Bandas de moscas carniceras aprovechan la desolación para concentrar sus huevos en el légamo de los pantanos. Perros hambrientos y esqueléticos recorren por la noche las orillas en procura de alguna piltrafa deleznable.

Toda la vida del Riachuelo empieza del puente para aquí.

Del puente para allá empieza la muerte. La descomposición del guano y la resaca, el cáncer lúgubre de la podre verdosa.

En la calle del puerto, sin embargo, se tritura y amasa el pan y la sal de cada día.

A las seis de la tarde, por fin, sueñan los pitos en la ribera. Las planchadas dejan, entonces, de crujiir bajo las zarpas desolladas de los cargadores; se detienen los guinchos y las quijadas de las circulares eléctricas aprietan sus dientes en las cavernas vacías de los aserraderos.

El ruido de las sirenas provoca el desbande de la peonada. La carne suelta reacciona y se endereza. Corre y brinca sin patinar por el palo enjabonado de los adoquines. Sumerge su cabeza congestionada en la pileta donde se le da de beber a los caballos y corta luego la perspectiva, chorreando como si se hubiese pegado un chapuzón en un pozo de agua. Se exprime el sudor con una gorra o se rasca los emplastos del aserrín con las dos manos.

Pronto comienza la descongestión de la calle y con la descongestión, la congestión de las tabernas.

El sol se oculta lentamente, dando tumbos por los baches de la ciénaga, con los ojos todavía encendidos y lanzando aún llamaradas de sangre por la boca. Aunque el sol se acuesta, en esta hora, se diría que recién se levanta para todos aquellos que estuvieron enterados en la penumbra de las bodegas.

Porque recién cuando el crepúsculo fenece con la noche, empieza la mañana en el calvario de la ribera.

Es menester que no haya más luz en el Riachuelo para que respandezca la aurora sobre las almas curtidadas que suben y bajan, al rayo del sol, por los tabloncillos de las planchadas. Las tinieblas, que afligen a los que viven en la luz, consuelan, en cambio, a los que viven en la obscuridad.

Después del ajeteo brutal del día, de la tormenta del carbón y del fuego de las calderas, la obscuridad y el silencio de la noche penetran como una bendición en la sangre de la carne fatigada y dolorida.

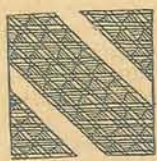
En los bodegones, las almas, todas las almas en comunión, ahora, comen y cantan, con el fin de saludar piadosamente a la noche, allí donde la noche ocupa el lugar del día. Por más triste y sucia y desolada que sea la taberna, festeja ritualmente la alegría de la cena con una canción. Pero, la voz que canta, cante lo que cante, suena siempre como aquella voz subterránea y quejumbrosa, que acompaña de tarde y de mañana, prensada entre dos carros, el embarque de las bolsas.

—Setenta y una... Setenta y dos... Setenta y tres...

ELIAS CASTELNUOVO

ILUSTRACION DE JUAN HOHMANN

LA PRIMITIVA LENGUA IBERICA



O me extrañaría que el desventurado Julio Cejador — nacido en 1864 y muerto obscuramente en 1927, después de haber publicado unas 30.000 páginas de historia literaria y lingüística — ganase la celebridad, hasta en su propia patria, como tantos otros españoles, al recibir ahora el espadazo europeo por la vía de Francia, que sigue siendo la gran vía de la gloria mundial. No es que todo lo consagrado en Europa, señaladamente en estos últimos años de psicosis estética, tenga un valor duradero. Hay una inflación de valores intelectuales, tan artificiosa y fraudulenta como la de algunos valores fiduciarios de la guerra y la trasguerra, que hará quebrar a muchas admiraciones de buena fe y a algunos marchantes a caza de novedades filosóficas, literarias y artísticas, proveedores del esnobismo internacional. Con todo, parece una ley fatal que lo que algo vale haya de ser reconocido primero fuera de casa — por lo menos en los países culturalmente feudatarios de otros —, quizá como contraste y compensación del hecho de que la mayoría de las glorificaciones nacionales rara vez logran transponer, ni por curiosidad, las bardas fronterizas.

Julio Cejador acaba de ser traducido al francés, y en esta lengua me informo de un descubrimiento suyo que, si no es una quimera de su entusiasmo y del de su traductor, va a revolucionar muchas nociones de la prehistoria, colocando paradójicamente al pueblo y la lengua que hasta ahora eran tenidos, incluso en España, por los más estériles en materia de aportaciones intelectuales, en el centro mismo del problema de los orígenes de la cultura humana: de la invención del lenguaje escrito. Aludo al pueblo y al idioma vascos.

No me avergüenzo de confesar que este descubrimiento de Cejador lo leo por primera vez en francés, gracias a la gentileza de su traductor, don Julio Broutá, que me envía los dos volúmenes sobre el "Alphabet et inscriptions ibériques", publicados en los "Cahiers d'Aisne" (editor: Paul Catin, Paris), porque yo no soy, después de todo, un especialista en lingüística, y si lo fuera, es probable que tampoco me habría interesado ahora la lectura de esta obra, siguiendo el ejemplo de casi todos los especialistas, españoles y extranjeros, que ha habido hasta la fecha en idiomas ibéricos. Sería natural. Como buen lingüista ibérico, comenzaría por no saber ni una palabra del vascuence, clave de la teoría y las revelaciones de Cejador. Yo por lo menos hablé el vascuence de niño y todavía, cuando lo oigo, reconozco su vieja y dulce fisonomía familiar, como si en el fondo de la conciencia estuviera menos olvidado que dormido. Sirva esto de justificación al propósito que me mueve a escribir las líneas siguientes y que no es, como se comprenderá, ni dar ni quitar la razón a Cejador, ya que me falta competencia para ello, sino algo más humilde: contribuir modestamente a la divulgación de un problema de gran importancia en sí y especialísima para los hombres y pueblos de origen ibérico.

Cejador no logró hacerse escuchar — y mucho menos estimar — en vida. No porque hubiera sido jesuita, como cree Broutá, en el excelente prólogo de su traducción. No le ocurrió lo que a don Marcelino Menéndez y Pelayo, mal-

mirado de los católicos, que veían en él un espíritu poco ortodoxo, y mal mirado también de los liberales, que le juzgaron siempre, sin percatarse de su honda evolución íntima, demasiado ortodoxo, aunque unos y otros, y todos, tuvieron un profundo respeto por su inmensa cultura, por su magnífica y ardiente inteligencia y por aquel su maravilloso don de la lengua castellana, que para él no guardaba secretos. A Cejador le faltó el respeto intelectual de sus contemporáneos, en buena parte por su carácter brusco e infantil, que le hacía intolerante y despectivo con sus compañeros de profesión y, sobre todo, por el aire bohemio e improvisado con que parecía elaborar sus enormes pilas de papel impreso. Yo recuerdo que una vez, en el Ateneo de Madrid, hará unos veinte años, me pidió una "papeleta" con mis datos biográficos y mis "obras completas", para incorporarla a su "Historia de la lengua y de la literatura castellanas". Como a la sazón yo no había escrito más que unos cuantos artículos de periódico, me formé una idea menos que mediana del hombre y de sus libros y no le di, claro está, la papeleta. Su ciencia no era solemne, sino humana, quizá demasiado humana. La otra ciencia, la oficial o aparatosa, no le tomó nunca en serio. ¿Le tomará después de muerto?

Su obra sobre la primitiva lengua ibérica no es de las que pueden desdanzarse indefinidamente, porque una de dos: o carece de fundamento y debe refutarse de una vez para siempre en bien de la ciencia general y de la española en particular, para salvaguardia de ignorantes o de ilusos, o está sólidamente cimentada y debe reconocerse así, por la trascendencia que entonces tendrían sus presuntos descubrimientos para la historia de la cultura humana. Bastará exponer los términos del problema y de la solución que pretende haberle hallado Cejador para comprender que el silencio no puede ser ya una respuesta al guante que él arroja a la ciencia tradicional del lenguaje escrito.

Según las teorías dominantes hasta ahora, conformes con la teoría general de que la cultura y la civilización han tenido su cuna en Asia y de allí se han extendido, en invasiones sucesivas, hasta el Occidente europeo, el primer alfabeto es el fenicio, que se

suponía derivado de los jeroglíficos egipcios o quizá de las escrituras cuneiformes de Babilonia y Siria, y del cual se derivó a su vez el alfabeto griego y luego el latino. También se suponía que otros alfabetos como el ibérico, el cretense y el etrusco eran variaciones del fenicio, por la evidente semejanza de sus signos; pero algunas inscripciones halladas en lápidas, monedas, medallas y vasijas de la Península ibérica, de Italia y

temente la lengua vasca. El camino estaba señalado: era el vascuence; pero ni los filólogos españoles ni los extranjeros prestaban atención a un idioma perdido entre el mar y las arrugas del Pirineo, como supervivencia de un capricho histórico nacido no se sabe cómo ni dónde, pero desde luego lejos de todas las grandes corrientes conocidas de la cultura universal. Lengua parálitica y despreciable que ya sólo servía para hacer reír cuando

la hablaban las amas de cría o cuando la imitaban los salneros en las caricaturas de tipos vascos. Todavía en 1927 escribía un filólogo español, que Cejador cita, pero no nombra, acaso piadosamente: "El problema de la interpretación de textos hispánicos prelativos no se ha resuelto aún a la hora presente, a pesar de las disertaciones publicadas sobre la materia. Aunque parezca que se ha avanzado mucho, no sabemos más que en 1871, en que Antonio Delgado publicó su teoría sobre la transcripción del alfabeto numismático ibérico".

La ignorancia del vascuence impidió a lingüistas y numismáticos advertir que algunas inscripciones, escritas en caracteres latinos, contenían palabras vascas, como estas dos: "Iditvr Esneg", que aparecen en una medalla y significan "fuente de leche muerta" (agotada). Probablemente fueron estas inscripciones vascas en caracteres latinos las que pusieron a Cejador sobre la pista de sus descubrimientos ibéricos. La relativa semejanza con los signos fenicios y griegos le ayudó sin duda a fijar los sonidos del alfabeto ibérico primitivo y de sus numerosas variantes, que en algunas

letras, como la "a", llegan a 31 en el cuadro completo de Cejador. Las letras primitivas hacen un total de diez y seis signos, el mismo número del actual idioma vasco. Con el valor que atribuye a esos signos — escritos por el sistema "bustrófedo", o sea unas líneas de izquierda a derecha y otras de derecha a izquierda — y a las aplicaciones constantes de la "jucla", que, como se sabe, es una rayita unida a una letra para indicar la omisión de una letra vocal, de modo que muchas signos representan verdaderas sílabas, Cejador logra descifrar todas las inscripciones conocidas del primitivo lenguaje ibérico, que es el vascuence, hablado, según estas escrituras, en toda la Península, incluso en Portugal, donde

de se han encontrado algunos de los textos más antiguos. Y el vascuence de esos lejanos tiempos, que, según Cejador, se remontan al período paleolítico y al del reno del Pirineo, como veremos más adelante, no es una lengua desaparecida, sino la misma que hoy se habla en el país vasco, como lo prueba el hecho de que todas las palabras de las inscripciones ibéricas, descifradas conforme a esta clave, están en el Diccionario vasco-francés-español, de Azkue.

Por este procedimiento Cejador ha interpretado la famosa plancha de plomo de Alcoy (Alicante), la hoja de bronce de Luzaga (Guadalajara), la hoja de plomo de Puchal (Castellón), las piedras sepulcrales de Sagunto (Valencia) y de Ourique (Portugal) y gran número de medallas, joyas y alfarería de toda la Península. El plomo, inscrito por las dos caras, es un diálogo delicioso entre dos aldeanos borrachos y el dueño de una casa donde quieren entrar. Ellos le dicen que vienen del bosque y que están empapados en barro. El dueño, desde dentro, sin abrirles la puerta, les aconseja que vayan a la fuente a quitarse el lodo. Ellos invocan su condición de caseros pacíficos; pero el dueño, que les ha visto tambalearse en el camino, no se fía de los visitantes desconocidos. Ellos insisten. He aquí un trozo del diálogo:

Jaun | z (a) ti—ur = Señor o patrón, mucha agua (ha caído sobre nosotros).

—Zal irrik! = ¡Vaya una broma! (repita el dueño). Bas — ir — ir (e) = ¡Con que venís del bosque!

—Zabar | i | da (e) r (e) = Y tú también eres remolón (dice uno de los borrachos).

—Bir—uin ar = Gira los talones (márchate, contesta el patrón).

—Gur (a)—z = Más que a prisa (replica uno de los borrachos).

—Boistin—gis. (a)—di | (a) = Ya que eres tan sensible a la humedad (bromea el dueño). Ze? Z (a) g (i) er (a) z d (a) ur—an = ¿Cómo? El odre bien a gusto se está en el agua. Z (e) es dir—ga dedin = Así no se balancea. Zert Aika—la = ¿Qué? Tente tieso.

—N (i) ai tink e? = Téneme yo tieso?

—Bi—du dedin = Que se parta en dos (comenta el dueño para sí, viendo a punto de caerse el borracho).

—Il—du nira—cn—ai = Eso se lo dice a mis muertos...

—Bekor! = ¡Imbecil! (le increpa el dueño).

—Ze—bage dira—n = ... que ya no son nada (replica el borracho). Es decir: me río de tu maldición como si se la lanzaras a los muertos que ya no existen).

Esta es, resumida, la versión que da Cejador de la plancha de Alcoy, obra, sin duda, de un comediógrafo de la época. Ya Estrabón había asegurado que los turdetanos eran los más civilizados de los iberos, puesto que usaban letras y poseían escritos en prosa y verso que, según ellos pretendían, databan de más de 6000 años. Los desciframientos de Cejador, si una severa crítica lingüística los corrobora, confirmarían que antes de venir a España griegos y romanos hubo aquí una cultura bastante desarrollada y que la lengua peninsular de esos remotísimos tiempos fué el éuskara.

Pero Cejador va aún mucho más lejos: a su juicio, el vascuence fué no sólo el primer idioma español, sino probablemente el primer idioma y la primera escritura del mundo, y desde luego, el idioma de toda la cuenca mediterránea o por lo menos de Creta y Etruria y, lo que es más asombroso, de la propia Francia paleolítica, revelada en los yacimientos de Glazel. Pero el vuelo de sus investigaciones — ¿poesía? — ¿realidad? — es demasiado vertiginoso para que podamos seguirle sin descansar antes un poco. Hagamos, pues, punto por hoy.

CUADRO COMPARATIVO DE LOS ALFABETOS IBERICO, FENICIO, GRIEGO Y LATINO.

Sonido fenicio	Caracteres fenicios	Caracteres ibéricos	Sonido ibérico	Caracteres griegos primitivos	Caracteres griegos posteriores	Caracteres latinos	Caracteres ibéricos	Caracteres ibéricos primitivos
á	𐤀	A	a	Α	Α	A	A	𐤀
í	𐤁	i	i	Ι	Ι	I	I	𐤁
o	𐤂	o	o	Ο	Ο	O	O	𐤂
u	𐤃	u	u	Υ	Υ	V	V	𐤃
z	𐤄	z	z	Ζ	Ε	E	E	𐤄
r	𐤅	r	r	Ρ	Ρ	R	Ρ	𐤅
l	𐤆	l	l	Λ	Λ	L	Λ	𐤆
n	𐤇	n	n	Ν	Ν	N	Ν	𐤇
z	𐤈	z	z	Ζ	Ζ	Z	Ζ	𐤈
s	𐤉	s	s	Σ	Σ	X	Σ	𐤉
t	𐤊	t	t	Τ	Τ	M	Τ	𐤊
h	𐤋	h	h	Η	Η	S	Η	𐤋
p	𐤌	p	p	Π	Π	P	Π	𐤌
m	𐤍	m	m	Μ	Μ	M	Μ	𐤍
q	𐤎	q	q	𐤎	𐤎	𐤎	𐤎	𐤎
x	𐤏	x	x	Χ	Χ	T	Χ	𐤏
ch	𐤐	ch	ch	𐤐	𐤐	𐤐	𐤐	𐤐
g	𐤑	g	g	Γ	Γ	CG	Γ	𐤑
z	𐤒	z	z	Ζ	Ζ	Ζ	Ζ	𐤒
d	𐤓	d	d	Δ	Δ	D	Δ	𐤓
k	𐤔	k	k	Κ	Κ	X	Κ	𐤔
q	𐤕	q	q	𐤕	𐤕	𐤕	𐤕	𐤕

del archipiélago griego resultaban indecifrables. Todos los esfuerzos de Heiss, Delgado y Hernández y Hübner por desentrañar el misterio de las inscripciones ibéricas habían sido inútiles. Sólo un gran vidente, Humboldt, adivina a comienzos del siglo XIX que esas inscripciones están escritas en lenguas indígenas, y se lamenta de que "los autores que se han ocupado de las inscripciones ibéricas no posean suficientes

LUIS
ARAQUISTAIN

(Para LA NACION)

MADRID, enero de 1930.



CUANDO don Jacobo anunció "oficialmente" el compromiso de su hija Ester con el ingeniero Fantino, nadie lo ignoraba en la sinagoga. La historia del profesor Cohen y sus discípulas, Ester y Nélica, había sido publicada con lujo de detalles. Todos sabían, pues, cómo el ingeniero, no obstante sus cuarenta y pico de años, se había enamorado de la joven amiga de su hija; cómo, por mediación del profesor, todos celebraron la famosa noche de Pascua en casa de don Jacobo, y en qué consistía el sueño de Nélica.

Ahora bien; los judíos no son proselitistas. Puede afirmarse que rechazan la conversión en cualquier sentido. Pero este supuesto "regreso" del ingeniero y de su hija a la fe de Israel, por obra y gracia de un profesor de literatura judeo-española, llenó de asombro a cuantos se enteraron del acontecimiento. Porque, generalmente, sucede lo contrario: la cultura extraña aleja al judío moderno de toda creencia, levantando una muralla definitiva entre sus primeras emociones de la infancia y sus desengaños iniciales de la madurez. Por lo demás, los conversos nunca dejan de ser espiritualmente judíos. De ahí, pues, que se festejase el supuesto regreso del ingeniero, a causa de su hija, "recobrada tan a tiempo"...

Sin embargo, al concluir el oficio sabático en la sinagoga, algunos fieles lamentaron de que Nélica fuese mujer, porque, como es sabido, las mujeres poco o nada tienen que ver en el culto de Jehová. Un israelita de barba asiria comentó socarronamente que, de ser Nélica varón, habría sido el novio ideal de Ester, evitando así que lo fuera su padre... "Porque, en verdad, veinte años es demasiada diferencia".

Otro judío, pequeño y barbado, aludió también a esa diferencia que, "naturalmente, debía separarlos muy pronto". Y, por último, un talmudista de espaldas redondas—de seguro, vendedor ambulante los demás días de la semana—sentenció más directo: "Lo malo es que el ingeniero puede morirse pronto. Porque aquello que fortalece a los jóvenes suele dañar a los viejos". Sólo el "schames", un judihuelo casuista que siempre intervenía en las discusiones con la autoridad que le daban su saber y su ingenio, ya que no su cargo de sacristán, defendió humorísticamente el matrimonio de Ester con el ingeniero.

—"Schá, schá"—empezó, moviendo mucho las manos como anunciándose—. "Schá, schá"—insistió como pidiendo silencio—. "¿Por qué tanta diferencia, señores? ¿Cuántos años tiene él? Cuarenta. ¿Y ella? Veinte. Pues, ninguna diferencia. Ninguna diferencia, señores. Cada vez que él la mire a ella rejuvenecerá diez años. Y cada vez que ella lo mire a él envejecerá otros diez. Como ustedes ven, señores, ninguna diferencia, ninguna diferencia..."

Muchos fieles celebraron con grandes risas la humorada del sacristán. Otros sonrieron maliciosamente, arrancándose la sonrisa de las barbas.

Pero nadie contradijo al sacristán. No estaba allí el profesor Cohen para salmodiar gravemente la sentencia del Rabi-filósofo: "Un hombre libre no piensa en cosa alguna menos que en la muerte, y su sabiduría es una meditación no acerca de la muerte, sino de la vida".

Fuera de la sinagoga, los parientes y conocidos de Ester tampoco encaran las cosas con más libertad. Decían: "Casarse con un viudo que tiene una hija de su edad. ¡Qué locura!" Sin embargo, no dejaban de felicitar a Ester cada vez que la encontraban, y siempre admirándola sinceramente, casi como a una heroína bíblica. Porque eso tienen, a pesar de todo, los hijos de Israel: admiran instintivamente todo aquello que no son capaces de hacer.

♦ ♦ ♦

El casamiento de Ester con el ingeniero realizábase a principios de julio, y según las formalidades de práctica entre los israelitas. El señor Fantino "prestóse" a todo para quedar bien con la familia de su novia y borrar así las sospechas de algunos nietos de David, demasiado celosos de mezclar su sangre real...

Por lo demás, el casamiento, aunque judío en la forma, no significaba ninguna ceremonia en la sinagoga. Un viejo, de esos que se ganan la vida como matarifes, bendijo la unión en casa de los padres de la novia, bajo un palio improvisado y sin exagerar la duración del cántico nupcial.

Eso sí, los padrinos dieron las siete vueltas rituales tras de los novios

y éstos probaron el mismo vino de la copa, que fué rota en seguida contra el suelo—¡oh, recuerdo de la destrucción de Jerusalén!—, entre las felicitaciones y el besuqueo de la parentela. Pero después, ni banquete con pescado relleno y sopa dorada, ni músicos oficiales, ni colectas de caridad, ni nada de lo que puede verse en los clásicos casamientos judíos y cuya descripción nos daría una página de puro color local...

Apenas un sencillo lunch, de pie, y a la hora o dos, los invitados se retiraban, deseando a los recién casados "una eterna luna de miel", así como otras muchas cosas no menos dulces y lejanas.

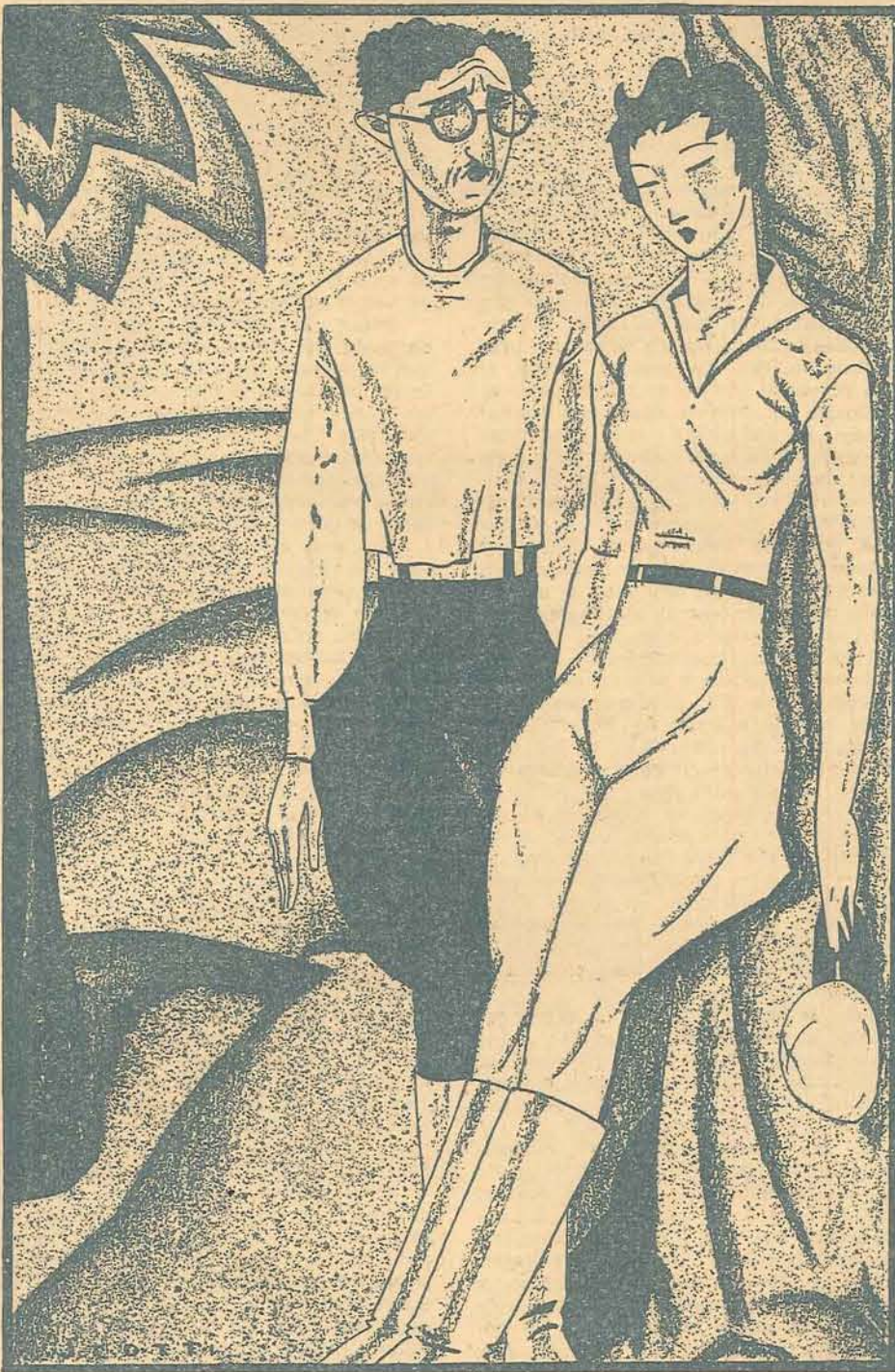
Y, en efecto, aquella misma noche la flamante pareja emprendía su viaje de bodas a la estancia entrerriana del señor Fantino, mientras Nélica

tros hábitos laicos tienen origen en el ritual de esa u otra religión antigua, sorprendían a diario los más remotos símbolos de la Biblia. Sobre todo,

al verlos tan presentes en la vida religiosa de don Jacobo, como en el arte profano de todas las épocas. Por su parte, el profesor no perdía oportunidad de señalarlos, ya en la música de un compositor ultramoderno, ya en la pintura de un artista clásico. Además, siempre le llevaba libros que él mismo había anotado cuidadosamente: las tragedias bíblicas de Racine, las melodías hebraicas de Heine, las conversaciones talmúdicas de Proust...

Pero las vacaciones de invierno pasaron pronto y todas estas lecturas, que los iban uniendo tan sensiblemente con recuerdos comunes de otras vidas y otros ambientes, fueron súbitamente interrumpidas. Nélica se volvió

MORIR EN JERUSALEN



quedábase aquí sola con los padres de Ester.

♦ ♦ ♦
¿Sola? No. La estada de Nélica en Buenos Aires acrecentó su antigua amistad con el profesor. Como entre las familias extranjeras el prejuicio contra las chicas que salen solas con sus amigos es menos observado que entre las familias criollas, Nélica pudo salir casi todas las tardes con su ex profesor, que ahora era casi su pariente.

Juntos fueron a exposiciones, teatros y conciertos. Y asimismo visitaron sinagogas y cementerios ortodoxos, porque a Nélica ahora le interesaba todo lo que sobrevivía del judaísmo. Educada con prescindencia de cualquier culto, la religión mosaica habíasele revelado la noche de Pascua en su aspecto maravilloso. Y como estaba lejos de saber que la mayoría de nues-

a Entre Ríos y el profesor a sus clases del Liceo.

♦ ♦ ♦
De nuevo en la estancia, Nélica sintióse al principio como substituida en el cariño de su padre. Mas pronto esta curiosa impresión se le fué desvaneciendo, a causa de la misma Ester, en quien la amiga de tantos años no podía, es claro, sospechar una maestra.

Desde luego, la joven esposa había cambiado mucho después del casamiento. Ahora parecía tan sólo preocuparse del ingeniero, de sus comidas y encargos. Con todo, no dejaba de hacerse tiempo para escuchar a su Nelly la lectura de los libros que le enviaba regularmente el profesor. En tal sentido puede decirse que Ester siguió siendo su compañera y confidente, como muy pocas veces suele serlo una verdadera madre.

SAMUEL GLUSBERG

ILUSTRACION DE ERNESTO M. SCOTTI

Con el correo de los jueves llegaban invariablemente para Nélica una carta y varios libros del profesor. Esta correspondencia, mantenida sin interrupción durante veinte semanas, acabó por convertir definitivamente al profesor en novio de Nélica y realizar del todo el sueño de una noche de Pascua.

Así, cuando en las vacaciones de fin de año el señor Cohen volvió a la estancia, su compromiso con Nelly se hizo innecesario, con gran contento de Ester, que lo había asegurado discretamente...

No hay para qué entrar en mayores detalles. El sueño de una noche de Pascua se había cumplido en su totalidad. Pero vale la pena señalar en qué forma originalísima se casaron Nélica y el profesor, y cómo terminó el idilio en Jerusalén. Veamos lo primero.

♦ ♦ ♦

Mediaba el mes de diciembre. Un jueves por la tarde los novios salieron a caballo en busca del correo que llegaba ese día en el tren de Buenos Aires. Era la única misión que les estaba reservada en la estancia, y ellos la cumplían a gusto, pues sólo en el campo se sabe hasta qué grado nuestra relación con el resto del mundo depende de los periódicos. Por la mañana había llovido copiosamente, y los caminos del pueblo, todavía húmedos, hacían más fácil el galope de los caballos.

Una vez recogida la correspondencia—cartas, revistas, periódicos—, Nélica y el profesor se fueron, como siempre, a revisarla a la plaza. Allí fué donde ella leyó el anuncio de un crucero a Oriente, que debía partir el jueves próximo. Leer esta noticia y entusiasmarse con las principales ciudades del itinerario: Toledo, Roma, Venecia, Jerusalén, fué todo uno, y lo mismo para Nélica que para el profesor.

De regreso a la estancia, los novios bromearon largamente acerca del viaje como de un imposible. Pero aquella misma noche el señor Fantino les ofreció, como regalo de bodas, los pasajes, mientras Ester—suya era la idea—incitábalos a casarse en seguida, cinematográficamente...

No era como para pensarlo mucho, y al día siguiente Nélica y el profesor estaban en el Registro Civil del pueblo. El capataz de la estancia y un puestero que, sin salir de su asombro, pedía disculpas a la niña por su tosca indumentaria para acto tan solemne, sirvieron de testigos, y al otro día la nueva pareja se embarcaba para Buenos Aires, de donde partieron dichosos hacia el ensueño y la realidad de Jerusalén.

El año próximo en Jerusalén...

Esta frase milenaria tiene para los judíos de hoy una acepción completamente ideal. Nadie piensa, en realidad, establecerse el año próximo en Jerusalén. Y si es cierto que todos repiten el voto durante la noche de Pascua, es solamente porque una pequeña minoría lleva todavía a Jerusalén en el corazón como un anhelo de paz. Jerusalén, visión de paz. Esto significa justamente el nombre de la ciudad sagrada en el antiguo idioma de los profetas. "Laschana habbah Ieruschalaím". El profesor lo sabía perfectamente, y sabía también que hoy son más los que predicán el inmediato regreso a Sion que aquellos que de veras piensan ir allá el año próximo. Pero su joven esposa, influida por recientes lecturas sobre la nueva Palestina, quería realizar al pie de la letra su sueño de una noche de Pascua. ¿No le había dicho Ester, que era sionista e hija de sionistas, que ella también debía convertirse? Allá fué, pues, creyendo con honrado ánimo de turista que morir en Jerusalén era cosa de viejos y que valía más vivir en Jerusalén, aunque sólo fuera unos cuantos días.

Argentina... Palestina... Cómo consonaban dulcemente su ensueño estos nombres que de niña había oído acoplar tantas veces en algunas colonias de su provincia nativa. Pero, desgraciadamente, la muerte, que nada sabe de sionistas ni turistas, de cristianos ni judíos, de jóvenes ni viejos, se encargó de mostrarle muy pronto a Nélica cómo se realiza un ensueño. El símbolo de Moisés frente a la tierra soñada y prometida repitióse, ¡ay!, una vez más. Pero no ya para servir de ejemplo trágico a la historia de los hombres, sino para poner un triste epílogo a esta corta historia de una chica cristiana que una noche de Pascua tomó al pie de la letra el espíritu que los judíos colocan siempre más allá de su alcance, como a su propio Dios.

EL OCASO DE LA OPERA

PIETRO
MASCAGNI

O sé con exactitud lo que ocurre en el extranjero. Pero puedo decir que en Italia, desde hace tiempo, los ambientes musicales están agitados por la denuncia de una crisis del teatro lírico, y dedicados a buscar los remedios más convenientes para subsanarla. El problema ha sido estudiado en todas sus partes, de todos los puntos de vista: el de la obra de arte, el de los autores, el de los cantores, el de los directores, el de la escenografía, el de los intermediarios teatrales, el de los organismos sindicales dedicados a la tutela de los profesionales del teatro. No puedo referirme a todas las opiniones, porque no quisiera hacer una interminable antología. Hablaré de las más autorizadas y recientes. Con motivo del congreso pro artes populares, Pietro Mascagni pronunció un discurso de carácter netamente conservador y marcadamente antimodernista en lo que se refiere a la obra de arte; en cuanto a los intérpretes — para impedir que los mejores sean substraídos por los mercados extranjeros de moneda más elevada — el maestro propuso nada menos que la exhumación de un edicto del cardenal Pacca, secretario de Estado de Pío VII, destinado a impedir el éxodo de los tesoros de arte, edicto que el autor de "Cavalleria Rusticana" quisiera ver extendido en el sentido de que les fuera prohibido a los cantores traspasar la frontera sin la aprobación de la Dirección de Bellas Artes, como si se tratara de cuadros de Botticelli o de estatuas de Miguel Ángel.

Afectado casi personalmente por las críticas de Mascagni, como representante de la tendencia modernista de la música, el compositor Alfredo Casella vuelve a plantear la cuestión por su propia cuenta. Admite la existencia de la crisis, que asume, sin embargo, significados y aspectos diversos según la persona interesada: compositor, cantor, editor, empresario o público. Este último no se ocupa mayormente de sutilezas: da la preferencia al teatro que lo divierte más. En definitiva, pues, depende más o menos del público la solución de la famosa crisis. Y, considerando el escaso interés que el público demuestra por la ópera, se pregunta Casella: "¿Es todavía la ópera el espectáculo ideal, el más conforme a las aspiraciones del público moderno, como lo fué durante varios siglos, o se aleja día a día de la mentalidad de hoy, atraída por las nuevas formas teatrales y escénicas a cuya elabora-

GIACOMO
PUCCINI

ción progresiva asistimos?" "No—contestó el mismo—. La ópera no es ya el espectáculo único, porque frente a ella surgen otras formas de arte escénico: cinematógrafo, opereta, "music-hall", variedades, café-concierto, "dancing", circo, etc. No se puede objetar a esto que alguna de estas formas de arte sea inferior a la ópera: se trata de manifestaciones distintas, y nada más. ¿Es por lo tanto posible la muerte de la ópera? Esa idea parece hoy terrible a la mayor parte de la gente, especialmente en Italia, donde nació la ópera; pero es fácil responder que todo lo que ha tenido un principio debe tener un fin. En todo caso, es cierto que la ópera está basada en un artificio arbitrario: los personajes viven cantando, lo que es contrario al sentido común elemental, sobre todo en un momento como el actual, de mentalidad principalmente científica y realista. Sin embargo, conviene no perder de vista que ese "absurdo" ha permitido crear en tres siglos buen número de obras maestras entre las cuales le corresponde a Italia la parte del león.

Hasta este punto, la argumentación de Casella nos convence casi completamente. Pero luego agrega lo siguiente: "Sin embargo, si bien es infinitamente probable que la ópera esté destinada a desaparecer, tendrá una agonía larga y gloriosa". Para hacer resurgir la gloriosa vejez de esta forma de arte, Casella quisiera sobre todo que la escenografía saliera del estado estacionario de la época de nuestros abuelos en que se encuentra aún hoy en Italia, contrariamente a otros países donde ha progresado mucho. En segundo lugar, si bien reconoce que no se puede pedir al Estado la solución de una crisis derivada de circunstancias más profundas que las puramente económicas y que deben buscarse sobre todo en la evolución radical sufrida por la humanidad después de la guerra — cree Casella que una intervención eficaz del Estado aseguraría por lo menos una vida honesta, quizá brillante, a un pequeño núcleo de teatros nacionales. Quisiera por lo tanto que unos cuantos teatros fueran razonablemente subvencionados y honesta y sabiamente administrados; por fin, quisiera que se librara batalla a todos los misonieismos que impiden la afirmación de las tendencias musicales jóvenes y vanguardistas: misonieismos que — a juicio de Casella — tienen su baluarte en un grupo de críticos musicales de ideas anticuadas y refractarias a todo hábito de modernismo. Aquí también debería intervenir el Estado, confiando a un triunvirato la tarea de barrer a todos los críticos viejos para substituirlos por jóvenes de mentalidad más elástica y sin prejuicios.

Esta segunda parte de la argumentación de Casella no carece de ciertas vetas áureas de verdad; pero después de afrontar la cuestión en pleno océano, la diluye en arroyos e hilos de agua fangosos e insignificantes.

Se lo demuestra un viejo periodista que, además de política se ha ocupado de música con rara certeza y sentido común: Luigi Lodi, quien ante todos estos gritos ansiosos y alarmistas de crisis, responde: 1o) Los cantores italianos han ido siempre al extranjero, y esto no ha impedido que nuestro arte prosperara como lo demuestra el período que va de Verdi a Puccini. Así, como si lo hubieran hecho a propósito, precisamente en este momento los cantores italianos de fama mundial han vuelto a hacerse oír en su patria, después de una larga ausencia. En los principales teatros italianos, comenzando por la Scala de Milán y el Teatro Real de la Ópera de Roma, se ven espectáculos dignísimos, muy superiores a los de las épocas anteriores, y el público llena los teatros. Además — y he aquí el significado general y el motivo de lo que escribo — los compositores de las obras más representadas en el mundo actualmente, son dos italianos, Verdi y Puccini, y la música italiana domina aún en todos los teatros de los pueblos dignos de entenderla y amarla. ¿No llega una obra maestra nuestra? Esperemos tranquilamente: tenemos tantas que ofrecer aún a la admiración y a las delicias de los demás".

Sabias palabras, a las que puedo agregar por cuenta propia una conside-

ALBERTO DE ANGELIS

(Para LA NACION)

ROMA, enero de 1930

ración que es la clave de toda la cuestión. Los teatros — y no hablo de los de Italia, sino de todo el mundo —, si se llenan, aunque el público no se interesa ni se divierte como antes con los espectáculos líricos. Pero el balance de los teatros, en Italia, en Alemania, en Francia, en América, es pasivo. ¿Qué significa esto? Que los gastos de ejecución de una ópera superan hoy las cifras de los ingresos. Este es un hecho nuevo, un hecho que no se producía cuando fueron representadas por primera vez "El Barbero de Sevilla" o "Aida". Para explicarlo, no basta con invocar los elevados honorarios de los cantores. Un espectáculo lírico es actualmente oneroso, sobre todo por lo que cuesta la "mise-en-scene", que ha acabado por constituir la preocupación máxima de los empresarios, sea que presenten obras del repertorio ordinario u obras nuevas. En el primer caso, porque el público está completamente familiarizado con esas óperas y sólo va a escucharlas si se le ofrece el placer de interpretaciones excelentes y de escenografías atrayentes, originales y fastuosas. En el caso de las óperas nuevas, porque en su mayor parte carecen de interés en la trama del libro, son áridas de sentimiento, artificiales y vacilantes en la forma musical, extravagantes más que originales a menudo; en una palabra, están lejos de las justas exigencias del público, quien sólo las tolera si se le presentan en un marco escénico de tal valor que constituye de por sí un espectáculo atrayente.

Estas observaciones confirman plenamente la afirmación de Casella de que la ópera llega a su término porque se ha determinado una orientación hacia otras manifestaciones de arte, o más bien — lo corregiré así — hacia otra manifestación: el cinematógrafo, ya que las operetas, el "music-hall", los circos existían ya cuando la ópera estaba en pleno esplendor.

Es cierto que a pesar de sus veinte años de vida, se vacía aún en consideración al cinematógrafo como una forma de arte verdadera y propia, y quizá se justifique en conjunto esta desconfianza; pero es indudable que algunas películas — aunque sean muy pocas — son verdaderas obras de arte, dignas de figurar al lado de reputadas producciones del teatro lírico y de la comedia. No podemos prever lo que será mañana el cinematógrafo. Ciertamente que la confusión ha sido introducida principalmente en el teatro por el cinematógrafo, y esto por dos razones fundamentales: para una mayor economía de tiempo en la ejecución de las obras, y para una extensión máxima de los ambientes en que se desarrolla la acción. Hemos llegado, pues, a la invasión completa de los principios aristotélicos en materia teatral: unidad de tiempo y de lugar. ¿Es necesario dar una demostración detallada de las ventajas del cinematógrafo sobre el teatro, cuando cada cual sabe que el arte mudo es capaz de dar las mayores satisfacciones por la verdad y al mismo tiempo por la fantasía de sus representaciones?

Este ataque de frente que libraba el cinematógrafo al teatro fué comprendido por los compositores de la nueva generación que crearon, con Stravinski a la cabeza, el mimodrama para resolver también el delicado conflicto de la superioridad de la palabra sobre la música o de la música sobre la palabra, conflicto que desde el siglo XVII en que nació el melodrama, no había sido ventilado aún. Es indudable que el mimodrama, con la supresión de la palabra, es la forma de arte más parecida al cinematógrafo. Más parecida, pero siempre inferior, pues si el mimodrama vive en la evidencia descriptiva de la música, esa evidencia es siempre inferior a la del cinematógrafo en que vale el juego mimico de los personajes, mucho más visible y expresivo, la sugestión de los ambientes armonizados con el carácter de la acción, y la integración de la música, siempre que se trate, naturalmente, de música bien adaptada.

Pero el mimodrama no podía substituir a la ópera ni al cinematógrafo, como lo demuestra el hecho de que se encuentra en una fase de evidente decadencia.

Algunos compositores de vanguardia han pensado entonces en competir con el cinematógrafo en su sintetismo,

ALFREDO
CASELLA

ofreciendo al público producciones teatrales de mínima duración. Por ejemplo, las óperas de pocos minutos ("ópera minuto") de Ernest, de Krenek, de Malipiero, etc. Pero se ha pasado de un exceso de duración opresiva (melodrama y drama lírico) a un exceso de brevedad inexpressiva. No ha habido tiempo de crear una atmósfera, y ya se disipa ésta como un meteoro sin dejar el menor rastro.

No es más convincente la tendencia de trasladar la fastuosidad cinematográfica al escenario lírico con escenografías colosales. Una vez satisfechos los ojos, la ópera sigue siendo lo que era, y además, la fusión del teatro con el cinematógrafo da resultados híbridos, como lo han demostrado los Estados Unidos que, sin tener tradiciones teatrales, se han creado una supremacía en el campo cinematográfico; como lo han demostrado también los países latinos, más ricos en tradiciones teatrales, que han permanecido a retaguardia en la producción cinematográfica; como lo ha demostrado por fin el fracaso de la tentativa de trasladar al cinematógrafo temas escénico-musicales que triunfaron antes en el teatro. Porque es preciso recordar que el teatro y el cinematógrafo son esencialmente distintos y que el proceso de creación y de realización de uno y otro son también esencialmente distintos.

Si la falta de espacio no me lo impidiera absolutamente, debería afrontar ahora la cuestión desde el punto de vista puramente musical y tratar de establecer por qué parece ser tan árido el genio musical en la actualidad, o por qué se manifiesta generalmente vacilante cuando trata de afirmarse en una creación. ¿Se debe acaso al agotamiento de una forma de arte como la ópera? ¿Acaso al advenimiento de una ópera de carácter mecánico y veloz como la actual? Nos encontramos en una época gris de transición entre una manera anticuada y una nueva que no podemos descubrir aún. ¿Será la manera nueva un vástago glorioso del antiguo tronco o una planta nueva, alimentada por linfas vírgenes? No me es posible contestar a estas preguntas.

He querido ilustrar sencillamente una crisis que existe en realidad, que no es sólo italiana, sino mundial, y buscar los elementos que parecen ser determinantes de la crisis, por más que no sean los únicos y aunque, a riesgo de ser tachado de imprudente e iconoclasta, haya tratado de acercarme a las manifestaciones más recientes y quizá aun primitivas que se oponen a las formas de arte definitivas y gloriosas.

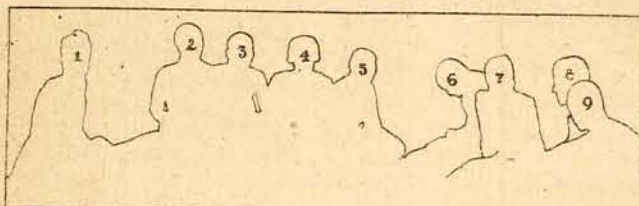
GIUSEPPE
VERDI

Film Social

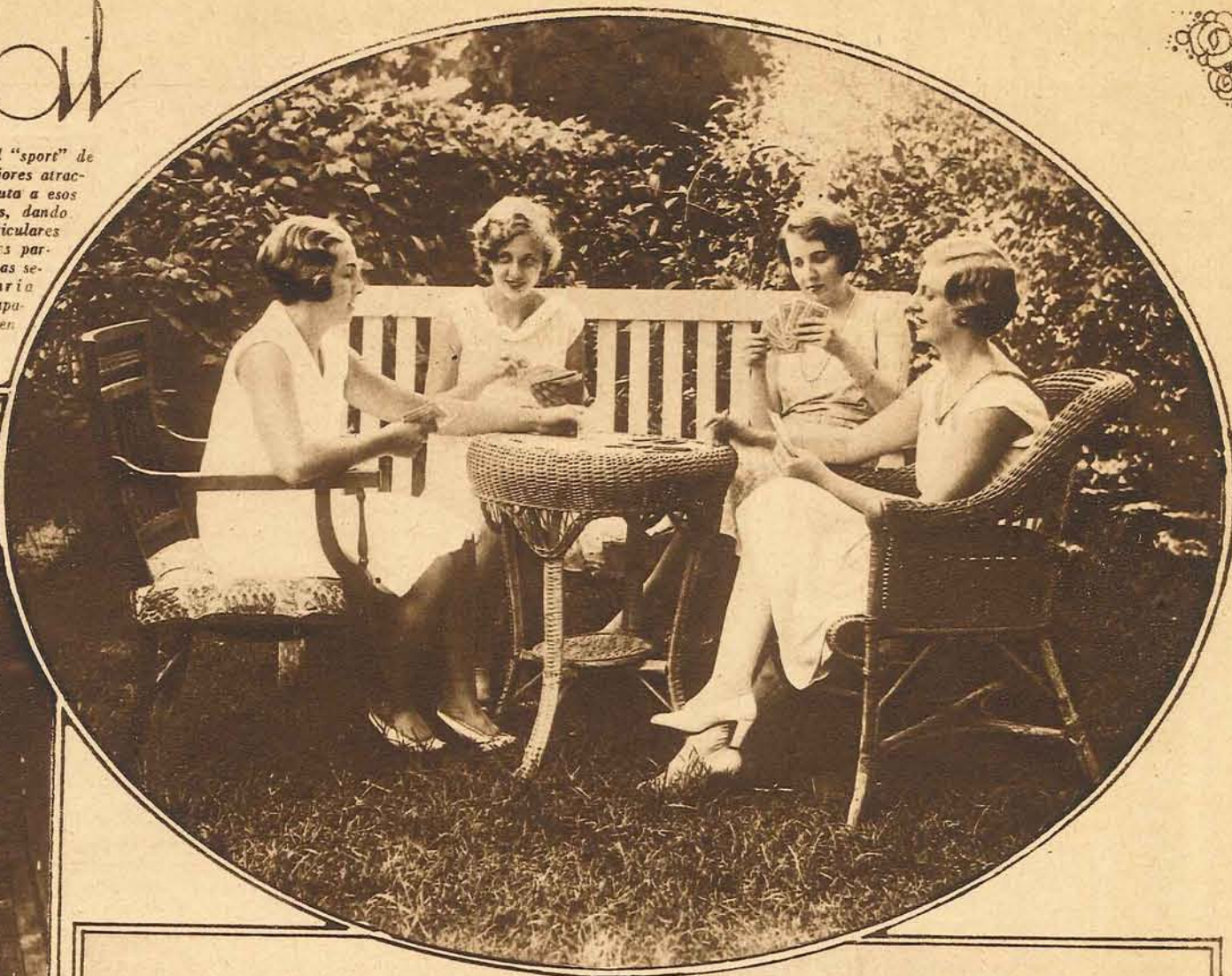
No sólo los paseos en yate y el "sport" de la natación constituyen los mejores atractivos del Tigre. El bridge disputa a esos placeres su permanente interés, dando motivo en las residencias particulares a que se improvisen interesantes partidas como las que congrega a las señoritas María Rosa, Inés, María Eloísa e Isabel Zwack, que aparecen de izquierda a derecha en esta nota.



Las playas uruguayas comparten con nuestros balnearios la atracción de los veraneantes argentinos. El señor César Peña y su esposa doña Julia Elena Pueyrredón al emprender viaje a Montevideo.



La temporada veraniega atrae a los balnearios de los pueblos del norte nutridos grupos de bañistas, como se ve en esta fotografía tomada en el Club Náutico de San Isidro y en la que aparecen las personas señaladas en el gráfico. 1, Martín Vergara del Carril; 2, María Sara Bosch Gramajo; 3, Federico Vivot; 4, María Leonor Bosch Gramajo; 5, Celina Vivot; 6, Héctor P. Bidart Malbrán; 7, María Florencia Agote; 8, Alejandro Moreno Vivot; 9, Narciso Vivot.



Los partidarios del viaje en los trenes diurnos a Mar del Plata celebran las ventajas del "pullman" que permite observar panoramas no exentos de interés. De esa predilección participa el señor Lorenzo Torres Duggan y su esposa doña Magdalena Tornquist.



Albertito Casares Ocampo, hijo del señor Alberto Casares y de la señora Magdalena Ocampo.



BAÑEARIOS POPULARES MARTINEZ



Vista panorámica del pintoresco balneario de Martínez en una de las horas preferidas para el baño.



Cuatro simpáticas ondinas de la playa fluvial.



Un grupo caracterizado de concurrentes habituales a la playa.



En el balneario pueden apreciarse detalles expresivos de elegancia y distinción.

EVITE LAS
QUEMADURAS
DEL SOL



PRECIO EN LA CAPITAL. Frasco de ensayo \$ 0.30
Frasco corriente \$ 2.20 — Frasco grande \$ 4 —

Si su proveedor no la tuviera, solicítela acompañando no importe más
10 centavos para flete, a sus representantes.

JORGE GLENZ Y Cia. — LAVALLE 1667 — BUENOS AIRES

CREMA GLENZ

Elaborada en los Estados Unidos

aplicando sobre
su piel Crema
de Almendras
Glenz. Es la
protección más
eficaz y segura.

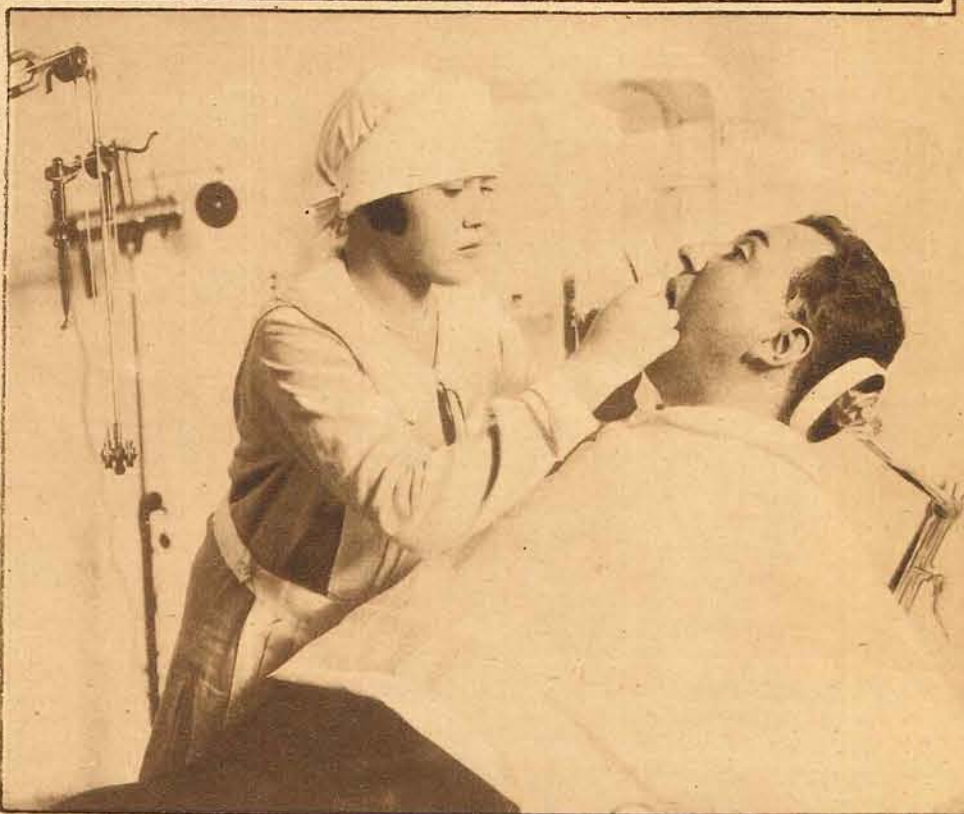


INSTANTANEAS

Un verdadero privilegio resulta para estos obreros que trabajan en las obras de modernización de la plaza Lavalle disfrutar de la siesta en paraje tan agradable.



Manos femeninas no hieren ni causan dolores... a veces.



"Nana, mamá!"



Los niños constituyen, con la alegría bulliciosa de sus juegos, la animación de las plazas públicas de Buenos Aires.





De izquierda a derecha: señores Carlos del Campillo, Urbano de Iriondo; señoras María Teresa Iriondo de Iriondo, Elena Aguirre Lynch de Villegas, Josefina Udaondo de del Campillo y señor Alfredo J. Villegas.



Señoras Juana Castro de Barreto y Alicia Quirina Costa de Riglos.

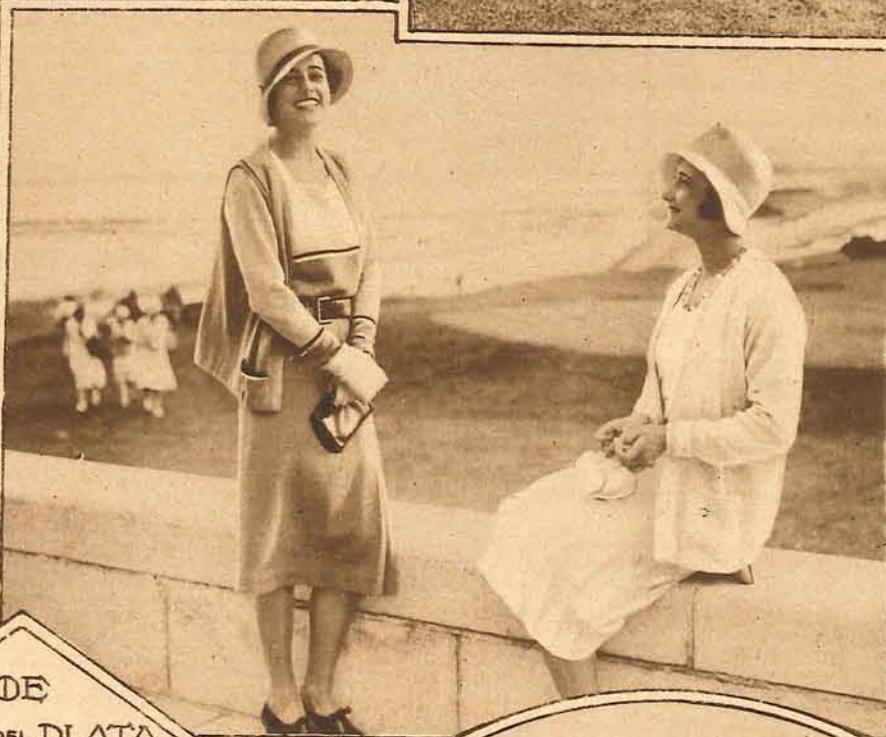


Señoritas Carmen Llavallol y Josefina Udaondo Soto.



Señora Gwendoline Robinson de Alzaga Unzué.

DE
MAR DEL PLATA
—
LAS TAPAS EN
EL
GOLF CLUB



Señoritas María Antonia Beláustegui, Dolores Ocampo Acosta y María Eugenia Yofre Hueyo.



Señor Napoleón Paz (h.) y señora Elena Peña de Alzaga Unzué.





Una hermosa vista del cerro Cabeza del Soldado, en Los Cocos, Córdoba.

El veraneo en las sierras

En el "La Cumbre Golf Club". Señoritas Marta Seeber Demaría y Rosario y Mariana Grondona Sáenz Valiente, y los señores Eduardo Bunge, Jorge Santillán, Carlos Grondona, Eduardo Leston, Adolfo Mitre, Eduardo Casal, E. Ortiz de Rozas y L. Ruiz Guinazu.



Señoritas Maria Ester Lawson, Graciela Lamas, Enriqueta Ruiz Guinazu, Luisa M. Goldaracena, Rebeca Fianza Lejarza, Beatriz Lamas, Marta del Campillo, Da. Angélica Yáñez de Palacio, y señores José Calixto Yáñez, Benjamín Palacio, Juan José Elizalde, T. Argüello, Carlos Dumas, Santiago Palacio y Jorge Urquiza Anchorena.



Señoras Sabina Minetti de Benvenuto, María Teresa Laje de Cornú, Marta Valencia de Durand, Juana A. de Minetti, Delia Manin de López Leube, y señores Juan B. Durand, Leonardo Benvenuto, Atlántico Dianda, Emilio Cornú, Domingo Minetti y Raúl Herpida.





Miss Nevada Talhelm, capitán del team de tiro de la Universidad de Kansas, asegura que la práctica del tiro es una disciplina eficaz en la educación del carácter.



Ejemplares curiosos que el público de Moscú vió desfilar en una mascarada reciente.



Como en todas partes, los repórters fotográficos de Londres agudizan el ingenio para obtener notas gráficas originales y artísticas, sin preocuparse en lo más mínimo de los peligros a que los expone el celo profesional.



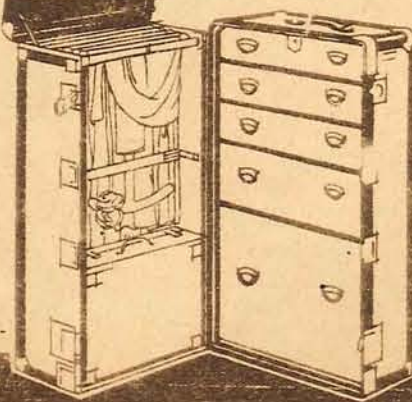
BAULES RACINE, WIS., U. S. A. HARTMANN

Más de Medio Millón en Uso

LOS Baúles Roperos Hartmann están en uso en todas las partes del mundo; más de 500.000 viajeros han manifestado su preferencia por el más popular de todos los baúles roperos.

Son sólidos, fáciles de empacar, y en ellos siempre se encuentra el lugar apropiado para cada prenda. Estas notables características agregadas a su atractiva apariencia interior y exterior, hacen que sean los baúles roperos más populares del mundo.

De venta en:
Harrods (Bs. As.) Ltd., Florida 977
Casa Mattaldi, Sarmiento 667
Casimiro Gómez
Bdo. de Irigoyen 161
Gath & Chaves Ltd.
Florida y Cangallo

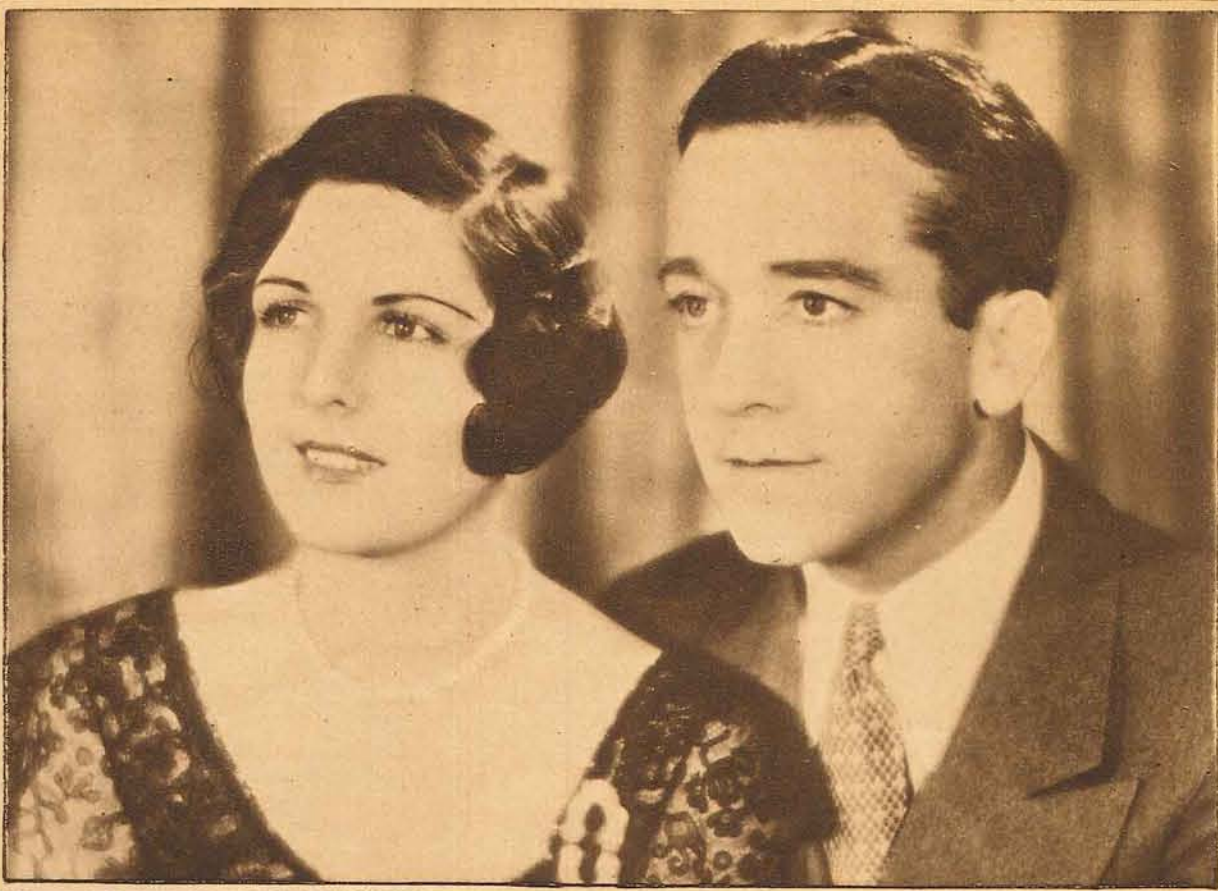


HARTMANN

JACK MULHALL EN SU VIDA DE HOGAR



Un detalle interior de la hermosa residencia de Jack Mulhall.



El popular astro cinematográfico con su esposa.

Las Tres Gracias Modernas

La gracia de la sonrisa
reside en los dientes sanos y blancos en contraste con unos labios muy rojos. La **PASTA DENS**

es la salud de la boca y la salud es siempre belleza. Limpia la dentadura sin rayar el esmalte. Desinfecta las encías y perfuma el aliento.

Tubo, \$ 1.25



En la Capital Federal

La gracia de un rostro lindo
matizado con la suavidad impalpable de los **POLVOS TRINI**

adquiere un nuevo encanto porque la sutilísima capa perfumada que ponen sobre la piel, hace desaparecer todas las pequeñas imperfecciones del cutis, dejándolo fresco e igualado.

Caja, \$ 2.-



En la Capital Federal



La gracia del cutis suave

es la suprema gracia, porque no hay belleza absoluta sin una piel tersa y fina que haga resaltar los encantos naturales del rostro. El



Jabón Heno de Pravia

limpia los poros, iguala y mejora el cutis, manteniendo sus tejidos flexibles con el purísimo aceite de oliva que contiene. Su espuma abundante deja la piel impregnada de un perfume característico e inimitable.

\$ 0.70

en Tiendas, Farmacias y Perfumerías de toda la República

PERFUMERÍA GAL

INDUSTRIA ARGENTINA
MADRID - BUENOS AIRES
LONDON - NEW YORK
FABRICA EN BUENOS AIRES: MAUR. 2010-14



Vida de hogar: con la esposa y el mimado de la casa.



ESTANCIAS ARGENTINAS

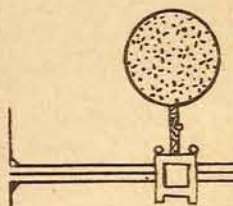
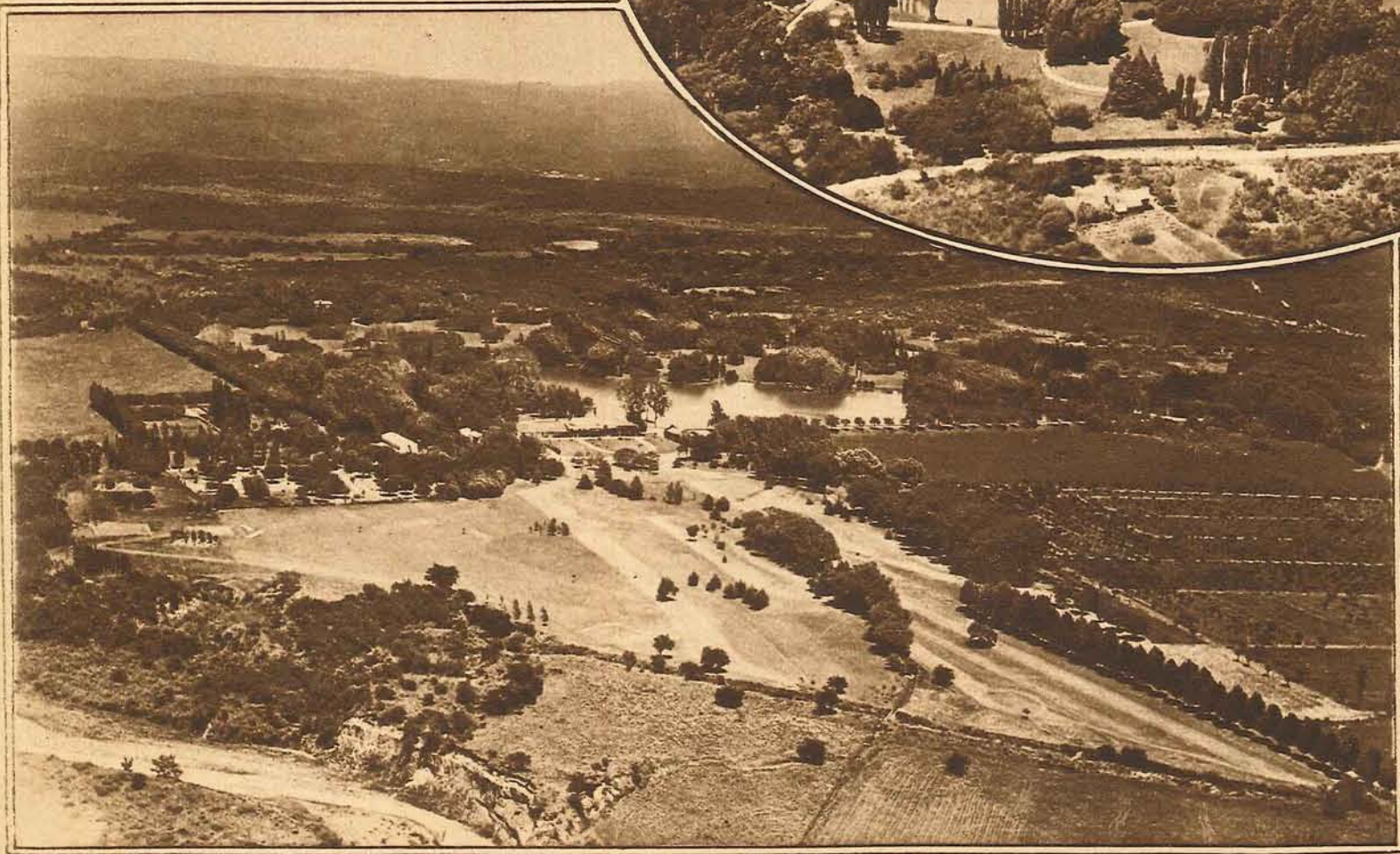
"LA PAZ", en JESUS MARIA



La estancia "La Paz", en Jesus Maria (Córdoba), era la residencia de campo predilecta del general Roca. Es propiedad de Da. Elisa Roca de Blaquier y Da. Clara Roca. Vista aérea del establecimiento.



Otras dos vistas que permiten apreciar las bellezas panorámicas de la estancia.





Lo cursi

Por
Horacio Quiroga
Ilustración de
Bartolomé Mirabelli

LA caída de una de las últimas tardes no halla sentados sobre un montón de arena acumulada a pocos metros de casa, con fines de construcción. Ha hecho mucho calor ese día. A pesar de ello, se trabajó con ahínco. Quinteros, albañiles, obreros de fábrica, todos han rendido su dura labor, agitando la tranquilidad del pueblo. Ahora la paz y el descanso imperan de nuevo. Por su situación inmediata al río y su bello pavimento, Vicente López atrae a los automovilistas crepusculares, que hacen ceslizar sus máquinas sin prisa ni ruido bajo la sombra de los eucaliptos.

Instalada en la cúspide de la pirámide de arena, breve para nosotros, pero inmensa para ella (nuestra hija cuenta veinte meses), la criatura busca piedritas, a que llama chiches, pues son casi los únicos que conoce. Sentados en la base, nosotros seguimos con mirada tranquila el tardo paso de los automóviles, cuyo número va decreciendo con la caída de la noche. Pero no por ello la blanca calzada de concreto queda desierta. Ruedan ahora por ella con más holgura los monopatinistas y velocipedos infantiles, cuyos dueños, correctamente bañados y vestidos para esa hora, descansan a su modo del largo corretear del día.

Un momento más, y vamos a retirarnos a casa, cuando aparecen y se detienen ante nosotros, surgidos seguramente de la sombra, dos criaturas con el inevitable velocipedo. Pero una mirada más atenta nos convence de nuestro error. Se trata en verdad de un carrito, del aspecto de un pequeño ataúd, sostenido sobre tres ruedas de velocipedo. Fueron éstas, sin duda, de velocipedo,

cuando gravitaba sobre ellas un robusto y peinado chico. Ahora ruedan no sé cómo, con una tercera parte de rayos de menos, y tan descentradas, que da lástima verlas andar. Todo el carrito, hecho de tablas de kerosene, denuncia en sus clavos y añadiduras la mano de un obrero infantil. Los chicos presentes, fuera de toda duda, han sido los ingenieros y constructores de su destartado, pobre y ruinoso juguete de placer.

Pero una nueva mirada a los chicos y su vehículo cambia el giro de nuestras ideas. Aquellos, sin más ropa que los pantaloncitos y los tiradores sobre la carne, no tienen trazas de jugar. Su expresión revela seriedad, desgano y gran cansancio. Se hallan a todas luces fatigadísimos. Son vendedores ambulantes. En el carrito llevan un poco de fruta, que nos suplican compremos.

Durante un instante permanecemos callados. Vuelven ambos el rostro sudoroso a uno y otro extremo de la calle, sin demostrar interés ni prestar atención alguna a lo que ven. El mayor tal vez alcance a tener diez años; el menor, no. Insisten en su pedido.

—¿Tienen padre ustedes?— preguntamos.

Respuesta afirmativa.

—¿Y trabajan solos todo el día?

El mayor asiente con la cabeza. El menor agrega, señalando a su compañero:

—El va los martes y viernes a comprar fruta al Tigre...

—¿Son hermanos ustedes?

Respuesta negativa.

—¿Pero trabajan juntos?

Afirmativa esta vez.

—¿Viven en Vicente López?

El mayor señala a lo lejos,

quién sabe dónde. Pero es evidente que nuestras preguntas los cansan, pues tornan a suplicarnos:

—¿Comprenos, señor! ¡Nos quedan estas solas ciruelas!

Son esas ciruelas muy pequeñas, del tamaño de las bolitas comunes. Nos ofrecen todas las que les quedan: tal vez doscientas.

—¿Y cuánto valen las ciruelas?— inquirimos por fin.

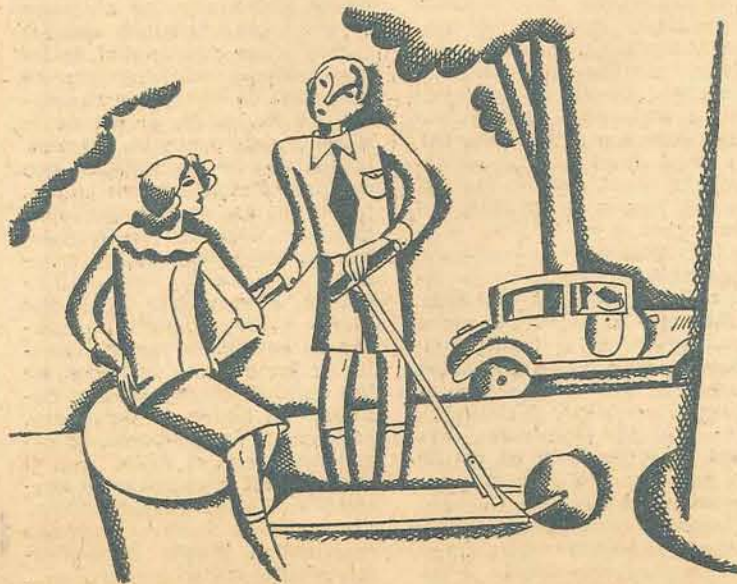
—¿Quince centavos el ciento, señor! ¡Si nos compra todas, nos vamos a casa!...

Compramos las ciruelas a un precio algo mayor que el que nos piden, y mientras el chico mayor cuenta su mercancía con dedos muy torpes:

Este carrito—pensamos—no debe contener mucha más fruta que la que acabamos de ver. Son siempre ciruelas, ciertamente, fruta de desecho que en el mercado del Tigre no halla precio. Compran tal vez un millar, que tras un día entero de rodar y empujar, logran por fin, extenuados de fatiga, vender a la caída de la noche. Han ganado posiblemente un peso en el día. Lo que es de ese peso, del destino que le aguarda en casa, lo ignoramos.

Pero el hecho presente y de considerable gravedad es que estas dos criaturas, cachorros de Dios por su edad y su alma, no conocen de la vida sino sus amargas necesidades. A sus tiernos años son ya hijos de su esfuerzo. Con una rueda encontrada aquí, con otra obtenida allá tras mil súplicas; con viejas tablas y sus mismos clavos torcidos, construyeron dificultosamente—no un juguete,—sino un fatigante medio de vida, que riegan con su sudor diario. Son libres, puesto que pueden bastarse a sí mismos.

Pero nada hay más doloroso



cansan en paz. También los chicos de familia, limpios y bañados como tras un simulacro de labor, cambian solamente de diversión y ruedan ahora felices en sus juguetes mecánicos.

Sólo para estas dos criaturas no llega la hora del juego. Lo han olvidado tal vez, a juzgar por la mirada de desgano—no envidia—con que ven pasar los monopatinistas. Sólo quieren descansar, pues están fatigadísimos. Y cuando se hundan de nuevo en las sombras, la tarde, el montón de arena, los automóviles de lujo y el cochecito que acaba de desaparecer despiertan la disposición artística en que se halla todo hombre ante un espectáculo semejante. No me faltarían, por cierto, elementos para evocarlos.

Pero en ese instante suben a mi memoria la sonrisa y las palabras con que un joven colega comentó cierta vez una situación semejante a la que acabo de esbozar.

—Estas cosas no ofrecen ya ningún interés para el arte—me dijo—. Los tiempos han cambiado mucho. Hoy ese cuadro sería cursi.

En efecto—pienso ahora—, el colega tenía razón. El arte está para el deshumanizado. Naturaleza, dolor, conciencia, fe, son sentimientos cursis. Comprendo muy bien su repugnancia, lamentando, esto sí, que el colega no hubiera nacido en otra época—en cualquiera—anterior a esta en que se halla tan cómodo. Pues entonces, cuando no se tenía ni siquiera la sospecha de que el amor a la madre tierra y a la mujer pudieran ser sentimientos cursi.

(Continúa en la pág. 30)

La Sonrisa del Triunfo



En los Deportes Y en la Vida

LA sonrisa de los triunfadores, bien sean hombres o mujeres, siempre muestra una dentadura sana y vigorosa. La salud depende de los dientes, pues si su dentadura no está sana, tampoco puede haber salud. La Crema Dental Squibb ha sido reconocida por su eficacia para neutralizar los ácidos en *La Línea del Peligro*, donde la encía toca el diente y donde empieza la caries dental. La Crema Dental Squibb contiene más de 50 por ciento de Leche de Magnesia Squibb, uno de los antiácidos más seguros y eficaces conocidos por la ciencia médica. Es pura, eficaz y de agradable sabor. Usela con regularidad y podrá lucir también "la sonrisa del triunfo."



La Crema Dental Squibb no contiene sustancias raspan-tes e irritantes. Es segura y eficaz, además de tener un sabor muy agradable.

CREMA DENTAL SQUIBB

E. R. SQUIBB & SONS, NUEVA YORK

Químicos Manufactureros Establecidos en el Año 1858

COMO SE CASO EL REY PADRE

(RECUERDOS DE 1896)

POR
LUCIO
D'AMBRA

(Para LA NACION)
ROMA, enero de 1930

Una noticia de que Víctor Manuel, príncipe de Nápoles, hijo del Rey, heredero del trono, iba a casarse con una princesa de la familia reinante del Montenegro, sólo nos interesó mediocremente. Supimos la noticia al abrir los diarios de la tarde en el Café Aragno, allá en el fondo de la tercera sala, mientras que se discutía con apasionada violencia la última novela de Zola, con arte programado, y el ensayo "¿Qué cosa es el arte?" sin programa, de Leon Tolstoy. Encerrados entonces herméticamente en la "torre de marfil", dannunzianos todos, simbolistas y decadentes, a la moda de París, la mayoría, ¿cómo podía interesarnos esta mezquina crónica: el compromiso matrimonial de un futuro rey, un feliz matrimonio en las gradas del trono, la elección de una nueva reina de Italia? Literatos, vivíamos exclusivamente de literatura. No teníamos aún veinte años y la vida estaba formada para nosotros toda de libros. Sólo un artículo de Eduardo Scarfoglio — artículo violento e irreverente contra la modestia de la augusta "alianza" — despertó nuestros entusiasmos. No ya porque consintieramos en deplorar que la futura gran Italia del gran sueño de Francesco Crispi se emparentara con el minúsculo Montenegro de las casitas montañosas y de los pintorescos pastores.

Todavía no era costumbre que los hombres de letras hicieran política. Pero una bella página polémica del gran escritor italiano, que firmaba, a la francesa, Tartarin, admirable documento de prosa italiana, nos exaltaba sólo literariamente en aquella salita de café, que sólo una pared separaba del gran salón central donde afluyan los políticos de Montecitorio, de la Cámara de Diputados, ya fueran autoritarios o demagogos.

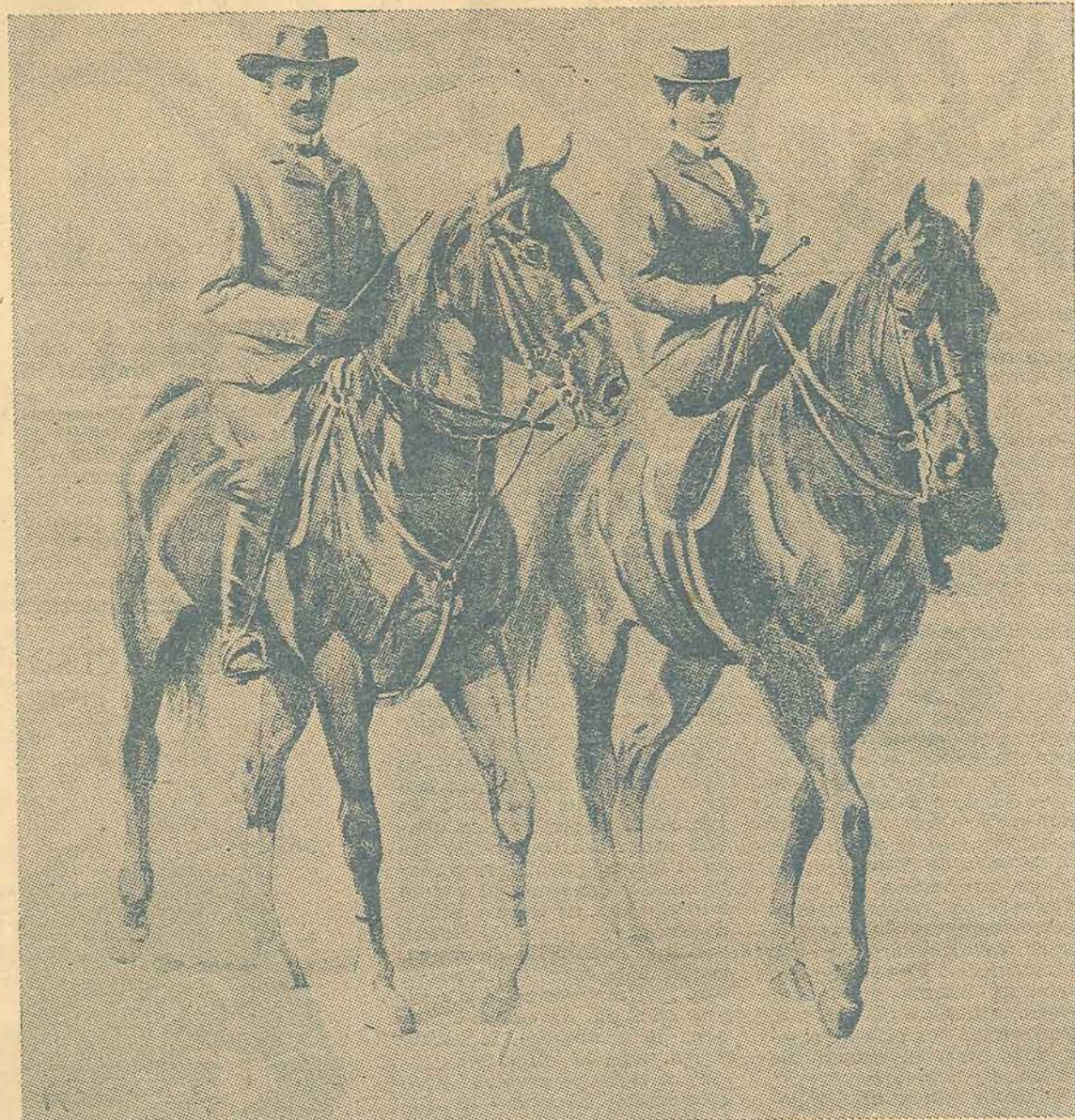
Por otra parte, Víctor Manuel no era muy popular entre nosotros, los de la torre de marfil. A una juventud como la nuestra de refinados esteticos, mullidos terciopelos, moribundas anémonas, sugerentes luces, pálidas mujeres y melancolias crepusculares, ¿cómo podía interesarnos un joven príncipe que tomaba en serio sus funciones de coronel de infantería y que hacía en Nápoles, al salir del Palacio Real, vida de cuartel, de maneras soldadescas y ceño marcial? Quizá nos hubiéramos decidido a quemar en su altar hasta las poesías paradisiacas escritas en la cárcel por Paul Verlaine y los primeros dramitas para títeres escritos en los tribunales belgas por el nuevo Shakespeare que Octave Mirbeau preanunciaba en el joven abogado de Gante, Maurice Maeterlinck, si aquel futuro rey de Italia hubiera tenido las señas particulares que nosotros exigíamos, tomándolas de los típicos héroes de la literatura de entonces: del desesente de Huysmans, en "A Rebours", al Andrea Sperelli de D'Annunzio, en "Il Piacere". Y precisamente D'Annunzio, el bello D'Annunzio ruído de entonces, que aun no contaba treinta y cinco años y era nuestra juventud y todas las posibles juventudes del mundo; precisamente D'Annunzio nos impedía querer a Víctor Manuel. Corría, en efecto, la leyenda de que pocos años antes, cumpliendo en Nápoles su año de servicio voluntario en la caballería (voluntario de un año ya marcado para la celebridad literaria), había solicitado ser recibido en audiencia por el príncipe heredero. Y la leyenda agregaba que Gabriele

D'Annunzio, recibido en palacio por el Príncipe de Nápoles, sólo le oyó hablar de equitación y de picadero, de maniobras y de cuarteles, como si el futuro soberano no tuviera ante sí a aquel que por precoz y ruidosa nombradía estaba infaliblemente destinado a recoger la herencia gloriosa de los más grandes escritores de Italia, de nuestros más grandes poetas. A pesar de haber transcurrido tantos años, siempre se me ha olvidado el preguntarle a Ga-

farrias. Lo malo fué que al salir de casa, al ver pasar al primer regimiento que, con la banda al frente y bandera desplegada, iba a formar en el cortejo nupcial, decidí, de pronto,

verde, hasta la plaza de la Egedra, donde los jóvenes novios recibirían la bendición nupcial, en la iglesia de Santa María de los Angeles, ante varios reyes y príncipes de todas las casas reinantes, arrodillados entre los bigotazos blancos de Humberto I y la cabellera de oro de la Reina Margarita.

Esteta de quintaesencias espirituales, "malato di squisiti mali", poeta autor de un librito que tenía por título "Le sottile pene", acostumbrado a vivir



El rey y la reina de Italia en el parque de Racconigi. (Dibujo de R. Salvadori)

briele D'Annunzio si esta leyenda — que circulaba en 1896 por los cafés literarios italianos — era verdadera. En aquel tiempo, entretanto, era para nosotros el Evangelio. Y el príncipe que había recibido al poeta del "Poema Paradisiaco" — ¡breviario de nuestra alma! — como a un caballero de uniforme, no podía merecer que nos interesáramos en su matrimonio. Hasta nos comprometimos a no participar de ningún modo, ni siquiera como simples espectadores callejeros, a la celebración de sus bodas. Uno de nosotros, temiendo defecciones, organizó para aquella mañana un paseo al campo y recogió adhesiones y firmas. Callaré su nombre. Aquel que por desdicho literario no quiso asistir ni aun desde un techo a las bodas de Víctor Manuel de Saboya y de Elena de Montenegro, fué más tarde hombre ilustre, ministro del Rey y hasta más que ministro...

Yo también me había comprometido — para vengar a Gabriele D'Annunzio escritor eterno del Parnaso y voluntario de un año en el regimiento — me había comprometido a ir con mis amigos, aquella mañana, a discutir literatura bajo los árboles y en los prados del Bosque Sacro, mientras en la estulta ciudad repicaban las campanas y atronaban las fan-

faltar a mi palabra. Son cosas que suceden, especialmente a los diez y seis años. Porque por más que me diera aires de "blasse" ya cansado de vivir, imitando muy mal los versos de D'Annunzio, mis años eran esos: diez y seis. Pero para que me tomaran en serio decía que, por lo menos, tenía veinte. Entonces para poder abrir la boca se necesitaba tener siquiera veinte años. Ahora, por el contrario, basta ser párvulo para hablarle a cualquiera con gran autoridad. De manera que mis diez y seis años, habiéndose despertado con aquel gran sol, con aquel despliegue de banderas, con aquel repicar festivo, con los toques de bandas, me arrastraron por el Corso y la Via Nacional, tras de los soldados, tras de la banda, por aquellas calles en que, desde el alba, la multitud se había trepado a las cornisas de las casas e improvisado milagrosos acrobatas que hacían equilibrios sobre cada rama de árbol. Así llegué, entre la oleada formidable, a la arena amarilla, bajo un sol de oro, por una Via Nacional ruidosa como una colmena, entre casas cuyas arquitecturas estaban dibujadas por caras humanas, en una doble e interminable pared blanca, roja y

entre almohadones y crisantemos, cigarrillos opiosos y tés aromáticos en penumbras boudoirianas, me vuelvo a ver aquella mañana trepado, no sé cómo, a la columna de un farol, apoyando el pie izquierdo en el hombro derecho de un desconocido y soportando, a mi vez, en el hombro izquierdo el peso — ¡y qué peso! — de otro individuo igualmente ignoto. Posición acrobática, proeza de circo, equilibrio peligroso, pero, en fin, desde allá arriba se dominaba la plaza, pues desde allá arriba no atajaban la vista las tribunas alzadas frente a las columnatas de los dos palacios del hemicycle, se veía salir el cortejo de la sombra de la iglesia al sol de la plaza, tomar contacto, primero, con el eco de las músicas, con el "present'arm" de las tropas, con el repicar de cien campanarios, del Capitolio al Quirinal, con el estampido de los cañones de todos los fuertes, de Castel Sant'Angelo a Monte Mario, y luego, puesta en marcha la berlina de oro y cristales de los cuentos de hadas, de los cortejos de reyecitos y reinitas, de hadas y de magos, allá, en la Via Nacional, se encontraba con el grito, con el ímpetu, con el entusiasmo irresistible de un pueblo entero. ¡Maravillosa visión! Momento inolvidable. Sueño de esplendor mágico hecho realidad, allí, bajo nuestros ojos, a sólo dos

pasos... Trepado allá arriba, apoyado en el que abajo se movía, con el peso del otro que se apoyaba en mi hombro, tenía que aferrarme al farol con ambas manos si no quería ir a caer sobre aquel mar de cabezas que, debajo de mí, tan apretadas como estaban, no habrían dejado pasar, no ya un muchachón como yo, sino ni siquiera un alfiler. Así es que no pude como los demás, como todos, batir palmas ni agitar el pañuelo. Pero pude gritar, eso sí, y con toda la fuerza de mis pulmones. Literatillos del Café Aragno, ausentes y protestantes del Bosque Sacro que queráis vengar la ofensa hecha a D'Annunzio, yo grité, no sólo por mí, sino por todos vosotros: "¡Viva! ¡Viva! ¡Viva!" Viva, por supuesto, el Rey y la Reina, el esposo y la esposa, los Saboya y la Italia, Roma la Grande y Montenegro el pequeño, y la hermosa mañana, y el claro sol y la radiosa fiesta, y la divina juventud y, sobre todo, ¡Viva! allá, tras del cristal de aquella berlina de oro, el esplendor de aquella cabellera rubia, el encanto de aquella incomparable, indescriptible sonrisa... ¡Margarita! La madre, la Reina...

Porque éste es, en la síntesis del lejano recuerdo, el rasgo más característico de las fiestas que hace treinta y tres años precedieron para el matrimonio del padre las fiestas que hoy celebran en Roma el matrimonio del hijo. En el delirio amoroso y jubilante de una mañana nupcial, en los mil episodios populares de una semana de fiesta, esto es lo que vieron todos: que los héroes de la jornada y de la semana, los ídolos de la multitud, el punto de mira de todos los ojos, el blanco de las aclamaciones, no eran los augustos esposos, amados, admirados, festejados, pero secundarios. Los héroes de la fiesta nupcial de 1896 no fueron los esposos, sino los suegros. Y no el rey Humberto, bondadoso y ceñudo, ni la princesa Milena, estatuaría, bellísima y severa. Pero los otros dos, ufanos, radiantes, deslumbrantes, exultantes, triunfantes, Margarita de Saboya y Nicolás de Montenegro, la madre augusta del esposo, el augusto padre de la esposa, aquellos polarizaban toda la simpatía del alma popular, aquellos eran los que la humilde multitud, la ingenua multitud buscaba, adoraba, destacaba y ponía por arriba de todos.

Si; esto fué, en 1896, el matrimonio del Príncipe de Nápoles: el delirante triunfo de la



Medio Siglo de uso es el mejor testimonio de la superioridad del finísimo Talco Boratado Mennen y de la confianza que en él tienen las madres del mundo entero. Úselo usted misma, con igual confianza y recuerde que el Talco Boratado Mennen neutraliza los olores del cuerpo.

**TALCO BORATADO
MENNEN**

P O R C O R P U S B A R G A

(Para LA NACION)
PARIS, enero de 1930

EL CHINO DE CLEMENCEAU

DESDE luego, el chino de Clemenceau hubiera sido un alemán. Es decir que si, según el supuesto psicológico de Bazzac, y de tantos otros, no habría habitante de París que se resistiese a matar lejano e impunemente a un chino con tal de conseguir lo que más desea, Clemenceau a quien hubiese matado es a un alemán, porque esto es lo que hubiera sido, en ciertos momentos, su deseo mayor. El chino lo era mejor el propio Clemenceau. Su aire de vendeano asiático ha hecho que se le compare tanto a un mandarín.

El caso es que, como todo el mundo sabe, Clemenceau escribió una obra china para el teatro. "Le Voile du Bonheur" se estrenó en el teatro de la Renaissance, de París, el 4 de noviembre de 1901, con música de escena de Gabriel Fauré, y los principales papeles los interpretaron Fernin Gemier, Andrea Megard y Enrique Beaulieu. Es una comedia filosófica: un chino mandarín y ciego debe a su ceguera el no enterarse de la infidelidad de su amada.

"En mi juventud, un religioso me dijo cierto día: la reputación, la fortuna, las dignidades, el amor, la amistad, todo esto llena tu corazón. Son cosas que envejecen y perecen. Debes saber que la mano que se cree tener no se tiene; algún

Reina Margarita. Muy pocos de los que la aclamaban en la multitud conocían los versos con que Carducci la cantara. Pero todos, los más humildes, la saludaban igualmente con su corazón, sin las palabras del poeta, pero con el sentimiento del poeta, "míte e bella", "fulgida e bionda nell adamantina luce del sorto", "inclinata a cui le Grazie corona cinsero"... Así veía el pueblo, real e irreal, real, realísima, a Margarita, todos los días, a la misma hora, a la esquina de la misma calle, la "daumont" rutilante de la Reina tirada por maravillosos bayos, realzada por las cuatro blancas pelucas de los cocheros y de los lacayos con roja casaca de corte sobre el pantalón de gamuza. Junto a su vieja amiga, la ilustre dama de servicio, cuyos cabellos blancos hacían resaltar la juventud real, Margarita, rubisima, aparecía toda sonrisas. Festiva, luminosa, radiosa sonrisa que iluminaba las calles, que dejaba tras de sí una ola de cálida simpatía, de tierna admiración. Cuando el carruaje rojo y azul de Margarita de Saboya aparecía en las encrucijadas de las calles principales, hasta la más pequeña calleja se difundía el grito: "¡Es ella! ¡Es ella! ¡La Reina!... Y de las tiendas de los portones de las casas más modestas, de las bohardillas, acudían las mujeres del pueblo, abuelas, madres, muchachas. Es una alegría para todos el ver pasar a la Reina, sonreír a la belleza, rutilar a la realeza, a dos pasos de la mano y de la voz, con un halo de oro, entre una aureola fabulosa... Y así fué cuando el cortejo de hijo esposo atravesó con magna pompa todo el pueblo de Roma, apiñado en pocas calles, yendo el entusiasmo popular en seguida hacia ella, la Madre, la Gran Reina, la primera reina de Italia. Y allí la vió, con el sedoso vestido blanco, de novia como la novia, llevando al cuello el triple collar de maravillosas perlas, esplendorosa entre el oro de los cabe-



GEORGES CLEMENCEAU

día lo aprenderás", reza, si puede decirse, Clemenceau en la escena XIV.

La obra no tuvo éxito. Catulle Mendès criticó ferozmente a Clemenceau. Este se vengó cuando, poco después, Mendès estrenó "La Médecine". Cle-

no que habían asumido, a fuerza de repetirse, las demostraciones de su popularidad. Naturalmente que el príncipe Nicolás comenzó a salir él también en coche, entre los saludos hechos desde lejos y los vítores ceremoniosos. Y poco después, concluidas las fiestas, bajó a Brindisi y se embarcó de nuevo para Cetigne, para su capital, menos bella que Roma, pero donde podía circular a pie por las calles, amando al pueblo, amado del pueblo, sin que absolutamente ningún rigor de ceremonial ortodoxo tuviera nada que observar.

Y el otro triunfo popular, en otra forma, fué para el príncipe Nicolás de Montenegro, para el pintoresco suegro que, en los días siguientes a la boda, salía solo del Quirinal, vistiendo su traje nacional, y se paseaba a pie y hasta entraba en la cigarrería a comprarse democráticamente un tabaco. Ya puede imaginarse qué simpatía despertó en el pueblo esta sencillez y confiada cordialidad de un príncipe reinante que, al salir del palacio real, le agradaba confundirse con el pueblo en las aceras, para conocerlo, para oírlo hablar, para verlo vivir, para amarlo mejor. Y los romanos seguían horas y horas aclamándolo con frecuencia al fuerte príncipe real que había venido de la otra orilla del Adriático para hacer reina, futura reina, a su hija. La cordialidad entre el príncipe Nicolás y el pueblo se volvió en pocos días tan grande, que Su Alteza dejó muy luego de ser Su Alteza para los romanos, que fácilmente toman confianza y tratan a todos como a viejos amigos. El pueblo vió muy luego en el Príncipe de Montenegro a una persona de la casa, a un viejo tío robusto y querido por todos. Aunque siguieran aclamándolo por las calles, alguna voz transteverina comenzó a aclamar, no al príncipe, sino a "tío Nicolás". Y el príncipe no se molestó por esto. Hasta pareció no desagrado. Y tanto quizá le agradó, que contó en el Quirinal el to-

mencau era entonces director de "L'Aurore" y dió orden al crítico del periódico:

"Deshonre usted su crítica. Si Mendès queda bien, diga usted que soberbio. Si mediocre, diga usted que bien. Si mal..., no lo diga usted."

Me encontré a hora avanzada en el Aragno, después de las iluminaciones, con los disidentes del Bosque Sacro. Vacilé antes de entrar. Me acordaba de haber faltado a mi palabra. Pero ¡cuál no fué mi sorpresa al saber que al Bosque Sacro no había ido ninguno, que todos habían ido a la Via Nacional, a la Exedra o a la Plaza del Quirinal y que hasta el principal adversario de Victor Manuel príncipe, el futuro ministro de Victor Manuel rey, había ido a admirar el cortejo desde el balcón de una casa amiga, y que, no obstante la audiencia del Príncipe de Nápoles a D'Annunzio y el presunto coloquio equino, cuando vió aparecer, con su bella y noble esposa, al futuro soberano, echó al diablo la literatura y se puso a batir palmas al Príncipe y a la Princesa con irrefrenable entusiasmo.

Aquel entusiasmo con que todos, literatos o no, dannunzianos o antidannunzianos, viejos y jóvenes, ilustres u oscuros, saludamos pocos años después Rey, en aquella misma Via Nacional, detrás del féretro del padre asesinado (¡Oh! pascaliano recuerdo en alguno de nosotros de la "Cavalleria Stornelli") al príncipe esposo. Recuerdo que estaba en la ventana de un gran hotel. "Assunto Re del mare", como había cantado en la oda famosa y bellísima Gabriele D'Annunzio, sin

CARTA DE PARIS

Pero donde tuvo éxito "Le Voile du Bonheur" fué, naturalmente, en Pekín. Un Clemenceau chino, el Sr. J. R. Lu Tseng Tsian, ex presidente del Consejo, se entusiasmó con el chino de Clemenceau e hizo traducir la obra por dos célebres poetas, los Sres. Ling Lu y Yu Yuen, traducción que fué publicada en un solo y magnífico ejemplar ilustrado que le fué ofrecido en homenaje al autor, sin duda para que guardara el secreto.

No obstante, la obra teatral de Clemenceau ha quedado incorporada al teatro chino, si no ha quedado incorporada al teatro francés a pesar de haber sido repuesta en la temporada de 1910 en el teatro de la Porte-Saint-Martin.

Clemenceau, más que un autor francés de una comedia china, como creen muchos, es un autor chino de una comedia francesa, la conocida comedia del adulterio, como saben menos.

CLEMENCEAU AL PIE DEL SINAI

Y lo que no se recuerda es que Clemenceau ha escrito "Al pie del Sinai", una colección de cuentos judíos. Clemenceau, judío después, es decir, antes que chino. "Au pied du Sinai" apareció en 1898, en una edición de escasos ejemplares, con dibujos de Toulouse-Lautrec (ha sido reeditada en 1920).

El primero y mejor cuento de la colección se titula "El barón Moisés". Cuenta en él la historia de un rico judío que ha tenido hasta la saciedad todas las dichas que puede dar el dinero. Ha sentido todo lo que ha querido menos hambre. Se ha procurado todas las posiciones menos la de pobre, la de

pedir limosna. Se condena, pues, a la miseria impulsado por el más allá, por tener lo que no ha tenido.

Pide limosna y no se la da nadie. Le contestan lo que él ha contestado tantas veces:

—No se puede socorrer a todo el mundo.

Pero ahora sabe que no es verdad y que bastaría con dar todo, según enseñó aquel otro judío que fué crucificado. El barón Moisés se promete dar todos sus millones. Sin embargo, esto no le quita el hambre que se ha apoderado de él en su nueva profesión. Necesita comer. Necesita unos céntimos, por lo menos, para comprar pan.

Y nadie le da nada. El barón injuria a la muchedumbre y acaba robando un panecillo. En este momento Clemenceau lo mata de una congestión. Y entonces es cuando la piedad humana se emociona. Desgraciadamente es demasiado tarde. Desgraciadamente no, porque está hecho aposta por el autor para terminar diciendo:

"Si Moisés se hubiera curado, ¿quién sabe qué clase de hombre hubiese sido en adelante? Pero Moisés ha muerto. Ha hecho falta que el pobre millonario se vuelva loco para que le ilumine un relámpago de razón, y del contacto con la muerte es de donde, en el umbral de la nada, ha recibido el sentido de la vida."

Como se ve, Clemenceau era un cuentista con moraleja; y si como político fué un gran indigena, como literato, a pesar de su barón judío y de su mandarín chino, no era un exótico. Era, quería ser un cuentista filosófico muy francés, a la manera de Voltaire, un Voltaire algo inocente y sin "Cándido".

rencor, Victor Manuel austero y grave seguía la curenía de cañón en que descansaba el rey Humberto, seguida a pocos pasos por un nutrido séquito de príncipes reales e imperiales, italianos y extranjeros, del Kronprinz al Príncipe de Gales, de los grandes duques a los archiduques, del Duque de Génova al Duque de los Abruzzos, del Duque de Aosta al Duque de Turín. Y de golpe se produce una alarma: en la esquina de una calle un tumulto, por nada. Gritos, fuga, la ola absurda del pánico. Y de repente, temiendo que se repita en el hijo el atentado ocurrido en Monza contra el padre, treinta príncipes de la sangre, treinta hijos de reyes o de emperadores desenvainan las espadas y

forman cerco y escudo al Rey de Italia.

Pero éste no se detiene. Impasible, con los ojos fijos en el padre yacente para la eternidad, el Rey sigue sin volverse, sin mirar hacia atrás. Impávido, decidido a ignorar todo peligro. Está en su puesto de Rey y en él permanecerá hasta la guerra, durante la guerra, más allá de la guerra. Magnífico rey que se nos mostró todo él heroico, férreo, saboya, en aquella inmovilidad, en aquella estoica ausencia de héroe, de jefe, de rey. Que hubiera recibido a D'Annunzio hablando de equitación, eso ya no importaba nada. Nosotros saludamos en aquel firme paso, nosotros amamos en aquella serenidad, al nuevo Rey, ¡al Gran Rey!



"GETS-IT"

No Más CALLOS

No importa lo sensible que sea su callo, este nuevo método le aliviará el dolor en 3 segundos. Una sola gota de este asombroso líquido científico y el callo se encoge y se desprende fácilmente. Los doctores lo usan y lo recetan. De venta en todas partes. Cuidado con las imitaciones.

"GETS-IT," INC., CHICAGO, E. U. A.



THOMAS MANN Y LA DICTADURA DE LA RAZON



N una de sus últimas visitas a París me decía Heinrich Mann, el novelista alemán balzariano, poderoso observador y crítico de los males del período guillermino en el Reich, que los pueblos extranjeros no secundan el esfuerzo de la verdadera democracia teutona, turbada y apretada por un nacionalismo virulento. Aludía al viaje próximo del filósofo Keyserling a Buenos Aires, y se lamentaba de que un escritor reaccionario fuera invitado por los centros intelectuales de un libre país republicano. En efecto, el mayor de los hermanos Mann ha combatido con noble obstinación en favor de lo que llama la dictadura de la razón, es decir, la intervención no de pasiones exacerbadas que arman y separan a los pueblos, sino de la inteligencia pacificadora. En esta campaña ha corrido su vida peligro desde 1906 y, sobre todo, a partir de 1918, al publicar los libros más principales de un ciclo de novelas acusadoras.

Se dice que se había separado de su hermano menor, marxista pertinaz que acaba de recibir el premio Nobel.

Después de algunos años, Thomas parece concertarse con el enemigo de la obra imperial y si no cree en la necesaria dictadura de principios racionales, acepta la república como régimen adecuado a estos años grises de reconstrucción, y abandona o corrige algunas de sus antiguas afirmaciones.

En mi libro sobre el espíritu de la nueva Alemania he analizado los aspectos de la dictadura de la razón. Mann se propone instaurar una nueva época de luces, la "Aufklärung" de nuestro siglo, en la cual domine un espíritu de concordia y de libre convivencia entre las grandes naciones de Occidente, como en los tiempos proféticos de Lessing y de Herder, y sean enflaquecidos o extirpados los nacionalismos, si engendran divisiones y guerras. En suma, es buen europeo por otras razones que Nietzsche. Ahora la época no lejana, hacia el año 1890, en que grandes naciones europeas se sentían agitadas por la pasión de la justicia, por el humanitarismo, por alguna santa cruzada en favor de la civilización cristiana. Ahora, en todas partes, según Mann, que parece inclinado a simplificar las causas que preparan los acaecimientos humanos decisivos, el capitalismo fabril conduce a la guerra porque en ella acrece su poder. Las plutocracias

han sido y son culpables de una terrible generación de desastres. El Imperio alemán matará al espíritu alemán, escribió Nietzsche después de 1870. Mann cree que el espíritu permanece invencible aunque esté circuido por poderes hostiles.

Thomas Mann en sus célebres "Betrachtungen" opuso con energía el germanismo que ha exaltado siempre y que es profundo, grave, musical, a la civilización latina de elegantes retóricos, superficial e inquieta. Aunque no lo dice, adivinamos que reduce todos los pueblos neolatinos a la condición de "graeculi", perdidos en discordia senil, en discusiones bizantinas, gárrulos y desorbitados. Alemania se le antoja país central, país medio, extraño a todos los excesos, al mesianismo ilusivo de Rusia y a la brillante superficialidad de Occidente. Pueblo sensato y laborioso, ni quimerista ni materialista, presidido y encauzado por Berlín, metrópoli del orden futuro. No creamos, sin embargo, que este Mann, artista refinado, a quien se empareja en su patria con Flaubert, se incline ante el prusianismo guerrero. Al contrario, se ha ufano siempre de ser hijo y nieto de burgueses, formado en el seno de una ciudad libre, Lubeck; en diversas ocasiones ha defendido las virtudes de la excelenteourguesía tudesca, enemiga de la epopeya militar.

A partir de 1923, Thomas Mann se reconcilia con el régimen fundado en Weimar. "Amor fati", diremos para definir esta actitud, resignación ante lo inevitable más bien que entusiasmo por la política y la organización democráticas. Podríamos distinguir tres etapas en esta desviación espiritual que separa al escritor de un orden dilecto pero caduco. En 1923, en un folleto sobre la República Alemana, puso los fundamentos de su nueva fe. La república es un "fatum", un destino para la nación vencida después de la guerra, en la que triunfó la barbarie y la "orgia del egoísmo sangriento". En la era que empieza han de dominar ideas generosas de unión, de humanidad y de cultura. ¿Por qué no aceptar el mensaje de Walt Whitman para quien la democracia es esencialmente hermandad entre los pueblos? El amor redimirá a los alemanes desmarrados. Eros, un "patos erótico-político" aguijará a los creadores de Europa y terminará el reino letal del individualismo, de la división, del odio y de la guerra. Mann sabe que la república teutona será lo que los hombres dolientes acierten a crear después del pesimismo y del caos.

En 1926 realizó el escritor un viaje a París: segunda etapa en la ruta del acercamiento. Una brillante crónica con el título de "Pariser Rechenschaft" ha consagrado a esta amable excursión. Conversó con escritores franceses que defienden ideas de concordia, con el patriarca de los estudios germanicos en Francia, M. Ernest Lichtnberger, con el eminente

POR

FRANCISCO
GARCIA
CALDERON

(Para LA NACION)
PARIS, enero de 1930



THOMAS MANN
Caricatura de Wladyslaw
Daszewski

crítico Jaloux, buen europeo y obstinado europeo, con espíritus mozos, con rusos esclarecidos como Chestov y Merejkovski, pronunció en la institución Carnegie, que extiende los beneficios de la paz espiritual por el mundo, una conferencia en la cual explicó que si las fuerzas de lo profundo son sagradas, los poderes de la luz son divinos. En nombre de éstos aludió a la emancipación necesaria de la razón, a la idea de universalidad que para él equivalen a democracias, a cultura y a civilización.

Notemos la transformación que sufren las ideas del crítico. En otra época había adoptado la oposición entre cultura germánica y civilización latina, profundidad y superficialidad, antitesis fácil que hallamos en los defensores del pangermanismo. Ahora marida cultura y civilización, racionalismo y democracia. Confiesa, sin embargo, que los alemanes mantienen en relación con la democracia la misma actitud de reserva que con el Cristianismo: temen que ese régimen los debilite. Mann reconoce lo que hay de original en la contribución teutona a la evolución humana, la tendencia natural hacia lo informe, al abismo y al caos, el dominio de las fuerzas de lo inconsciente, de una obscuridad precósmica. Espera de los franceses — y el profesor Lichtnberger se concierta con él — que reconozcan en cada pueblo el derecho de existir tal como es, sin renunciar a lo que hay en él de genuino y de castizo. Así, cierto romanticismo parece natural al alma germana, pero el pueblo de Goethe que sabe elevarse a regiones

de luz no puede ser considerado enemigo de la humanidad.

No sé si para inspirar confianza a naciones vecinas o para separar los destinos del prusianismo y de Alemania, Mann defiende a la burguesía germana que aparece en brillantes períodos de la historia nacional, en la Hansa, en el Nuremberg de Durer, y se distingue por un sentido creador, por una concepción mesurada y sensata de la existencia y por el amor a la democracia y a la libertad reales.

En 1929 Mann ha estudiado la situación particular de Freud en la Europa espiritual, en un ensayo que ha sido muy comentado y que ha aparecido en la revista publicada en Viena, "Die Psychoanalytische Bewegung". Allí podemos observar nuevos progresos en las concepciones del escritor. Explica que no puede volverse al pasado ni reiterar el empeño romántico. Combate la reacción actual contra el racionalismo, el clasicismo y el intelectualismo la cual, en nombre de los aspectos nocturnos del alma y de la vida sostiene que la voluntad, la pasión y lo inconsciente son más eficaces que los demás poderes espirituales. Mann corrige el sentido habitual que ha dado al romanticismo alemán. Según él, se dirige no hacia el pasado, hacia una esteril reconstrucción de lo pretérito, sino al porvenir, a la creación de lo que Novalis denominaba un mundo mejor.

Podemos considerar que es paradójal esta manera de definir una escuela literaria, pero el escritor atraído por una nueva "Aufklärung", insiste y explica que los románticos afirmaron que el arte era contrario a lo instintivo y a lo inconsciente. Al corregir el presente, al imponer audaces reformas, se valían no de oscuros instintos, sino de la conciencia que podía ser considerada como enfermedad en relación con un estado anterior y primitivo que los conservadores se obstinan en perpetuar; pero que en realidad ese mal de edades inquietas determina el paso a más altas y nobles esferas. No olvidemos la frase de Novalis: todas las enfermedades, de la misma manera que los pecados, constituyen trascendencias.

Freud ha escrito en sus últimos libros que la cultura humana se fundamenta en la victoria sobre las fuerzas de la naturaleza y con la limitación impuesta a los instintos del hombre. Ha explicado que la inteligencia es impotente contra esos instintos, pero que su voz leve al principio, se hace escuchar al fin y llega a dominar. No renunciemos a la crítica, enseña Mann en consonancia con Freud. Si no cree desde ahora en la dictadura de la razón prepara el camino a los hijos de la luz, es el parainfo de una nueva y larga "Aufklärung" que redime al mismo tiempo a Alemania y a Europa.

V A R I E D A D E S

Ha sido encontrado en Palestina un altar que tiene 3500 años

Un grupo de arqueólogos del Museo de la Universidad de Pensilvania descubrió recientemente en Palestina un gran altar en el cual los canaanitas adoraron a su dios Mekal hace 3500 años, o sea aproximadamente 400 años antes de que las tribus hebreas del Egipto cruzaran el Jordán para entrar en la Tierra Prometida. Los canaanitas, según el Antiguo Testamento, eran descendientes de Canaan, el hijo de Cam y nieto de Noé.

El altar encontrado en el Templo Mekal, en Beisan, tiene cerca de seis metros de ancho, tres de profundidad y uno de alto. Está hecho de ladrillos que descansan sobre una base de piedra desnuda. Contiene cuatro escalones, siendo el más bajo de todos mucho más ancho que el de arriba, y tiene una balaustrada en cada lado. Los arqueólogos consideran esta estructura como la más notable de su clase que se haya excavado en Asia Occidental.

La población perruna de Gran Bretaña, llega a cuatro millones.

La India posee una variedad de plantas mayor que la de cualquier otra parte del mundo, conociéndose quince mil especies

distintas, mientras que en el continente europeo sólo se conocen diez mil.

En el año 1928 se fumaron en los Estados Unidos una cantidad de cigarrillos equivalente a 856 por habitante, comprendiendo las mujeres y niños. Gran Bretaña ocupa el segundo puesto entre los países consumidores de cigarrillos, viniendo luego Alemania y el Japón.

LO CURSI

(Continuación de la pág. 27)

sis; cuando la creación artística valía por la cantidad de vida que la empapaba, y se tenía por axioma que los grandes pensamientos nacen del corazón; cuando la verdad en arte era sinónimo de pasión, y no de pasatiempo retórico; cuando se consideraba que lo único imperecedero era lo escrito con la propia sangre, y el arte y el hombre poseían la misma conciencia integral, entonces es posible que el joven esteta, menos rico y ocioso que hoy, no hubiera hallado cursi la retirada de las dos criaturas y su miserable ataúd, por fin vacío.

Repóngase sin ir al campo

Dos frascos de Kola Cardinette equivalen a una buena vacación.

Su sabor es exquisito.
Tonifica y Sustenta.



Kola Cardinette

THE PALISADE Mfg. Co. Yonkers-New York, E. U. A.



EL CAPITAN DE LOS SIETE MARES

POR EL CAPITAN
JOHN THOMAS RANDELL



N enero de 1918 fui enviado a Weymouth. Allí comprobé que era uno de los 300 oficiales distinguidos de la Armada. Cada uno de esos oficiales había sido condecorado por su comportamiento heroico en el frente, y todos lucían ya fueran órdenes militares británicas, o de otras naciones aliadas. Habíamos sido reunidos para ser sometidos a una preparación especial.

El gobierno británico tenía una nueva arma contra los submarinos; el Fish Hidrophone. Era una verdadera maravilla de la técnica moderna. Con su auxilio era posible escuchar el ruido de una hélice en cualquier lugar a una distancia de 10 millas a la redonda y a cualquier profundidad. En consecuencia, los submarinos debían delatarse mediante el movimiento de su hélice, al acercarse.

Nuestra preparación consistía en aprender a usar eficazmente el nuevo invento y tuvimos que aprender a diferenciar entre sí los ruidos producidos por las hélices de todos los tipos de vapores. Asimismo tuvimos que estudiar perfectamente el funcionamiento del mencionado aparato, cuya invención era completamente reciente, y que significaba un verdadero golpe de muerte para los submarinos.

Cuando terminó nuestro entrenamiento, fué organizada una flotilla de unidades dotadas con ese aparato. El acorazado "Implacable" fué designado para realizar la tarea de servir de buque madre a esta flotilla. Conjuntamente con los buques dotados con el "hidrophone", se organizó una flotilla de lanzabombas, constituida por destroyers y buques mineros, a cuyo frente estaba el crucero "Crescent". En total, el número de buques con "hidrophone" era de 63, además de 20 destroyers y mineros. Cada una de las unidades llevaba 1000 cargas de profundidad T.N.T.

Cuando esta flotilla comenzó a entrar en acción, en el mes de junio de 1918, comenzamos a destruir submarinos alemanes, a razón de seis por semana. El Almirantazgo alemán estaba desconcertado. Sus submarinos salían; pero no regresaban.

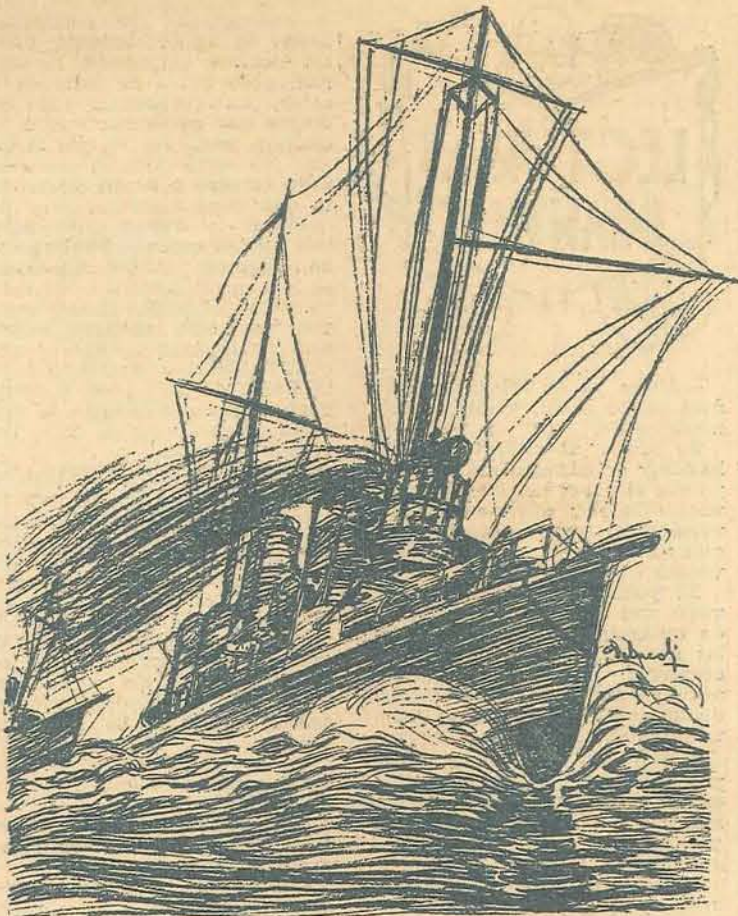
Día tras día los descubríamos a una distancia de diez millas, fuera del radio de vista, y debajo del agua, y fué así como se inició la caza al submarino más grande que haya registrado la historia.

Una vez comenzada nuestra labor, ella nos entusiasmó en tal forma, que ninguno de nosotros hubiera querido cambiar su ocupación por el cargo de comandante de un acorazado de la gran flota.

Yo fui nombrado comandante de sección, con seis unidades a mis órdenes. Mi buque insignia era el John Johnson. Es bueno hacer presente que el nombre no le fué asignado por el boxeador de color Jack Johnson, sino que toda la flotilla fué bautizada con los nombres de los tripulantes del buque insignia del almirante Nelson, el Victory, que ahora descansa como reliquia histórica, en el puerto de Portsmouth.

Tres buques de cada sección fueron equipados con el nuevo "hidrophone" de Fish. Apenas oíamos el ruido de la hélice de un submarino, formábamos con los tres buques un triángulo equilátero, encerrando en esa formación al submarino. Cada veinte minutos tomábamos posición.

Cuando se trataba de una caza de submarinos, izábamos una gran bandera negra de unos 24 pies por 16. Cualquier buque de guerra que estuviera cerca sabía que debía detener inmediatamente la marcha cuando veía esa bandera, porque nos debía ser concedida la más amplia libertad de acción. Cuando nos acercábamos al submarino sumergido, izábamos una bandera roja y un círculo negro. Cuando la bandera roja llegaba al tope



del mástil, los destroyers comenzaban la carrera hacia el lugar indicado. Cuando el círculo negro se dejaba caer en mi buque, sabían que debían disparar las cargas de profundidad.

Si la guerra hubiera durado más, hubiéramos terminado con todos los submarinos, pues ya estábamos muy prácticos en esta operación cuando fué firmado el armisticio.

Fué dado de alta de la Armada británica en el mes de julio de 1919, con el grado de teniente comandante de la reserva. Antes de darme de alta, el Gobierno me envió aún a Terranova.

Sólo hacía unas pocas semanas que estaba descansando en mi casa, cuando el Gobierno del Canadá, por intermedio del capitán Webb, superintendente de la marina mercante del Gobierno del Canadá, me citó telefónicamente a Montreal. Cuando llegué a su presencia, me ofreció el cargo de comandante de un buque de 5000 toneladas. No acepté la oferta. Me rogó que volviera al día siguiente. Cuando así lo hice me ofreció el cargo de comandante del vapor Canadian Miller, un buque de carga de 8500 toneladas, que aun estaba en los astilleros. Dos meses después, cuando el vapor estuvo terminado, me embarqué a su bordo, siendo su comandante desde agosto de 1919 hasta enero de 1921.

Durante los primeros doce meses realizamos viajes de Montreal a Liverpool, con carga general; pero en el verano de 1920 recibí instrucciones de llevar el buque a la América del Sur haciendo escala en Santos, Río de Janeiro, Buenos Aires y Montevideo.

En la América del Sur sucedieron algunos acontecimientos que me hicieron conocer por primera vez algunos detalles del contrabando de alcohol en los Estados Unidos. A semejanza de los demás habitantes del Canadá, sonreí cuando supe que el pueblo de los Estados Unidos había aceptado el prohibicionismo, y como los demás canadienses, no pensé jamás en los grotescos espectáculos que serían su consecuencia.

De regreso a Montreal fui nombrado comandante del Canadian Fisher, haciéndome cargo del buque en Halifax, Nueva Escocia. Era el buque que debía inaugurar el servicio de la Compañía Canadian National Passenger Line a las Indias Occidentales. La inauguración de esta línea constituyó un verdadero acontecimiento para el Canadá, siendo muy festejado. Fué la primera vez en mi vida que aparecí en una película cinematográfica.

Sólo realicé un viaje con este barco. Comencé a efectuar preparativos para quedar en tierra, como proveedor y comisionado naval, de modo que, cuando terminé ese viaje, renuncié al cargo, haciéndolo en la convicción de que me despedía para siempre del mar.

los destroyers comenzaban la carrera hacia el lugar indicado

En esos días algunos comerciantes comenzaron a interesarme en la propiedad de una mina de yeso en Terranova. En las mismas tierras también aseguraban que existían yacimientos de oro. Organizamos la Anglo-Newfoundland Mining Corporation, bajo las leyes de Delaware, en los Estados Unidos. Yo fui electo para uno de los cargos directivos.

Como director de una empresa minera, era yo un buen marino. Los negocios comenzaron a flaquear y comencé a pensar en qué forma podría aumentar mis entradas.

Era comandante del Canadian Fisher, en 1921, cuando oí el relato acerca de las actividades del Saucy Arethusa. En los círculos navieros de Montreal y Halifax, ese relato fué recibido primero a carcajadas; pero, después, obligó a pensar seriamente. El Saucy Arethusa era un "schooner". Había cargado una buena cantidad de cajones de buen champagne en St. Pierre, Miquelon, llevándolos hacia el Sur. Un domingo por la mañana echó anclas frente a Atlantic City, justamente fuera del límite de tres millas de las aguas territoriales. Dos o tres lanchas de paseo, que circulaban por los alrededores, se dirigían hacia el "schooner". Compraron uno o dos cajones de champagne cada uno y regresaron a Atlantic City. Después, comenzó la carrera.

A las cuatro de aquella misma tarde, una multitud de lanchas se hallaba al lado del Saucy Arethusa. Todos los ocupantes pedían champagne y el comandante y sobrecargo del Saucy Arethusa comenzaron a guardar los paquetes de billetes de banco, en tanto que la tripulación entregaba los cajones por sobre la borda. Cuando llegó la noche, el Saucy Arethusa estaba vacío y el capitán mandó llevar anclas, llevándose 85.000 dólares, de los cuales 75.000 eran de ganancias.

Este negocio comenzó a interesarme, cuando vi que la mina no daba todo lo que había esperado. Me dirigí a Nueva York, en un viaje de negocios, y vi que todos los comerciantes, en lugar de hablar de minas, lo hacían del contrabando de alcohol y de las grandes ganancias que se obtenían por ese medio.

De regreso a Halifax, el contrabando también se había transformado allí en el tema de todas las conversaciones. Celebré varias conferencias con hombres de negocios de Halifax, discutiendo el pro y el contra del negocio, y resolví, por fin, poner un paréntesis a mis actividades en la compañía minera, para comprar 1200 cajones de licores surtidos en Escocia, para ser traídos a Terranova, en tránsito a Settlement Point, Bahamas. Todo esto era perfectamente legal. Nosotros no des-

LA CAZA A LOS SUBMARINOS DE LA GUERRA AL CONTRABANDO DE LICORES

ILUSTRACION DE
PEDRO DELUCCHI

embarcaríamos las bebidas en aguas territoriales de los Estados Unidos. Pero hecha la ley, hecha la trampa.

Arrendamos el Dawn, un pequeño "schooner", de quien se decía que estaba accionado por dos motores a gas. Yo no vi el "schooner" en cuestión, dejando esta tarea al cuidado de uno de mis socios, un ex capitán de mar. Cuando vi por primera vez el Dawn en San Juan de Terranova, comprobé que sólo tenía un motor, y que éste era muy deficiente. Pero no se podía perder tiempo en arrendar otra embarcación. Cargamos el Dawn y le dimos orden a su capitán de dirigirse hasta frente al buque-faro del canal Ambrose, de Nueva York, manteniéndose a una distancia de diez millas del mencionado buque-faro. Allí debía recibirlo yo. Me dirigí por vapor a Nueva York, para esperar la llegada del Dawn, en tanto que los respetables comerciantes de Halifax esperaban tranquilamente su parte de la ganancia.

El tiempo se hizo nublado y algo tormentoso, y, en camino, el Dawn debió hacer una escala forzosa para efectuar reparaciones.

Cuando llegué a Nueva York, comprobé que cada hombre que circulaba por la calle estaba interesado en el contrabando, o, por lo menos, deseaba estarlo. Inmediatamente circuló la noticia de que yo esperaba un cargamento de alcohol y comencé el movimiento en mi alrededor.

Me llegaron toda clase de ofertas para comprar el cargamento. Algunos de los interesados me mostraron gruesos rollos de billetes de mil y de quinientos dólares. Otros, que no tenían dinero, me hablaron de su influencia con la policía, para sacarme dinero, prometiéndome su ayuda. Algunos alegaron hasta poseer la protección de las altas autoridades de Washington. Hasta hubo algunos que me dijeron con la mayor frescura, que ya habían comprado todo el cargamento, indicándome el lugar en que debía desembarcarlo.

A todos ellos les contesté que vendería el cargamento por sobre la borda, fuera del límite de las tres millas de la costa, a los primeros interesados que pagaran las sumas pedidas.

Ninguno de ellos se inmutó al ver que sus mentiras habían sido descubiertas. Comprendí que, en esta clase de actividades, aun tenía que aprender mucho, para no ser estafado con la mayor sangre fría.

Después conocí a un hombre, apodado el "Comodoro", que poseía una rápida lancha, y quien me ofreció conducirme hasta el límite de las tres millas, para esperar la llegada del Dawn, cada vez que él se dirigiera a ese punto, con objeto de obtener algunos cajones de licores de los demás buques que realizaban el mismo comercio.

—No corre usted el menor peligro—me dijo.

Me pareció un hombre sincero, y, por cierto, lo era.

A las ocho de la mañana partimos de Nueva York. Cuando llegamos al límite de las tres millas, comenzamos a buscar al Dawn, preguntando a los demás buques, si lo habían visto. A las dos de la tarde llegamos a la conclusión de que aun no había llegado, y el "Comodoro" se dirigió al Kirk and Sweeney, y compró algunos cajones de licor, de los 6000 que este "schooner" había traído de las Bahamas.

Subimos a bordo, para tomar una copa con el capitán del Kirk and Sweeney, y el "Comodoro" compró 150 cajones de bebida, que era cuanto podía llevar su lancha, pagando por ellos entre 36 y 40 dólares por cajón, según la calidad.

Eran aproximadamente las cuatro de la tarde cuando iniciamos el viaje de regreso. El mar estaba picado y soplabla una ligera brisa del sudoeste, que aumentó en fuerza, más tarde, a la vez que las olas se hacían más grandes. De repente, una ola entró en la lancha e hizo parar el motor. Poco después, el timón, debido a un golpe de mar, saltó en pedruzcos.

El "Comodoro" no era marino. —Vamos a echar el licor al agua y tratar de llegar hasta el buque-faro, dijo.

—De ninguna manera—le contesté—tormentas como ésta no asustan a un marino de Terranova.

Había un remo a bordo y manobrando hábilmente con el mismo, logré llevar la embarcación hasta la orilla, donde llegamos alrededor de las 2 de la mañana. A esa hora no había ni qué pensar en descargar la bebida, por lo cual el "Comodoro" pagó una propina a un botero para que le cuidara la embarcación. Aquella misma tarde, mi compañero dispuso todo lo necesario para la descarga, debiendo comenzar la operación a las 11 de aquella noche.

A la hora indicada un pequeño camión se acercó al lugar en que se hallaba la lancha, y pocos minutos después, habíamos cargado todos los cajones. Pero, antes de que pudiéramos alejarnos, llegó un automóvil de alquiler, con un agente de policía en el estribo, y aun no estábamos repuestos de la impresión, cuando del vehículo descendió un oficial de policía y dos agentes, revolver en mano.

—¡Manos arriba o hacemos fuego!

Y dirigiéndose al "Comodoro" continuó:

—Sabemos que ha desembarcado usted mercadería aquí—le dije—y a menos que nos dé usted una participación en el asunto, irá a parar a la cárcel.

El "Comodoro" conservaba toda su tranquilidad.

—Muchachos—nos dijo—vayan al café de enfrente y tomen algo, mientras yo arreglo cuentas con este hombre.

Nos alejamos. Veinte minutos después, el "Comodoro" estaba con nosotros.

(Continuará)

¿ESTA USTED HERNIADO?



Si Ud. está herniado es seguro que habrá asado bragueros y fajas más o menos cómodas, e infinidad de otros métodos para curar la hernia, pero sin resultado; es también muy posible que habrá sido OPERADO una o más veces sin conseguir la cura deseada. Por tales motivos debe Ud. desear esos VIEJOS SISTEMAS que ya no sirven para nada.

Todas las hernias (quebraduras), se reducen radicalmente reteniéndolas en forma suave y cómoda y endureciendo el tejido muscular al propio tiempo. Este método ha producido cientos y cientos de curaciones de hernias de todas clases y en brevísimo tiempo, y puede darle inmejorables referencias de personas respetables y bien conocidas que han sanado con su aplicación sin sufrir ninguna molestia.

No importa que su hernia sea muy antigua y voluminosa. Este método ha sanado hernias de más de 40 años y de un tamaño enorme.

Escribame sin demora, y a vuelta de correo recibirá gratis un precioso folleto que regalo a todos los herniados, explicando el método único que necesita para sanar la hernia en el hogar.

Pídale ahora mismo a **S. MORASSUT (ESPECIALISTA)**
SARMIENTO 1584 ROSARIO (Argentina)



EL CANTARO MAGICO O LOS BOMBONES DEL BRAHMIN

ILUSTRACION DE JUAN CARLOS HUERGO

VIVIA una vez en una aldea un brahmin tan pobre que no comía todos los días para dejarle algo a su mujer y sus hijos.

Un día atravesó un monte espeso para llegar a una aldea donde esperaba encontrar trabajo. Esta aldea estaba habitada por unas hadas.

En el momento en que pasaba cerca de ellas el pobre brahmin, la Reina de las hadas se encontraba sentada a los pies de un árbol, rodeada de toda su corte.

Las hadas vestidas con pedazos de arco iris y estolas de claro de luna, bailaban sin tocar el suelo.

El pobre hombre ni las miró, tan ocupado estaba con sus tristes pensamientos, y se lamentaba en alta voz de su mala suerte y del estado lamentable en que se encontraban su mujer y sus hijos.

El viento llevó estas palabras hasta la Reina, que envió una de las hadas para que lo condujera hasta allí. El brahmin quedó asombrado y temiendo haber ofendido sin querer a la Reina, se acercó a ella temblando.

Grande fué su sorpresa al oír que la Reina le hablaba dulcemente.

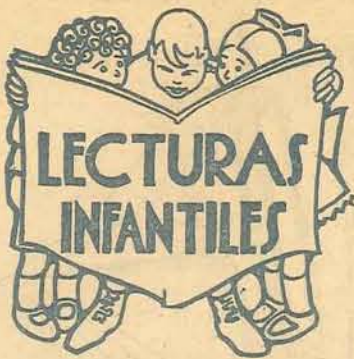
—Conozco tu historia, brahmin — dijo ella —. Eres bueno, trabajador y tienes una familia numerosa. Toma este cántaro de tierra; cuando le des vuelta saldrá de él una cascada de bombones. Cuando lo pares nuevamente, éstos dejarán de salir. En adelante no tendrás más inquietudes.

El brahmin estaba loco de alegría. Agradeció debidamente a la Reina, tomó su cántaro y siguió su camino.

No tardó en llegar a una aldea y como estaba cansado y hambriento, entró en un mesón, pero loco de curiosidad, quiso saber inmediatamente si era cierto lo que decían de su cántaro. Escondiéndose detrás de la posada dio vuelta al cántaro.

¿Qué sucedió?
Un torrente de bombones salió de él precipitándose al suelo. El brahmin quedó satisfecho y tranquilo...

Pero al posadero le pareció



—Ahora ya no debemos pasar más malos ratos; viviremos cómodamente.

Su mujer al oírlo habló de hadas y de cántaro mágico creyó que el pobre hombre se había vuelto loco y cuando vió que volcaba al famoso cántaro sin que nada cayera de él, se convenció de ello.

El pobre brahmin le dió en vano mil vueltas, suplicándole de todas maneras y golpeándolo: no salió de él ni el menor caramelo. Lleno de vergüenza ante su mujer que lo trataba de loco, el pobre hombre daba realmente lástima.

Comprendiendo por fin que el posadero le había robado su cántaro, volvió resuelto a reclamarlo a toda costa, y viendo al posadero, lo acusó francamente de robo.

—¿Cómo te atreves a decirme semejante cosa! — exclamó este último —. ¡Todo el pueblo me conoce como hombre honrado y tú, un brahmin, vienes a decirme que te he robado! Tengo miles de cántaros idénticos al tuyo. ¡Vete en el acto!

¿Qué podía hacer el pobre brahmin? No tenía ninguna prueba en su favor... Tristemente resignado, emprendió la marcha hacia su casa a través del monte.

Pero allí estaba nuevamente la Reina de las hadas, rodeada de toda su corte.

—Nuestra Reina desea verte —dijo un hada dirigiéndose al brahmin.

La Reina de las hadas sabía que el posadero había robado el cántaro mágico, y habría podido hacer que se lo devolviera, pero quiso darle una buena lección. Le dió entonces otro cántaro al brahmin pero sin decirle cuáles eran sus cualidades. Lleno de agradecimiento, nuestro hombre emprendió la marcha, pero antes de salir de la selva, su curiosidad fué tan fuerte que quiso dar vuelta al cántaro para ver lo que le daría. No salió ningún bombón, pero empezó a sentir de repente que unos diablillos muy pequeños le daban unos palos tan fuertes como si hubieran sido gigantes. Afortunadamente se le ocurrió levantar el cántaro y los diablillos desaparecieron; de otra manera habría muerto. El brahmin comprendió cuál había sido la intención de la Reina de las hadas, y sospechando que ese cántaro le ayudaría a encontrar al otro, volvió al albergue.

Al ver un nuevo cántaro, el posadero pensó que tal vez tuviera propiedades tan ventajosas como el primero, y pidiendo excusas por su conducta anterior, rogó al brahmin que se alojara en su casa. Como la vez anterior, este último confió al posadero su cántaro después de muchas recomendaciones, mientras bajaba al río a bañarse. Pero no había andado muchos pasos cuando sintió unos gritos.

—¡Socorro! ¡Socorro! — gritaba el posadero a quien los diablillos molían a palos.
—¿Devuélvame mi otro cántaro! — respondió el brahmin — si no te matarán.
—¡Juro que te lo devolveré! — gritó el posadero.

Entonces el brahmin dió vuelta al cántaro y desaparecieron los diablillos. No tardó en emprender el regreso a su casa, llevando los dos cántaros mágicos.

—Te traigo dos cántaros mágicos — dijo el brahmin a su mujer.

Esta lo creyó más loco que nunca, pero se puso a saltar de alegría cuando vió que un torrente de bombones salía del cántaro.

Nuestro hombre se estableció y pronto reunió una buena suma de dinero y la fama de ser el mejor confitero de la comarca.

Pero un día fué llamado a casa de un Zemindar (rico propietario) para que proporcionara los bombones para el casamiento de su hija.

Picado por la curiosidad al ver que el brahmin pedía un cuarto bien cerrado para prepararlos, espió por un agujerito y comprobó qué fácil era el fabricarlos. Entonces hizo echar al desgraciado hombre fuera de su casa y se apoderó de su tesoro. Pero al día siguiente, cuando toda la gente estaba reunida para la fiesta, se presentó el brahmin con su segundo cántaro y dándole vuelta salieron los diablillos, que dieron de palos a todos los concurrentes. Por fin el brahmin se apiadó de ellos y exigiendo que se le devolviera en seguida el cántaro, suspendió la paliza y volvió a su casa riendo de buena gana.

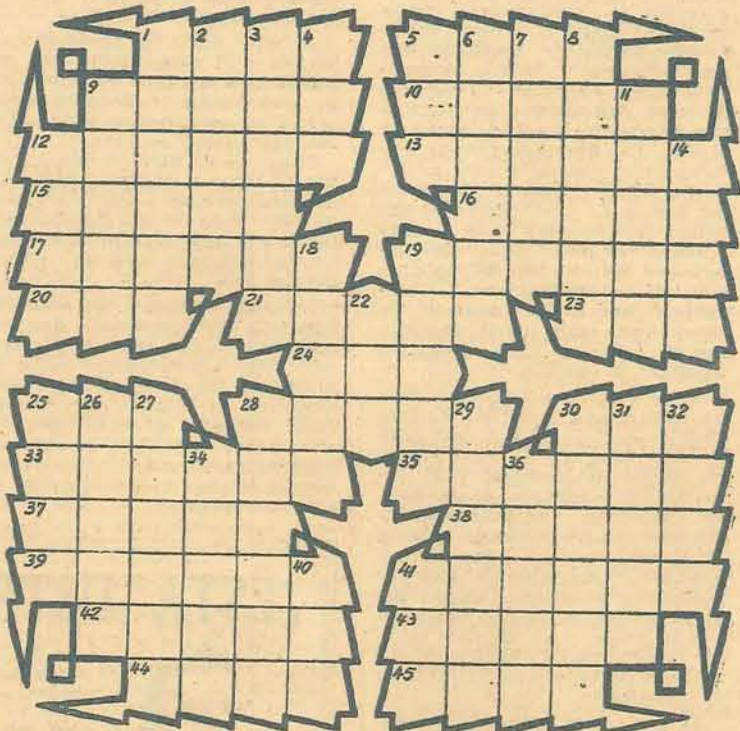
Se cumplieron entonces todos los sueños de su vida. Tuvieron una buena casa y todo lo que podían desear, y los chiclelos de toda la comarca no carecieron nunca de ricos bombones.

ACCIONES HEROICAS

Un solo hombre detiene a todo un ejército

EL puente de Roma no ha sido el único puente defendido por un solo hombre, contra un ejército entero. El puente de Stanford, en Inglaterra, fué guardado de la misma manera por un valiente noruego, después de una batalla librada en 1066 por el conde de Tosting. Harold, elegido Rey por la nación inglesa, había adelantado rápidamente hacia el condado de York, donde encontró al enemigo que descansaba tranquilamente, sin sospechar la menor resistencia. Los noruegos se batieron con la seguridad de que la batalla estaba perdida, y el Rey, como valiente que era, se puso debajo de su bandera, muriendo rodeado de sus mejores guerreros. Pero gran parte de su fuerza huyó, pasando por un pequeño puente que permitía atravesar el Ouse. Allí esperó su valiente defensor colocado en un lugar en que el ejército inglés sólo podía atacarlo uno a uno. Por fin, un perdido enemigo atravesó a nado el río y atacando al heroico noruego por detrás lo mató. Pero un número respetable de compatriotas debieron su vida a este acto de bravura que les dió tiempo para llegar hasta sus embarcaciones, con las cuales pudieron huir.

PROBLEMAS DE PALABRAS CRUZADAS



REFERENCIAS

Horizontales

1. Esposa de Júpiter, hija de Saturno, diosa del matrimonio.
5. Río de Alemania; nace en los montes Sudetes, pasa por Francfort y desagua en el Báltico.
9. Paredes o tapias.
10. Pasar repetidas veces la lengua por una cosa.
12. Adorno en figura de espira o caracol, que se coloca en los capiteles de los órdenes jónico y compuesto, como para sostener el ábaco.
13. Recortad e igualad el pelo con tijeras.
15. Región tenebrosa que, según los antiguos, se extendía bajo la tierra debajo del Infierno.

16. Pasta de almendras, nueces y, a veces, piñones, pan rallado y tostado, especia fina y miel bien cocida.
17. Repliqué.
19. Acercan, aproximan.
20. Nombre de una consonante.
21. Penetra o introduce.
22. Nombre de mujer.
24. Cabriolé de dos ruedas, de origen inglés, y cuyo cochero tiene un pescante elevado detrás del vehículo.
25. Conceded, entregad, otorgad.
28. Hebras largas y delgadas que se forman retorciendo el lino, lana, cáñamo u otras materias textiles.
30. Príncipe o magistrado su-

premo, en las repúblicas de Venecia y Génova.

33. Plan, proyecto, doctrina o sistema halagüeño, pero irrealizable.
35. Cada una de las camas fijadas construidas en los camarotes de los buques.
37. Nombre de varón.
38. Máquina hidráulica, compuesta de gruesos mazos de madera, para golpear, desengrasar y enfurtir los paños.
39. Pedazos o piezas pequeñas en que se divide una cosa al romperse.
41. Espada.
42. Movimiento del ánimo, que suscita ira contra una persona.
43. Perro de raza cruzada, que se considera producido por la unión del dogo y el lebre.
44. Pronombre demostrativo.
45. Voz con que los niños dan a entender un mal que no saben explicar.

Verticales

1. Susto, miedo.
2. Especie de buitre americano de sesenta centímetros de largo y más de un metro de envergadura.
3. Se reparó, observó.
4. Constelación boreal.
5. Onda de gran amplitud que se forma en la superficie de las aguas.

6. Fechaba.
7. Rival, competidor.
8. Movimiento en retroceso de las olas después que han llegado a la orilla.
9. Vivan.
11. Hienden, parten.
12. Percibiré con la vista.
14. Colina de arena movediza que en los desiertos y las playas forma y empuja el viento.
18. Carne que cubre la quijada y guarnece la dentadura.
19. Cuerpo de la camisa, sin las mangas.
22. Igual, semejante, o de la misma forma o figura.
25. Subsiste, permanece.
26. Toca o pertenece.
27. Maestro o preceptor de gramática latina.
28. Rodilla.
29. Mujer sabia a quien los antiguos atribuyeron espíritu profético.
30. Da estampido o trueno.
31. Planeta mucho mayor que la tierra y acompañado de ocho satélites.
32. Ninfa de las fuentes y de los montes, en la mitología popular asturiana.
34. Escasos, limitados y cortos en cantidad o calidad.
36. Rozan la ropa por los dobles.
40. Argentinismo: eres.
41. Sonido o eco que resulta del tambor u otro instrumento semejante, tocado a golpes.

USTED ADELGAZARA POR LA "EMBRODANYA"

debilitan, uso exclusivamente externo, resultado visible desde el 6.º día.

Escribir a Madame L. Y. MARJOLLET, calle Victoria 969, Buenos Aires, que con gusto le enviará los folletos explicativos y los ASOMEROSOS TESTIMONIOS, de la receta sencilla y eficaz que ella misma ha empleado con gran éxito.

Unico concesionario en la Argentina: Casa Bordenave & Larrieu
Victoria 969, Buenos Aires. — (Clientela atendida por señoritas)

42 novelas publicadas
42 éxitos definitivos

Pida la lista de las novelas publicadas en la

COLECCION PRINCESA

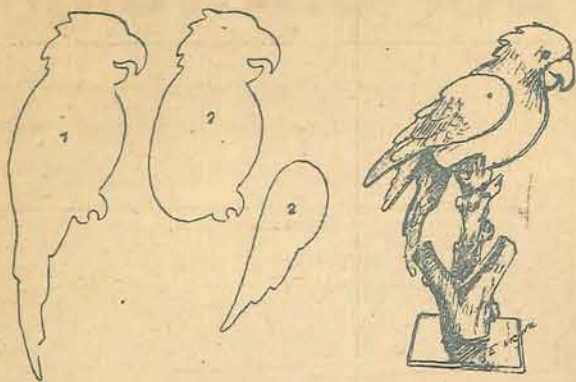
De venta en todas las buenas Librerías

Editor:

EUGENIO SUBIRANA

Apartado 203 - BARCELONA

COMO SE HACE UN JUGUETE SENCILLO



UN LORO: Los números indican la cantidad de partes iguales que hay que cortar de cada patrón. Se dibujan los moldes en una lámina de madera terciada y luego se recortan con una sierra. Colocadas las piezas (exceptuando las alas), como indica el modelo, se fijan mediante clavitos sin cabeza y luego se pintan al óleo. Ya terminado, puede colocarse el loro sobre un tronquito de árbol, un pie de madera o simplemente sobre un aro de mimbre.

EL NIÑO Y EL LIBRO

Por MARIE HOLLEBECQUE

(Para LA NACION) PARIS, enero de 1930



NUESTRO los descubrimientos de los cuales nuestro siglo puede enorgullecerse, hay uno que se olvida casi siempre mencionarlo y que, sin duda, aparecerá ante el porvenir como uno de los más originales: el descubrimiento del niño.

No es, en efecto, una paradoja decir que las sociedades del pasado, por previsoras que fuesen con respecto al niño, no lo conocieron.

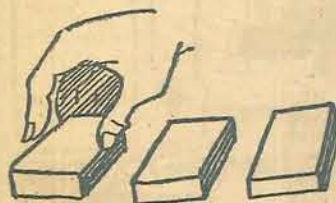
Ha sido necesario medio siglo de estudios sistemáticos y la introducción de los métodos de la psicología experimental en las escuelas para echar por tierra muchos de los prejuicios seculares concernientes al niño.

Hasta los últimos veinte años, los sabios y los educadores consideraban todavía al niño como un hombre en pequeño, como un esbozo de la edad madura. Se le educaba, en consecuencia, no para él mismo, sino para prepararlo a la condición que bien pronto alcanzaría. Sus juegos, sus trabajos, su indumentaria y hasta su mantenimiento estaban calculados sobre los de los adultos y con el designio de educarlo para su rol futuro.

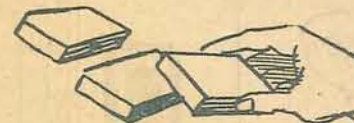
COMO HACERSE PRESTIDIGITADOR

¿Dónde están los fósforos?

Coloque tres cajas de fósforos sobre una mesa. Tome luego la



primera y sacúdala. Se oirán los fósforos que hay dentro de ella. Vuelva luego a sacudirla y no sólo ya no se oirán los fósforos,



sino que éstos habrán pasado a la tercer caja.

El secreto consiste en que las tres cajas se hallan en realidad vacías y en cambio Vd. tendrá atado al puño de su camisa una caja llena. Si sacude las cajas



con la mano derecha se oirán los fósforos y cuando quiera que éstas figuren como vacías, no tendrá nada más que sacudirlas con la mano izquierda.

La ciencia está en camino de enseñarnos que el niño no es una imagen reducida del hombre, sino un ser particular de caracteres propios y a quien conviene hacer vivir, bajo la dirección inteligente de los educadores, una vida libre y favorecida.

Para dirigir al niño no hay que apelar ya a principios abstractos, sino a las lecciones vivas que se desprenden de sus juegos, de las sociedades secretas que organiza, de sus reacciones emotivas en presencia de ciertos espectáculos como las fiestas, el teatro, el cinematógrafo y el trabajo de su imaginación como consecuencia de sus lecturas.

La imaginación... He ahí su cualidad por excelencia. Esta le guía a través de la multitud de cosas que solicitan sus sentidos y que obra con tanta más fuerza cuanto que su personalidad no está formada.

Además de creer que participa de la naturaleza de las cosas, todavía se encarga de dotarlas con vida semejante a la suya.

Para él, como para el hombre primitivo, el sol, la luna, la lluvia, el trueno, son personajes cuya existencia está llena de acontecimientos y cuyo poder no tiene límites. El niño les atribuye—y esto es un hecho universal que no admite excepción—deseos, ideas y sentimientos análogos a los que él mismo siente.

En esas tentativas para animar el mundo de las cosas, para imitar o reproducir la vida, ¿cuál es la parte que corresponde al libro?

Que cada cual analice su pasado y hallará en él, frescas aun, las emociones que acompañaron a sus primeras lecturas. Que una generación se interroge, y descubrirá el origen de sus actividades en los libros de su infancia... Todos saben la influencia que tuvo Julio Verne en los descubrimientos que siguieron a la publicación de sus libros. Del mismo modo que "La casa de vapor" sugirió, en 1907, el proyecto de una carrera de automóviles entre París y Pekín, es casi seguro que el "Nautilus" de "Veinte mil leguas de viaje submarino" y la aeronave de "Robur el conquistador", fueron el punto de partida de todas las investigaciones relativas a los submarinos, los dirigibles y los "Máscas pesados que el aire". La fe que había hecho nacer en el corazón de los jóvenes se transformó, cuando éstos fueron hombres, en actos y descubrimientos.

Como consecuencia del hecho que el niño y el adolescente se entregan plenamente a la atracción de un relato novelesco, éste se convierte para ellos en una forma de la realidad. De ahí su tendencia a buscar en la vida los héroes de sus cuentos,

y en los mapas la isla de Robinson.

Pero en cuanto a esos héroes ficticios—los héroes de sus cuentos—, se produce en ellos un fenómeno extraño. Por fuerte que sea su individualidad, no resiste al poder del niño. Son, pues, personajes de los que puede apoderarse. Sin esfuerzo, se convierte sucesivamente y a su antojo en Robinson, Ivanhoe, Miguel Strogoff, Mowgli o Tom Sawyer: hoy marino o explorador y mañana ladrón, indio o emperador.

De este modo, gracias a los personajes de sus libros, el niño franquea los límites de su pequeña vida reducida y tan bien reglamentada por sus padres. Entra, pues, en la acción; sufre la serie de experiencias y emociones humanas; multiplica sus fuerzas mediante la alegría, el miedo, el heroísmo o la compasión, y hasta llega pronto a descubrir la vida moral.

En efecto, no se es impunemente Rolando, Ben Hur o Matías Sandorf; no se penetra en vano en esas almas ardientes y honradas, como lo son las de los héroes; uno no se exalta con la grandeza de sus actos sin que el espíritu no reciba su lección.

Pero, además, gracias al libro, el niño realiza en imaginación las más asombrosas proezas. Recorre y surca a voluntad el mundo, del que nada conoce en absoluto. Explora el Mediterráneo con Ulises y Jaso; penetra como a su casa en Bagdad, siguiendo los pasos del califa Harún-al-Raschid; emprende con Fileas Fogg un viaje alrededor del mundo en ochenta días; sube hasta la luna, siguiendo a los héroes de Julio Verne y de Wells.

Hecho esto, no se contenta con reinar sobre el espacio; quiere también poseer el tiempo. Gracias a esos libros maravillosos que cuentan la historia de los hombres del pasado, entra en amistad con Aquiles, por la "Ilíada"; con Carlomagno, por "Los cuatro manebos Aymón"; con Richelieu, por "Los tres mosqueteros"; con Napoleón, por "El recluta de 1813". Grecia, la India, Egipto y la China, la Europa de la Edad Media y de la Revolución se hacen para él tan familiares como su propia época y su país natal.

Y a medida que conoce mejor el tiempo y el espacio, extiende sus relaciones con los hombres y los quiere a todos. A decir verdad, nadie está más libre de prejuicios respecto a pueblos y a razas que el niño, y a sus libros más que a sus educadores lo debe.

Tal vez aun en ese ímpetu de simpatía universal van demasiado lejos. El bandido, el pirata de los mares, el matón, el filibustero, le agradan tanto como el explorador, el caballero o el sabio, siempre que sean audaces y francos.

¿Qué importa! Más vale un exceso de generosidad que demasiada desconfianza. Por lo demás, la razón que se forma en él y se desarrolla cada día va a reprimir pronto esos extravíos de la imaginación. Que no obre, sin embargo, hasta hacerle deplorar el haber preferido Jean-Paul Choppard, Pinocho y Tom Sawyer a "Las niñitas modelo".

Pero el influjo del libro no se detiene ahí. Obra todavía de manera sutil e insinuante en la imaginación del niño por medio de las palabras y el estilo.

En efecto, el niño siente amor a las palabras por las palabras; se encanta con los términos nuevos, los busca y los colecciona. Es un apasionado del lenguaje, y en sus libros junta las imágenes verbales con el mismo placer con que otros harían un ramillete.

Los nombres, desde luego, obran poderosamente sobre su espíritu, gracias a su sonoridad. Le gusta repetir los del bandido Hadji-Stavros del "Rey de las montañas"; de Farizada, la de la Sonrisa de Rosa,

la heroína de las "Mil y una noches", del lindo Pecotín y de la bella Boldur, cuya leyenda relató Víctor Hugo; de Joyosa y Durandal, las famosas espadas.

Un título, una fórmula ilustrada cantan en su cerebro durante semanas. ¿Cómo podría olvidar los cuentos de Andersen, de fascinadores títulos: "La vieja que hacía magia", "Moelle de Sureau", "El enanito Guñador", "Cinco en un bote"; el capítulo de las "Aventuras de Alicia en el País de las Maravillas", titulado "Tres locos tomando té", y el libro de Sandburg "En el País de Rutabaga", donde los héroes viajan en el "ferrocarril en zigzag" y van por las comarcas irreales, donde encuentran chanchos con haberos, hormos para payasos de circo, aldeas de hígado con cebollas y barrios enteros de coles a la crema.

¿Cómo no le encantarían con las expresiones extraordinarias que se repiten como un estribillo en los cuentos de Jean Macé, de Carlos Nodier y de Kipling! Basta abrir el volumen de "Histoires Comme Ça" para encontrarse en su reino verbal. Encuentra en él al hombre de "infinitos recursos y sagacidad", "la serpiente pitón-bicolora de las rocas", "la tortuga rechoncha y palurda", el "Gato que se va solito, despacito, despacito, con paso afelpadito". De todos los niños que han leído ese cuento y a quienes hemos interrogado, no hay uno solo que haya olvidado ese "paso afelpadito".

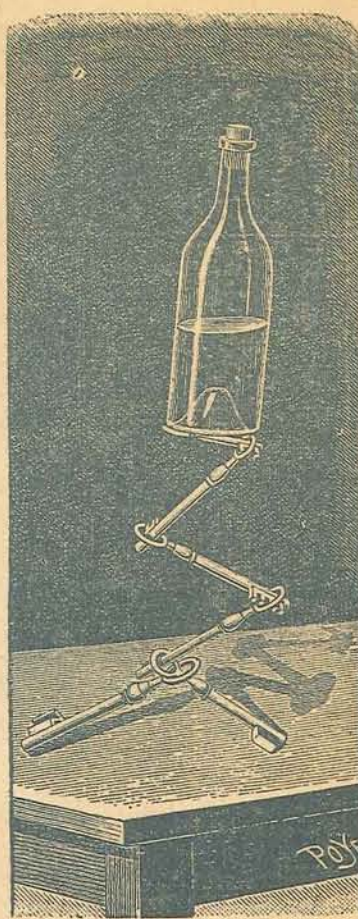
Sin duda, hay un fondo de cuentos común a todos los niños del mundo y que se podría repetir con seguridad. Pero si se quedaran en las leyendas del pasado o en las novelas del siglo anterior, no se daría paso a la renovación de la vida.

Lo mismo que el hombre, el niño varía según la época en que se le considera y su imaginación sufre las influencias del medio en que vive. El niño de hoy día no siente ni piensa ya como el niño de ayer. Se mueve en un mundo de ideas, de imágenes y de deseos que los niños del pasado no conocían.

Estando al corriente de los maravillosos inventos de la ciencia, no puede el que ve pasar por el aire los aviones y los dirigibles, surgir del fondo del mar a los submarinos y que maneja la radio, leer con entusiasmo y credulidad las novelas que encantan a su padre y a su abuelo. Los propios libros de Julio Verne, cuyas previsiones se han realizado, ya no encierran para él ningún misterio.

Y, sin embargo, cuando llega la época de los aguinaldos, la fiebre que le causa el deseo y la espera de los libros nuevos sigue siendo periódica. Espera que le abran las puertas de los dos mundos encantados: el de los sueños y el de la realidad.

Si los hombres amaran al niño, no por ellos, sino por él mismo, se unirían, a pesar de las fronteras y de los intereses



UNA BOTELLA SOSTENIDA POR UNAS LLAVES

PROCURENSE unas cuantas llaves de puerta común que por ser más grandes le darán mejor resultado, pero cuidando de volver a colocarlas en su lugar una vez terminada la prueba. Elija las mayores para hacer con ellas la base de esta extraña columna. Introduzca el anillo de una dentro del de la otra y luego la llave de una tercera como lo indica nuestro grabado, y siga así sucesivamente buscando siempre más o menos, el centro de gravedad. De esta manera, cuando llegue a la última llave ésta se encontrará en posición casi horizontal y le será fácil colocar cualquier objeto sobre ella. A fin de hacer la prueba más interesante, conviene, una vez seguro de la estabilidad de su aparato, elegir objetos frágiles como ser un plato, taza, botella, etc. En el último caso, si llena la botella de agua, tenga cuidado de que el nivel de ésta no suba más de la mitad, pues cuanto más alto vaya, más dificultará la operación.

particulares, para ofrecerle todos los años el aguinaldo que espera. ¿Qué era nueva de alegría y de concordia comenzaría entonces, si los escritores de cada nación se esforzaran en escribir para la juventud las obras con que ella sueña!

¿Por qué, aun antes de ser solicitados los escritores, no se formaría una sociedad de Los Amigos del Libro Para el Niño? De ella saldría la iniciativa de esas nuevas publicaciones que, esparcidas por todo el mundo, llevarían a la juventud, con gran alegría, el amor por la acción y la idea de concordia que preocupan a las generaciones actuales.

EL AHORRO

INSTITUCION ARGENTINA DE CREDITO
ESTABLECIDA EN EL AÑO 1911
LAVALLE 302 BUENOS AIRES

Una cuenta bancaria

ahorra preocupaciones y

siempre produce ventajas.

ABRA Ud. SU CUENTA

en el Banco "El Ahorro": porque abona el 3 o/o de interés anual en Cuenta Corriente y el 8 o/o en Caja de Ahorros, pudiendo usted efectuar depósitos o hacer cobrar sus cheques desde las 9 a las 17 horas. Este Banco, además, coloca todo su dinero en créditos sobre propiedades, bien garantizado.

Los depósitos y sus intereses pueden retirarse en cualquier momento.

Opera desde hace veinte años a completa satisfacción de sus clientes.

BETTY

© 1929 N.Y. TRIBUNE, INC.

por C.A. Voight

DE NUEVO LO INESPERADO

(DERECHOS EXCLUSIVOS PARA LA ARGENTINA ADQUIRIDOS POR "LA NACION". CUALQUIERA OTRA REPRODUCCION DE ESTA HISTORIETA EN NUESTRO PAIS DEBE CONSIDERARSE ILEGITIMA).





CARTA DE HOLLYWOOD

FOR
WHITE SCREEN

(Para LA NACION)

HOLLYWOOD, enero de 1939

Una "rentrée" de Dorothy Mackaill

POR la primera vez desde que abandonara—hace siete años—la compañía de revistas de Ziegfeld como una de las tantas "pretty girls" del coro, Dorothy Mackaill volverá a cantar y bailar, cuando la empresa Warner Brothers complete la versión parlante de la película "Luces brillantes", pero esto no sólo lo hará la encantadora Dorothy en calidad de actriz, sino que de estrella de la pantalla. Miss Mackaill estará secundada en su debut de estrella por un conjunto de hábiles actores, entre los que figuran Loretta Young, Nora Lane, William Austin y Anthony Bushnell. Mr. Frank Fay tendrá a su cargo el papel principal masculino. Mr. Frank Bacon dirigirá la producción.

Una fiesta significativa

SID Grauman, el empresario de teatro más popular y de ideas más originales y espectaculares con que cuenta Hollywood, ha ideado una reunión titulada "Una noche de Mack Sennett". Se hallarán presentes los más afamados astros que trabajaron bajo su dirección, y la fiesta, toda pompa y lujo, se realizará a fines de diciembre, en el gran salón de baile y recepciones del Hotel Roosevelt. El empresario invitará a Mr. Mack Sennett y a todas las estrellas y actores que pertenecieron a la antigua compañía Keystone, con la cual Mr. Sennett estaba afiliado en calidad de director general. Entre las actrices y actores que se iniciaron bajo las órdenes del veterano director se encuentran Gloria Swanson, Charles Chaplin, Marie Prevost, Mabel Normand, Ford Sterling, Marie Dressler, Ben Turpin, Phyllis Harver, Besie Love, Cullen Landis, Fatty Arbuckle, Margarit Clark e infinidad de otros.

Restaurantes de Hollywood

CADA restaurante de Los Angeles o Hollywood y sus alrededores significa para su arquitecto o propietario un intenso estudio de combinaciones estéticas, que dan por resultado la construcción en "papier mâché" y "stucco" de extraños edificios. Hay restaurantes del viejo estilo español que parecen castillos feudales, otros que semejan cárceles, sombreros de copa, molinos escoceses, muñecos gigantes, ranchos mejicanos y tabernas que contienen misteriosos pasadizos.

Cada estación veraniega brinda a California una nueva y fresca cosecha de restaurantes con igual superabundancia de exageraciones arquitectónicas. Actualmente, en la avenida Beverly se está construyendo un lujoso restaurante, que es una

copia fiel de una orca canadiense. Estos lugares son generalmente patronizados por los millares de turistas que llegan anualmente a la provincia de las naranjas y de las estrellas cinematográficas. Y, en cuanto a los nombres que los propietarios de estos restaurantes esco-

Una de las últimas fotografías de Adolphe Menjou, que reaparecerá en la película "La moda en el amor"

gen para sus flamantes negocios, son tan raros como las mismas construcciones. Entre

CORREO DEL CINE

los nombres he notado los siguientes: "Tome y coma", "La parada feliz", "La cocina loca", "El muchacho gordo", "Pedro, el que a usted le gusta", "Capitán Kuku", Erique, el del pollo", etc.

Una adquisición de Cruze

HOLLYWOOD se siente un poco temeroso de la pluma, algunas veces agresiva, de Mr. James Tully, pero al mismo tiempo no deja de reconocerse la habilidad e inteligencia al diminuto escritor y escenarista irlandés. Su último libro, titulado "Circus Parade", ha sido comprado por Mr. James Cruze para ser llevado a la pantalla y adaptado al micrófono tan pronto como Mr. Cruze termine de poner la obra en su forma cinematográfica. El argumento del libro se relaciona con las experiencias personales de su autor, cuando siguió de pueblo en pueblo a un circo y a cuyo elenco circense entró a formar parte en calidad de barrendero, actor, músico y vendedor de confituras.

Eleanor Boardman cantará

ALGUNAS veces una lista de reparto ofrece interesantes novedades. Hoy, por ejemplo, la lista de personas que tomarán parte en la impresión de la película "Deseo", a ser producida por la compañía Colorat Synchronone, hace saber que Eleanor Boardman será la estrella del "film".

Miss Boardman, una de las más activas actrices del celu-

loide en los días de las películas silenciosas, volverá a presentarse frente a las cámaras y el micrófono en esta producción, que será la primera película hablada de la actriz. Miss Boardman, desde que tomara parte en "She Goes to War", no ha vuelto a trabajar, y durante este periodo de aparente inacción la estrella ha estado tomando lecciones de canto junto con su esposo, el director King Vidor.

Tal vez "Deseo" nos muestre una Eleanor Boardman que cante y hable tan bien como actúa.

Cuestión de barbas

LOS amplios "studios" de Burbank abrirán sus puertas a la invasión de siete mil "extras" para trabajar en la película "El canto de la llama". Todas las "extras" masculinas a emplearse en esta película usarán sus genuinas barbas. El director de la "superproduction" no quiere que en su "set" se repita el caso habido en la impresión de la película "El patriota", donde en las escenas exteriores, en la capital de los zares, cada vez que los ventiladores entraban a funcionar y la nieve a azotar los rostros de los soldados, las barbas postizas de éstos se desprendían, dejando afeitados a los "extras" y arruinando varios metros de celuloide; así que los "extras" deberán probar, previo "shooting", que sus barbas son verdaderas.

Famosos Especialistas en Belleza como DELORD et BION, de París recomiendan este tratamiento como el más eficaz de los métodos caseros de belleza

"Los aceites de palma y oliva científicamente combinados en el Jabón Palmolive, además de poseer el mayor efecto curativo, higienizan correctamente el cutis, verdadera base de la belleza."

A. Delord et Bion
Roger Bion

ENTRE los famosos institutos de belleza de París, uno de los más importantes y más típicamente parisense, es el de Delord et Bion, capitalizado en más de 500.000 francos. Su notable prosperidad lograda en tiempo relativamente breve, se debe a la genial combinación de la ciencia con la estética, de la que son genuinos representantes los dos miembros de esta firma mundialmente conocida.

El ambiente científico que campea en el Salón de Belleza de Delord et Bion es auténtico. Monsieur Armand Delord es un experto creador de belleza con largos años de práctica. Monsieur Roger Bion, aporta a esta sociedad sus modernas ideas técnicas, toque final de perfección del tratamiento Delord et Bion.

Ellos mismos atribuyen gran parte de su éxito a la importancia que asignan al cuidado casero del cutis. En este Salón Parisiense de la Avenida Victor Hugo, se aprende un método para el cuidado del cutis, basado en el uso de un jabón hecho con la mezcla de los aceites de palma y oliva... método que recomiendan los expertos de todo el mundo y que ha llegado a ser internacional en su uso.

Si Vd. consulta a Lina Cavalieri o a Vincent de París, ellos le recomendarán este método. Madame Berta Jacobson de Londres y Pessl de Viena, también aconsejan este mismo tratamiento.

Por qué recomiendan aceites de palma y oliva

"Nosotros aconsejamos a todos nuestros clientes el uso del siguiente método", dicen Delord et Bion.

"En primer lugar deben usar Jabón Palmolive, porque éste ayuda positivamente al experto en belleza en su trabajo de mejorar el cutis." "Los aceites de palma y oliva, en la forma en que están combinados en el Palmolive, tienen un notable efecto curativo además de proporcionar una higiene perfecta, que es la verdadera base de la belleza."



Modernismo — tanto en decoración como en tratamientos de belleza... en el instituto Delord et Bion. Sencillos pero lujosos cortinados. Mullidos sillones, amplios y confortables. Elegantes mesas angulares acentúan la idea de arte moderno de las Salas de recibo de este Salón Parisiense.



La mejor manera de usar el Jabón Palmolive

Frótese bien el rostro con la espuma del Jabón Palmolive y agua tibia de manera que penetre en los poros. Enjuáguese luego con agua tibia enfriándose gradualmente. Un lavado final con agua bien fría, refresca y astringe.

Si Vd. tiene un cutis seco, use un poco de cold-cream antes de ponerse polvo y rouge. Para los cutis grasos una loción astringente.

Este sencillo tratamiento explica con elocuencia por qué Palmolive es uno de los dos jabones de mayor venta en Francia, — la cuna de los cosméticos exquisitos. Colgate, Palmolive Peet Lda. S. A. Ind., Bs. Aires.

Cuando las elegantes de todo el mundo buscan el ambiente más parisense para sus tratamientos de belleza, invariablemente visitan el instituto Delord et Bion. Estos inimitables especialistas franceses, proporcionan la combinación justa de lo científico con lo estético que deleita a su exigente clientela femenina.

El jabón Palmolive jamás se vende desenvuelto



35 cts.
la pastilla
3 por \$ 1.

JABON PALMOLIVE

EN LA PROXIMA PRIMAVE- RA SE USARA DE NOCHE LA FALDA LARGA

Por LUCILE

es la femineidad. Es una época de reacción. Vuelven los encajes, las pieles, los chiffons y todo lo que sea delicado y exquisito. Mi colección se ha inspirado en esas tendencias. En mis salones ocupan un lugar prominente las panas "imprimée", que he hecho preparar especialmente para mis modelos de noche, con fondo negro y grandes flores blancas. También empleo cinta de terciopelo para cinturones. Entre mis modelos tengo algunos con caderas envueltas, que, según creo, no se ven en otras casas. Uno de mis modelos sencillos de noche es en pana negra imprimé, con un diseño grande en marfil, cayendo en graciosos "drapeaux", con bordes en chiffon.

Este modelo tiene cinturón alto con cintas negras y marfil. Otro modelo en muaré rosa tiene un cinturón en cabritilla dorada, con dos franjas que ajustan el cuerpo, y capa de lo mismo, que repite el corte "cola de pavo real" de la falda. Otro modelo es en chiffon negro y tiene rayas anchas en blanco con motivos de flores.

Un tapado en satén tres cuartos tiene reverso y echarpe en plata, que repite el diseño del vestido.

Otros vestidos son en blanco marfil, uno en pana y otro en satén y caen hasta el tobillo en "panneaux" desiguales. Las caderas se envuelven en franjas de marfil, que sostienen los "panneaux" y ajustan la silueta. En un vestido en tul violeta azulado y satén, cayendo con vuelo en puntas, hay un bordado en acero con cinta haciendo juego. Las líneas del cuello se usan tanto en punta como redondas. Algunos modelos son en diagonal y otros con puntas triples invertidas, sujetas entre sí por una cadeneta de piedras.

Con estas descripciones se tendrá una idea de lo que vere-



mos de noche en los teatros y salones, pues durante el día los vestidos serán más cortos. Las faldas vaporosas en chiffon, encaje y tul, cuanto más vaporosas, más bonitas, y se llevarán hasta el suelo durante mucho tiempo.

3: Vestido de Premet, en crêpe de Chine marrón con diseños violetas, "plissage" doble al costado.—4: Vestido de tarde en crêpe de Chine azul oscuro



1: Modelo de Andrée, tapado en paño marrón adornado con zorro gris claro.—2: Vestido de Redfern, en terciopelo de seda negro, imprimé en rojo y marrón claro

EL VERDE: COLOR DE MODA

Por SYLVESTRE DORIAN

EN la Riviera, el rojo, beige y gris, y la combinación de negro y blanco, han prevalecido durante las últimas semanas en las reuniones elegantes de la tarde. En el Palais de la Méditerranée observé en una misma mesa tres trajes beige con sombreros rojos, de tonalidades diferentes cada uno. Con traje beige claro, el sombrero era rojo claro, y a medida que oscurecía el tono de uno, el otro le correspondía, de modo

que si el vestido era decididamente marrón, el sombrero era en un rojo otoñal. El beige, que ya se ha vuelto tan clásico como el blanco y negro, está muy de moda, sobre todo en los tonos grisáceos o los más cálidos, con un tinte rojizo en la tonalidad.

El gris perla, en conjuntos completos de tarde, se ve mucho en el Negresco y el Palais de la Méditerranée, con zapatos, medias, guantes, cartera y joyas en tonos grises delicados. Aunque sólo puedan permitirse quienes tengan varios trajes, se prevé que se usará mucho. Hay que tener en cuenta que la moda en la Riviera es la que estabiliza en invierno la moda de la primavera próxima, pues el clima benigno del Mediterráneo ofrece un campo propicio para que los modistas prueben el éxito de sus creaciones antes de exhibirlas en París. Antes de terminar la estación llegan a Cannes y a Niza éstos en persona o envían un representante inteligente para este trabajo de "scout" de la moda.

Siguen a los colores antedichos el blanco y negro. El vestido puede ser negro, adornado de blanco, o blanco adornado con negro, aunque el primero

es el preferido. También el cuerpo suele ser blanco y la falda negra, o viceversa. Se emplean toda clase de combinaciones para oponerse a los que afirman que es una combinación demasiado vista y que envejece a quien la lleva. Observado bien, nos damos cuenta de que en París nada es antiguo; pues si el color es muy visto, se le inventa un corte nuevo, y si es el corte el que no es nuevo, se hace en una tela completamente nueva, de manera que siempre hay una novedad. El negro y el blanco reaparecen en una infinidad de combinaciones originales. Los creadores de accesorios, que ya saben esta característica parisiense, han contribuido con su colaboración original a la obra de los grandes modistas. Jouvín acaba de exhibir una colección nueva de guantes, en blanco y negro, en piel de Suecia y cabritilla, casi todos en forma pull-over. Un modelo de cabritilla blanca tiene un puño corto, cuya franja pasa por una hebilla de ónix, con bordes negros. Otro guante blanco tiene costuras negras y su puño volcado es "ajouré" irregularmente, y otro modelo tiene adornos bordados.

Las carteras "chez Jouvín"

hacen juego con los guantes. Los guantes de noche y de tarde completan conjuntos. A veces una cartera tiene dos pares de guantes. Con todo, los guantes lisos son siempre los más elegantes.

El verde sigue en popularidad a estos colores. Lo usan las muy elegantes, y hará una revelación importante que, a mi vez, he obtenido de Jenny, Joseph Paquin y otros modistas, y es que el verde será el color de moda de la estación próxima. Por ahora se ven los tonos acitunados; se ven mucho en georgette, los crêpes de Chine y marrocaín y crêpe satén. Este tono acituna, en sus acepciones más oscuras, conviene a las siluetas menos jóvenes y que ya no pueden llamarse delgadas, porque afina la figura.

Mlle. MADELEINE

MADemoiselle Madeleine es una de las grandes "couturières" de París; la única que empezó a crear a la edad de diez y seis años. A esa edad vino a París del este de Francia, sorprendiendo a los críticos de la moda con su genio creador. Ahora, aunque en la cuarentena, es tan activa co-

mo siempre y sus modelos son cada vez más variados y distinguidos.

Siempre ha sido conservadora y femenina y jamás creó modas masculinas ni atrevidas; re-concentró sus esfuerzos sobre el corte, la línea y la obra de mano, de donde procedían sus efectos.

Profetizó que la falda corta no podía durar, pues no tenía belleza ni sentido artístico, y ahora afirma que "el vestido largo es el más femenino, el que reúne más gracia y belleza y es el que más gusta y atrae".



Vestido de noche de Madeleine, en encaje con agregados de tul



SOMBREROS
DE
FLORENCE
WALTON

Turbante en terciopelo verde con adorno de hojas en otro tono

Un elegante y original modelo de sombrero, en fieltro de color

DIBUJOS
DE PIERRE
FOSSEY



Vestido de Lucile, en mousseline de soie liso e imprimé

EL ARREGLO DE LAS ESCALERAS INTERIORES

POR
ENRIQUE
DURAND
FONTAN

CON frecuencia se plantea el problema de ubicar dentro del conjunto de un pequeño edificio una escalera que, aun siendo sencilla, posea el atractivo de su originalidad y constituya, además, un complemento simpático del mobiliario del "hall" o del "living-room". Muchas son las soluciones que el arquitecto y el decorador tienen siempre a su alcance. Pero entre ellas lógico es pensar que resultarán más factibles y convenientes las que menor espacio demanden. Las que ilustran estas líneas han sido concebidas con miras a la utilización máxima de la superficie edificada. Una y otra, lejos de constituir elementos separados de los recintos anteriormente mencionados, son parte integrante de éstos. Y claro está que, lejos de constituir soluciones únicas, son sólo un ejemplo de la infinidad de partidos que pueden adoptarse en cada caso especial.

La tendencia actual en la decoración, influida posiblemente por los ejemplos cinematográficos a que la pantalla nos tiene habituados, tiende a la supresión de puertas y a la creación de recintos intercomunicados formando ambientes unidos. Se plantea con esto un grave problema con relación a la frecuente pesadilla de las corrientes de aire, que tanto y tanto preocuparon a nuestros abuelos. En climas fríos, lógico es admitir que tal supresión de puertas es contraproducente; no así en los cálidos, y en especial en las casas de verano.

Otra característica de la arquitectura moderna se advierte en el empleo de plantas y flores como motivos decorativos. Nadie negará la importancia y justificación de tales elementos. En las soluciones señaladas en los grabados notaráse la distinta aplicación de macetas, asunto interesante y cuya difusión es recomendable.

Los nichos decorativos para ubicar el aparato telefónico o un jarrón apropiado no deben descuidarse, pues contribuyen a realzar y mejorar el aspecto de la ornamentación interior.

LA PESCA DE LA TORTUGA

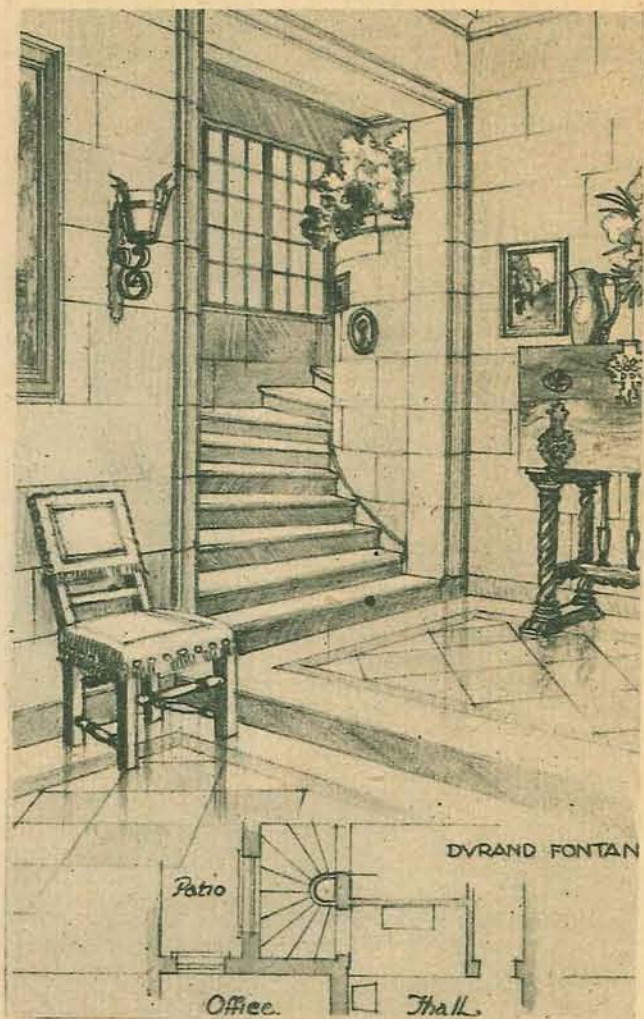
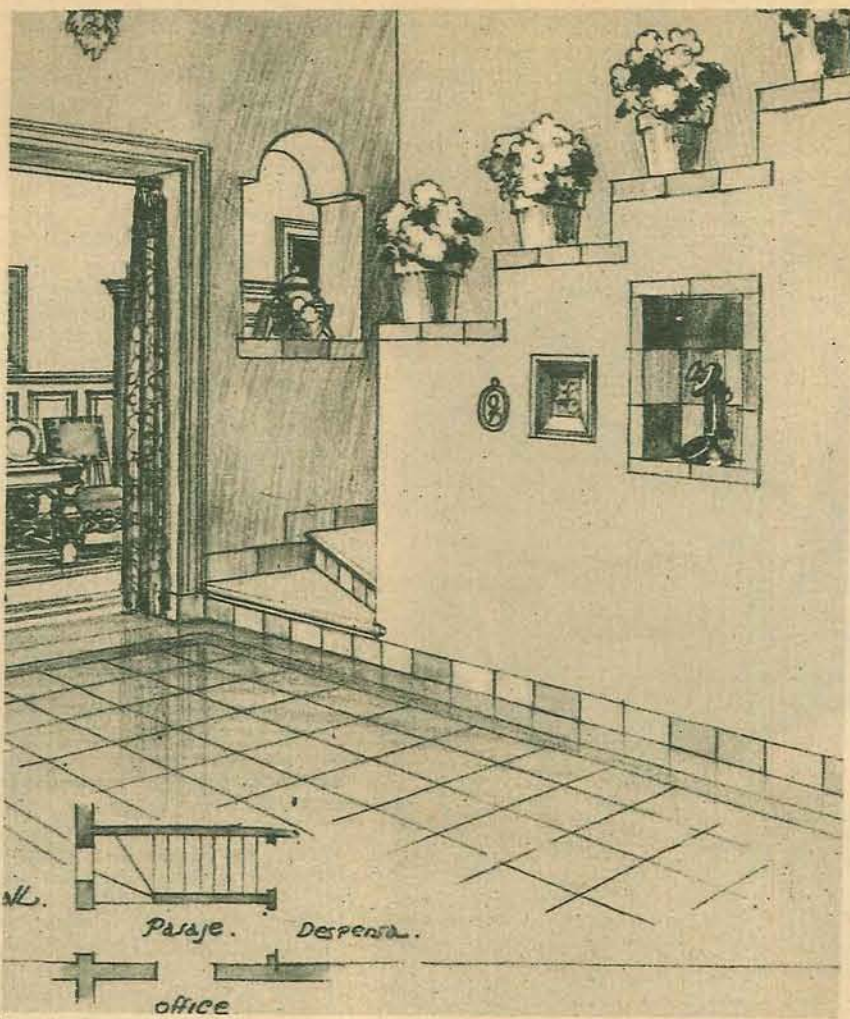
LA tortuga marina tiene la costumbre de dormir flotando en la superficie del agua y su sueño es tan liviano que sienten cuando se acerca la embarcación más silenciosa, huyendo precipitadamente a grandes distancias o sumergiéndose a enormes profundidades.

Por esta razón los pescadores de tortugas han adoptado un procedimiento muy curioso y eficaz, valiéndose de las rémoras. Este pez, como se sabe, tiene la particularidad de adherirse gracias a una ventosa que tiene en la cabeza a los barcos u otros peces. Una vez pescada la rémora, los pescadores le colocan un anillo de un diámetro suficiente como para mantenerse cerca de la cola sin apretarlo demasiado, pero cuidando de que no pueda salir, retenido por esta misma. A este anillo va atada una sogá fina pero bastante fuerte. Una vez preparada, la meten en un recipiente lleno de agua salada, cuidando de camuflarla con mucha frecuencia. Cuando llegan con su barco a un paraje frecuentado por las tortugas, sin acercarse mucho a ellas largan al agua a la rémora que se encarga de nadar hasta ellas adhiriéndose a su caparazón.

Esta, al sentirse prisionera, trata de libertarse, pero después de un tiempo, viendo que sus esfuerzos son inútiles, se aleja lo más posible del barco.

Los pescadores calculan entonces un largo a la sogá igual a la distancia en que se encuentran las tortugas y la rémora, no pudiendo adelantar más, recorre un espacio en círculo, hasta encontrar una tortuga, a la cual se adhiere como un naufrago a una tabla de salvación.

Los pescadores tiran entonces de la sogá y traen a remolque a la tortuga.



Colgate Limpia Los Dientes Mejor

por que recientes pruebas científicas han comprobado que tiene mayor poder penetrante

Su activa y penetrante espuma elimina las impurezas que se echan a perder en los lugares más difíciles de alcanzar, donde los dentífricos ordinarios jamás llegan.

Mérito absoluto — el hecho de que Colgate es un dentífrico doblemente fino — es la razón de su popularidad mundial.

Es recomendado y usado por más personas que cualquier otro dentífrico conocido.

Colgate es mucho más que un simple lustrador de la superficie de los dientes. Es el dentífrico protector que por su maravillosa y penetrante espuma es reconocido por la ciencia como el que posee más fuerza penetrante que cualquiera de los más conocidos dentífricos.

Esta activa espuma de Colgate elimina las impurezas y depósitos de mucina alojados en los intersticios de los dientes, donde los dentífricos ordinarios jamás pueden llegar.

Cuando usted cepilla sus dientes con Colgate, logra algo más que lustrar la superficie inmejorablemente. La penetrante espuma de Colgate posee una notable propiedad ("baja tensión superficial"). Esto significa que penetra en cada pequeña hendidura, ablandando y desalojando las impurezas en descomposición y llevándoselas en una detergente ola de espuma. Esta espuma contiene un fino polvo de tiza, un material usado por los dentistas para lustrar el esmalte brillantemente y con seguridad.



Considere ambas superioridades de Colgate. No sólo lustra la superficie inmejorablemente, sino que debido a su mayor penetrabilidad, limpia donde el cepillo no puede llegar.

Colgate ofrece a usted una "extra"—el hecho vital que da a usted la satisfacción de saber que está usando el dentífrico más usado y recomendado.

Recuerde también que Colgate es más económico—pues el tubo que cuesta \$ 1.20, contiene más pasta dentífrica que cualquier otra marca conocida del mismo precio.

Este bajo precio es posible debido a la producción en gran escala—porque Colgate es el dentífrico de mayor venta en el mundo.

Si usted no conoce aún la Crema Dentífrica Colgate, permítanos enviarle una muestra. Mande el cupón al pie.

Note usted como la Crema Dentífrica Colgate limpia donde el cepillo no alcanza a limpiar.



Diagrama ampliado de los intersticios de los dientes. Los dentífricos ordinarios con "tensión superficial" alta dejan de penetrar en el sitio donde comienza generalmente la caries.



Este diagrama demuestra como la espuma eficaz de la Crema Dentífrica Colgate, con "tensión superficial" baja penetra en los más pequeños intersticios, donde el cepillo no alcanza a limpiar.

GRATIS

Colgate Palmolive Peet Lda. S. A. Ind.,
Santiago del Estero 1997, Buenos Aires.

Sirvanse enviarme un tubo de muestra Colgate.

Nombre

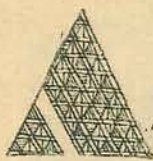
Calle y No

Localidad Prov.
(Escriba claro)

CREMA DENTIFRICA COLGATE

Por JOSE MARIA SALAVERRIA

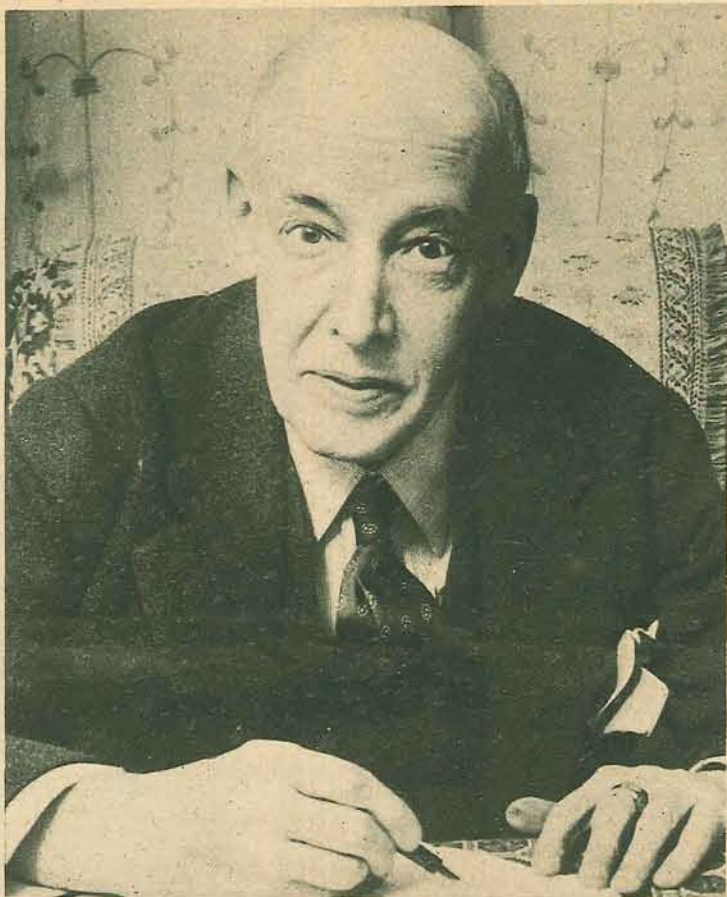
(Para LA NACION)
MADRID, enero de 1929.



El regreso de mi excursión por la América Central, al pisar tierra española, me apresuré a comprar un periódico y conocí la noticia. La muerte de Eduardo Gómez de Baquero me produjo una honda emoción. Yo no alcancé a tratarlo con intimidad, sino con una cortesía correcta; tampoco nuestras respectivas ideologías llegaban a frecuentes puntos de contacto, y es posible que más de una vez, ante los fenómenos políticos, estéticos y sociales, nos encontráramos en franco desacuerdo. Pero la apreciación de los valores de la inteligencia me hizo siempre respetar la figura literaria de Baquero como una de las más próceres en el momento intelectual español, y en este sentido he lamentado con emoción verdadera la pérdida irreparable.

Precisamente había yo escrito, pocas semanas antes, un artículo en el que traté de fijar la actitud de mi pensamiento frente a la personalidad del ilustre escritor que acaba de morir. Entonces también, como con tanta frecuencia suele ocurrirme, no faltaban lectores que interpretasen mis juicios en forma desviada. Tengo la desdicha, cuando me dedico a hacer semblanzas o retratos de escritores, de producir disgustos a uno y otro lado, sin duda porque me falta el don de repartir las alabanzas y las censuras con una cierta cautela o habilidad; probablemente soy un retratista que usa el claro-oscuro con demasiada viveza, cuando lo que priva por ahí, y lo que todos prefieren, son los retratos al pastel. De cuanto en aquel artículo dije sobre la figura literaria de Gómez de Baquero, nada tengo que omitir. Al contrario, mucho de lo que escribí entonces me verá obligado a repetirlo ahora.

Eduardo Gómez de Baquero presentaba ciertas semejanzas con algunos escritores franceses del tiempo próximo anterior; con Remy de Gourmont y con Paul Souday, por ejemplo. Pero aquí se revela una singularidad de Baquero: que siendo una inteligencia tan orientada hacia afuera, sobre



todo hacia París, se conservase, sin embargo, tan española. Y omito la palabra "castiza" por lo que esta expresión va teniendo de basto y callejero. Al revés, la inteligencia de Baquero significa la oposición al espíritu de la calle. En él se daba como en ningún otro ese tipo de señor madrileño, mejor aun, de señor cortesano, como ya cada día existen menos ejemplares auténticos. Era en este sentido un hombre retrasado, pues donde se hubiera visto bien situado y bien a gusto sería en el ambiente madrileño de la segunda mitad del siglo XIX, cuando en Madrid podía aún vivirse al estilo de corte o de capital burocrática y aristocrática de España, entre academias, salones, tertulias de políticos constitucionales, despachos de ministros y redacciones de periódicos en que se forjaban las crisis de los gobiernos.

Ya que no podamos decir que Gómez de Baquero fuera un escritor de salón, porque lo vedaban su independencia intelectual y sus fueros personales, podemos significarlo como un escritor de club. No es frecuente, ni mucho menos, este género de literato en España, tanto como tiene que ser abun-

El escritor y académico español Eduardo Gómez de Baquero (Andrenio), fallecido recientemente

dante en Inglaterra. Baquero era el hombre de buenas maneras que lo encuentra todo en su club: una biblioteca enciclopédica, revistas y diarios extranjeros, especialmente de París y Londres, y un ambiente confortable. Sus compañeros de club, que poseen una cultura media, pero que no tienen tiempo ni costumbre de leer demasiado, le reciben siempre con placer y respeto, y entonces él, con un tono de voz normal, sin gestos, sin pedantería, con el lenguaje propio de una persona de sociedad, les habla durante un cuarto de hora seguido, de un tirón, fácil y agradablemente. Cuenta sus impresiones de lectura, dice oportunas palabras sobre el libro o el hecho más destacados, traduce o apostilla lo más importante de las revistas extranjeras, facilita a los demás el acceso a las ideas circulantes. Ya está un artículo. Y como este mismo artículo, ninguno mejor que otro, ninguno demasiado lánguido ni demasiado vehementemente, producía treinta, sesenta, quién sabe cuántos artículos mensuales.

En efecto, más que artículos eran conversaciones. No se advertía en ellos la mecánica de lo gráfico, sino de lo verbal. No parecía haberse escrito párrafo tras párrafo sobre una mesa y en la soledad, sino pronunciados delante de un grupo de amigos. ¿Es propiamente la elegancia (elegancia en el verdadero sentido literario) lo que distingue a la prosa de Andrenio? Mejor sería decir que es una prosa de buena educación. Como en el caso de los buenos conversadores de club, los artículos de Baquero nunca fastidiaban, nunca resultaban inconvenientes, groseros o pesados. Es verdad que tampoco llegaban nunca a apasionar. Podíamos leer el título y pasar; pero si penetrábamos nada más que diez líneas en el artículo, estábamos seguros de llegar sin tropiezos hasta el fin. Tales eran la normalidad y claridad de las frases, la soltura y corrección con que iban trabadas, el natural estro del vocabulario y la accesibilidad de las ideas. De modo que el acto de leer un artículo de Andrenio sugería la sensación de un deslizamiento. Sabíamos siempre de antemano que no íbamos a tropezar con nada impresionante, violento, saliente, agudo, desacostumbrado.

Carecía de la aptitud crea-

LA FIGURA DE BAQUERO

dora, como si su imaginación estuviera exenta de todo poder fantasista por un exceso de lo que, quitándole toda acepción peyorativa, llamaremos el triunfo del sentido común. Diríase que desde el principio se hubiera propuesto Gómez de Baquero amputar en sí mismo la fantasía, por un voluntario culto de ese razonar prudente, de esa ideología correcta y de término medio que le condujo a ocupar el puesto de la delantera entre los articulistas españoles, pero que le condenó a tan singular esterilidad imaginativa. Tan bien dotada como estaba su pluma, no ha dejado, sin embargo, una verdadera obra de creación, una novela, un cuento, una evocación literaria o costumbrista, un ensayo original.

Todo parecía tener que empujarlo hacia una ideología de las derechas burguesas. Efectivamente, por muchos años escribió en "La Epoca", el viejo diario conservador. Pero al final abandonó los periódicos conservadores y pasó a escribir en los liberales. Fue en el tiempo de la guerra europea. Su amor a Francia le hizo dejar el trato con sus antiguos lectores, aunque en realidad no abandonó el club; se trasladó a otro salón y otra tertulia del club, y esto fue todo. Se declaró liberal, y hasta puso en declarar cierta insistencia y exageración, como si quisiera hacerse perdonar la culpa de haber sido durante tantos años, y probablemente sin una íntima convicción, un firme baluarte de la doctrina conservadora.

En seguida pudieron observarse los efectos de esta nueva postura. Gómez de Baquero, que no había tenido hasta entonces un público numeroso, se transformó en un escritor de muchedumbre. Andrenio es el último gran éxito literario promovido por el radicalismo político. El otro gran éxito de igual carácter fue Miguel de Unamuno. Mientras Unamuno se mantuvo indeciso en política y era adicto y amigo del rey Alfonso y del Conde de Romanones, la juventud liberal no le hacía caso; pero apenas se entregó al radicalismo político y a injuriar al monarca, el gran público acudió a su lado. Toda la vida emitiendo notas agudas en vano, y un buen día, con sólo dar la nota más fácil, la más desdenada, se logra lo que tanto se había deseado. Del mismo modo, en cuanto se erigió en definidor y propagandista de las ideas liberales, Gómez de Baquero pasó a ser un escritor de gran público y se atrajo la devoción de la juventud progresista y de la burguesía liberal.

La fertilidad de espíritu y las ideas liberales de Gómez de Baquero le hacían adquirir un aire de asombrosa juventud a la mirada de mucha gente. Con todo, si examinamos con alguna insistencia la personalidad del eminente escritor, tal vez descubriremos que la época que mejor le corresponde es la de la Regencia. Y veremos además, si observamos bien, que ha sido un escritor que ha llegado hasta nuestros días saltando por encima de la conmoción intelectual del 98 y de todos los acontecimientos espirituales que se han sucedido después, sin contaminarse, sin dejarse arrastrar por ellos en realidad. Si Gómez de Baquero hubiera sido milagrosamente trasladado a los años en que Cánovas del Castillo gobernaba y Valera y Clarín escribían, no se advertiría ninguna violencia; la prosa y la manera de hacer de Andrenio, y su radicalismo de hombre de club que ama la buena vida y la libertad, hubieran encajado perfectamente en el Madrid de fines del siglo pasado.

Era pequeño de estatura y cargado de espaldas; el rostro flaco y de una palidez transparente, como el de los tomadores de drogas. A primera vista daba la impresión de tener muchos más años de los que realmente contaba. Pero sus ojos se mantenían vivaces, y por su rostro un tanto espectral vagaba siempre un punto de sonrisa. Hablaba con acento entero y con facilidad, y se daba con deleite al tabaco. Presumía de vestir bien. Era, en fin, el hombre sensual que sabe administrar sus volutuosidades y que le toma a la vida cuanto, sin recurrir al exceso o la extravagancia, la vida puede dar.

Este materialismo de burgués o de funcionario oficial, este sensualismo lleno de prudencia, se reflejaban exactamente en su literatura. La cual, como por inclinación espontánea, seguía el mismo curso ideológico que el radicalismo materialista francés de antes de la guerra. El pensamiento de Baquero se educó en la escuela política, literaria y filosófica que dominaba en Francia al final del siglo pasado, y de esa especie de servidumbre no se libró ya más. Había absorbido todas las substancias intelectuales que daba de sí el asunto Dreyfus, visto desde el lado de la izquierda, y no pudo o no quiso variar de religión, como quien dice. En los últimos años, desde las columnas de "El Sol", acentuó su campaña liberalista, abriéndose cada vez más benévola a toda teoría o acción radical, con una cierta blandura descendiente de madrona que ha vivido su vida. No pretendamos, pues, buscar en Gómez de Baquero aquellas torturas morales, aquellas dudas y angustias o aquellas dramáticas curiosidades y rectificaciones que hacen tan atractivos a ciertos literatos. Era un espíritu de tono medio, razonable y sensato, apto para mantenerse fijo en un partido determinado y para exponer en cualquier momento ideas que nunca rebasaran los límites del buen sentido burgués-liberal.

En una nación bien constituida, mentalidades como la de Eduardo Gómez de Baquero son de una indiscutible utilidad. En los países de gran densidad literaria siempre hay una buena reserva de ellas, sirviendo para darle a la vida intelectual un permanente tono decoroso. Decoró intelectual, en efecto, fue lo que principalmente aportó Baquero a nuestra república literaria. Al desaparecer de la vida, con el silencio de su pluma ha dejado entre nosotros un hondo y triste vacío.

Segundo poema para el amigo muerto

Frente amplia y ojos claros. ¡Cómo te ronda la noche! Tristeza que se dobla en los árboles de la calleja nocturna y una plañidera angustia en las esquinas desiertas de la madrugada. ¡Qué hermoso grito levanto, hermano, para evocarte!

La noche está acunando tu presencia inmóvil y tienes la voz blanca del silencio. ¡Referencia inviolable de la eternidad! Mi cariño se salva en las zozobras del tiempo porque ya no tienes alternativas para el ayer y el mañana.

Frente amplia y ojos claros. Abolición de puertas y de tabernas. ¿Qué anecdota fomentarán ahora tus palabras? Tu amistad es la dimensión oculta donde el pensamiento se torna aciago. Yo sé que tu biografía es una pausa meditada y un gran suspiro.

Guitarra sin cuerdas, campana de palo, esta palabra sufre. Hay un patio con un árbol y un perro que siempre te esperan en desvalida soledad. Y mi sentimiento que se ensancha para todos como una mano anciana.

¡Frente amplia y ojos claros! ¿Quién asumirá tu voz, tu voz redonda y fértil como la pampa? ¡Y en cuales ojos encontrará presencia la protesta insobornable de tus ojos!

Tu perenne actualidad es un ademán virtuoso que mantiene el tiempo.

Roberto A. Ortelli

EL POLVO Y EL SOL

envejecen el cutis



El uso diario de la

CREMA HINDS

LO REJUENECE

PIDALA DONDE VENDAN ARTICULOS DE TOCADOR

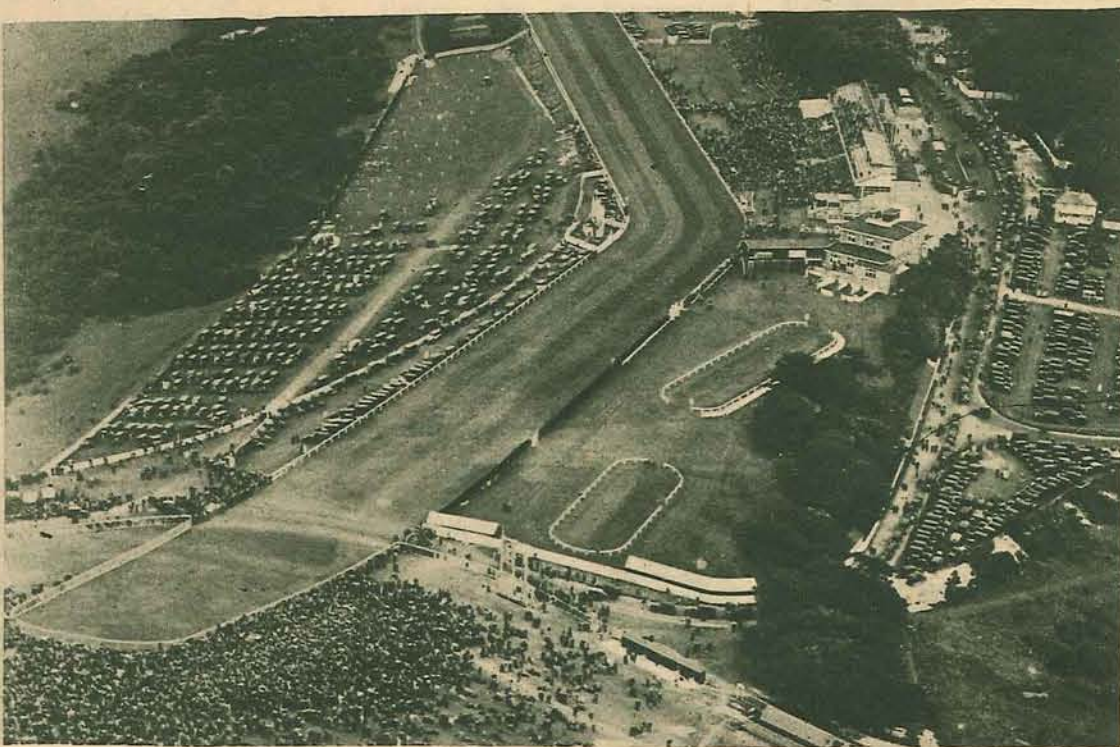
SPORT EXTRANJERO



Los concursos para menores en monopatines y bicicletas van teniendo extraordinario auge en París. Aquí aparecen dos futuros campeones ciclistas que exhiben su satisfacción por el triunfo obtenido en las carreras para niños de 7 a 13 años



Estas jóvenes nadadoras, antes de tirarse al agua, necesitan realizar unos cuantos rounds de boxeo para fortalecer los músculos. El instructor del club, Andy Bowen, antiguo boxeador, actúa como árbitro del improvisado combate, que finalizó con el knock-out de una de las competidoras



Un aspecto aéreo de la pista de Goodwood, en una de las jornadas clásicas del turf británico



"Lady", la pequeña perrita pekinesa, mascota del boxeador Ace Hudkins, aparece casi perdida entre los guantes del famoso mediano de la Unión



PALAIS DE LA
MEDITERRANEE
(Casino)

NICE

Eternal Spring
Immortal Joy





Heidelberg. Plaza del mercado y Palacio Municipal



La ciudad vista desde el "Paseo de los Filósofos"



La Universidad de Heidelberg, fundada en 1386



Si se suponer que ha llegado hasta la América del Sur la fama de esta ciudad, en lo que se refiere a sus encantos extraordinarios, y que también allí vive en el recuerdo de quienes han tenido ocasión de oír hablar de su fisonomía moral y de su gran pasado histórico. Seguramente habrá sido asimismo comentada la extraordinaria belleza panorámica, que caracteriza a esta ciudad de los profesores y de los estudiantes, de los burgueses y de las jóvenes bonitas, y, probablemente (así, al menos, lo supongo) ha sido también dada a conocer en Buenos Aires la obra teatral "Viejo Heidelberg", ya sea sobre las tablas o en la pantalla. Por esta razón, quizá sea más completo de lo que podría parecer a primera vista el conocimiento objetivo que se tiene en Buenos Aires del lugar a que me refiero.

Pero quizá sea, justamente por esto, más interesante para los lectores de LA NACION una composición sobre Heidelberg.

Ahora bien, lo más natural para mí sería limitarme aquí a transcribir todos aquellos recuerdos que conservo de Heidelberg, y que constituyen algo así como un sueño feliz, que ha quedado grabado en mi memoria con caracteres indelebles. Han pasado ya casi 30 años desde mis días de estudiante en Heidelberg, y aun siento que el recuerdo de aquellos tiempos conmueve mi corazón, como lo hace también cada una de mis vueltas a la ciudad, en que pasé los primeros años de mi juventud académica. Pero comprendo que el lector de estas líneas no puede sentirse conforme con estas divagaciones solamente y, por ello, trataré de referirme a hechos concretos, para ofrecerle así algo más que una mera impresión, y darle algunos informes.

Heidelberg es actualmente una ciudad de unos 75.000 habitantes, y que posee una larga tradición. Si bien es cierto que no pertenece precisamente al grupo de ciudades alemanas más antiguas, ha desempeñado, sin embargo, un papel importante en la Edad Media, y poseía ya entonces una fama, que excedía de los límites locales. Esta fama se debió desde el principio a la circunstancia de desempeñar Heidelberg un papel importante en la vida intelectual europea, por ser una ciudad universitaria.

En efecto, Heidelberg posee la más antigua universidad de Alemania, fundada en 1386 por el Conde Rupprecht del Palatinado. (Debe tenerse en cuenta que esta ciudad pertenece, etnológicamente, al llamado Palatinado Renano, que se extiende a derecha e izquierda de la porción media del Rin; pero que, políticamente se halla dividida en dos porciones: el Palatinado Occidental, perteneciente al Estado Libre de Baden, y el Palatinado Oriental, que forma parte de Baviera).

La Universidad de Heidelberg ha conservado su buen nombre a través de los siglos. La renovación, llevada a cabo bajo el gobierno del Margrave y Elector Carlos Federico, uno de los más simpáticos representantes de la época del Renacimiento, transformó la Universidad de Rupprecht en una

universidad de Rupprecht-Carlos, conocido aún hoy en todos los círculos del orbe, como la "Ruperto-Carola", y que recientemente ha sido favorecida por una generosa donación, obtenida desde los Estados Unidos, y que le ha permitido efectuar una importante ampliación de sus instalaciones.

Durante el siglo XIX el antiguo brillo de la alta escuela de Heidelberg, ha sido reanimado, y, aun actualmente, la Universidad de esta ciudad cuenta entre los primeros institutos de enseñanza superior, existentes en Alemania.

Y es precisamente en la Universidad de Heidelberg donde subsiste aún con mayor claridad ese ambiente de amplitud, de belleza y de libertad espiritual, que han sido tradicionales en la vida académica alemana.

Sin embargo, no debe creerse que esta universidad posee solamente un valor tradicional. Es un instituto enteramente moderno, como lo prueba la existencia de una academia especial para la realización de investigaciones relacionadas con el estudio del cáncer, y todos los problemas importantes de nuestros tiempos son tratados en él en toda su amplitud. Se trata, pues, de una feliz combinación entre la ciencia moderna y la tradición, en su más alto significado.

Pero la labor espiritual no sólo se concreta a la Universidad. Heidelberg posee también una Academia de las Ciencias, es decir, una organización de estudiosos, y una Biblioteca Universitaria con 500.000 volúmenes, que, con justicia, ha conquistado el renombre de que hoy disfruta.

Para los amigos de las artes educativas, Heidelberg cuenta con un magnífico museo, dirigido brillante e inteligentemente, y que lleva el nombre de Museo del Palatinado Electoral. En cuanto a su teatro y a su música, Heidelberg puede equipararse con cualquier gran ciudad.

La labor de la Facultad de Ciencias Médicas ha preparado el terreno para la producción técnica, y es así que ha nacido en ella una industria para la fabricación de instrumentos quirúrgicos.

La educación intelectual está basada también en las buenas escuelas de instrucción secundaria, y la fama pedagógica

ca de Heidelberg es tan grande, que, antes de la guerra, fue fundado en esa ciudad un colegio británico.

El número de estudiantes, procedentes de todas partes del mundo, congregados en la Universidad, alcanza actualmente a unos tres mil.

En cuanto a la historia arquitectónica y a la belleza, que son características de Heidelberg, es necesario remontarse al estilo gótico de la Edad Media, que, cual ejemplo, ha dejado la iglesia de la ciudad como monumento grandioso, que

del XVII, es decir, la llamada construcción de Oto Enrique, realizada en 1559 y la de Federico (desgraciadamente reconstruida) y que fue terminada en 1607.

Y ya que estoy en esto, diré aún algunas palabras más sobre la historia de este castillo. En 1689, el Castillo de Heidelberg fue destruido por las fuerzas al mando del general francés Mélac, durante la campaña que Luis XIV envió para que conquistara el Palatinado alemán, y que, por cierto, fracasó casi completamente.

Parcialmente reconstruido, el infortunado palacio fue alcanzado en 1764 por un rayo catastrófico. Hoy en día el castillo es solamente una ruina, si bien es cierto que ella posee un encanto especial, que constituye en cierto modo una compensación por los perjuicios que le fueron causados por la guerra del Palatinado y el rayo.

Precisamente es el aspecto de esta ruina el que ha alimentado y robustecido ese concepto romántico, que constituye una parte integrante de la palabra "Heidelberg", tomada en su verdadera esencia. La reconstrucción de la obra de Federico, por un arquitecto demasiado ilustrado del siglo XIX, ha restado más al encanto de estas ruinas, de lo que ha podido sumarle, y ha influenciado dolorosamente la maravillosa melancolía de aquellas ruinas...

Pero volviendo a nuestro tema, es decir, la historia arquitectónica y de estilos de la hermosa ciudad, quiero agregar que después del Renacimiento de Heidelberg, la población ha sido influenciada por el estilo barroco, del que quedan aún hoy algunos monumentos, tales como el edificio de la vieja Universidad, la Municipalidad, la hermosa sede de la Academia, la iglesia jesuita y otros más.

El Imperio — es decir, la época de Napoleón I — también ha dejado en la arquitectura de Heidelberg sus huellas bien visibles.

Y antes de terminar con la descripción del aspecto histórico de la ciudad; sólo me resta aún referirme al famoso puente de piedra roja que fue construido en la época del potentado barroco Carlos Teodoro, a fines del siglo XVIII, sobre el río Neckar, que desempeña un

HEIDELBERG
POR
WILHELM
HAUSENSTEIN
(Para LA NACION)
MUNICH, diciembre de 1929.

pone de relieve la belleza de sus líneas.

Más tarde, el Renacimiento se transformó en una época arquitectónica de especial importancia para Heidelberg. Durante este tiempo fue construida la famosa casa, conocida con el nombre de "Al Caballero", y, ante todo, se procedió también en él a la erección del Castillo de Heidelberg.

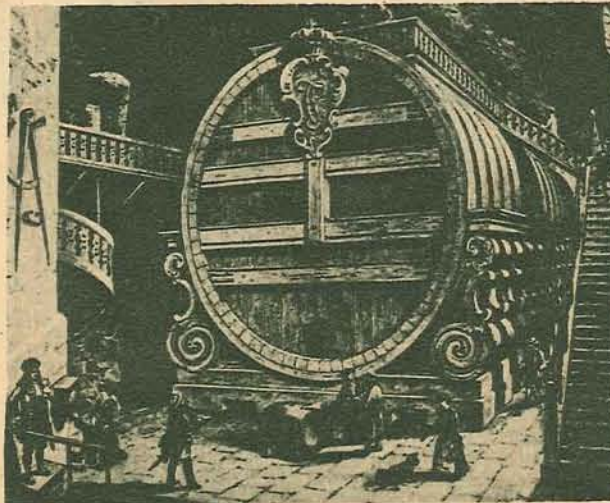
Los soberanos del antiguo Palatinado, que constituía, antes de su división por Napoleón I en una fracción badense y otra bávara, una unidad de Estado y de dinastía, amaban su residencia de Heidelberg y edificaron allí un enorme castillo, en medio de las barrancas, por encima de la ciudad de los burgueses, de los profesores y de los estudiantes.

Aunque ya existía en el siglo XIII, siendo utilizado como residencia de los soberanos del Palatinado Renano, el Castillo de Heidelberg fue fundado nuevamente en 1400, prosiguiéndose con los trabajos de su construcción y ampliación hasta 1600.

Lo que llama hoy especialmente la atención, en el castillo, es el trabajo realizado durante el siglo XVI y principios



Un torreón en ruinas en el castillo de Heidelberg



La gigantesca cuba de Heidelberg, con capacidad para 212.422 litros



El enano Perkeo, talla que se custodia en el castillo de Heidelberg

papel muy importante en el aspecto panorámico de la ciudad y de sus alrededores.

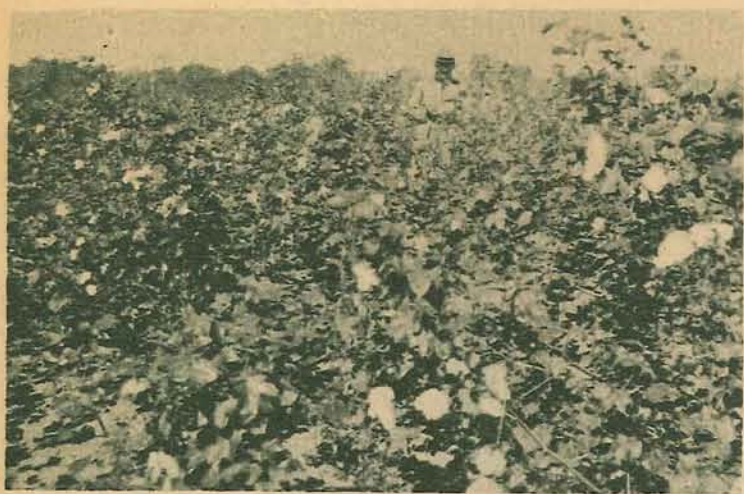
En cuanto al panorama de los alrededores de Heidelberg, en verdad no puede hablarse de él, porque, si hemos de ser sinceros, debemos admitir que el panorama de Heidelberg está dentro de la misma ciudad, que está edificada sobre colinas cubiertas de selvas alegres y vistosas. El castillo se levanta en medio de un terreno semejante a un parque. La parte nueva de la ciudad están constituida por construcciones con amplios jardines anexos, y sobre la orilla derecha del Neckar se extienden los grandes parques y viñedos del Monte Santo, que llevan hacia el famoso Camino de los Filósofos.

Heidelberg está situada en medio de árboles frutales, en el fértil terreno de la región occidental y meridional de Alemania, en una región pléfrica de vida, donde la naturaleza ha sido en extremo generosa con los árboles frutales. No sería posible imaginarse a esta ciudad sin su fruta, sin esos bosques de castaños, que en el clima suave de Heidelberg (uno de los más dulces de Alemania) producen castañas comestibles, como si allí empezara ya el clima bondadoso de Italia. Sería imposible también imaginarse a Heidelberg sin toda esa vegetación, que constituye su adorno natural.

Edificada en piedra roja, con sus techos de tejas de un color gris metálico, envuelta en una atmósfera que oscila entre lila y violeta, según el tono del cielo, el castillo y toda la ciudad se yerguen en medio de la maravillosa naturaleza. A mi juicio, por más que en ello no puedo ser imparcial, no hay, además, lugar en el mundo, donde sea más espléndida la caída del sol, como cuando, estacionado en la terraza del castillo, que mira hacia el Oeste, frente al Rin y a la ciudad de Mannheim, se asiste a este espectáculo grandioso de la naturaleza.

El Occidente se presenta durante el ocaso con un tono púrpura y rojo escarlata, realmente impresionante, y esos mismos tonos se reflejan en las aguas del Neckar, que, ya ancho, va a desembocar allí en el majestuoso Rin. Quiero mencionar aún aquí, que dos grandes pintores alemanes, que han asistido al inolvidable espectáculo de estas caídas del sol, han salido de Heidelberg para escalar las alturas de la fama. Son ellos Karl Rottmann y Wilhelm Trübner.

Por fin, esta ciudad se enorgullece también de su vino, lo que, por otra parte, no debe extrañarnos, si se considera que son abundantes los viñedos en esta región. Fue en Heidelberg donde se realizaron aquellas famosas embriagueces teutónicas. Además, es la ciudad donde existe aquel barril gigantesco, que puede contener más de 200.000 litros de vino y que — lo que es más sorprendente aun — jamás se ha conservado lleno. Es esta la ciudad de aquel enano y bufo de la Corte, Klemens Perkeo, del Tirol, que quiso ahogar sus penas y calmar su extraordinaria sed, allá por el siglo XVIII, con el contenido del barril gigantesco, extrayéndole sendos vasos de vino. Su monumento aun se halla al lado del barril, en homenaje al "genius loci".



Algodonal en la Colonia Presidencia Roque Sáenz Peña, F. C. C. N. A., Chaco



Aporcando el algodón

LA SIEMBRA DEL ALGODONERO EN EL NORTE

NO ES SOLIDA LA SITUACION DE SUS COLONOS



L Chaco austral y boreal, como también la parte norte de la provincia de Corrientes, a barcan, por su clima y fertilidad,

los campos más aptos para la siembra del algodón. Su cultivo en nuestro país es reciente, tanto que para ello se ha librado una infima parte del área de tierras adecuadas para el cultivo de este textil.

Puede decirse que las primeras siembras datan de diez años a la fecha y fueron originadas por una intensa propaganda efectuada por el Ministerio de Agricultura; estos sembrados fueron en aumento hasta marcar el máximo de su producción en los años 1924 y 1925; desde ese entonces hasta la actualidad la disminución de las cosechas ha sido gradual año tras año.

Parecería a primera vista que esta merma fuera debida a la calidad inferior de las tierras del Norte; sin embargo, no es así, pues, por el contrario, está bien probada su bondad para ello. La causa radica en factores bien distintos y,

desde luego, de otros órdenes.

Una de las causas principales se debe a la continua baja en los mercados locales para la colocación del producto, el cual, habiendo sido cotizado entre 550 y 450 pesos la tonelada durante los citados años de 1924 y 1925, por gran parte de la cosecha última se ha llegado a pagar hasta 250 pesos por cada tonelada.

Por cierto que esta baja no se debe ni a un exceso de producción ni tampoco a las fluctuaciones de precio en los mercados extranjeros. No es lógico admitir lo uno ni lo otro tratándose, como en este caso, de un producto del cual, por exuberantes que resultaran las cosechas de todos los países en que se cultiva el algodón, nunca se llegaría a satisfacer la demanda mundial.

Esta depreciación ha traído como consecuencia la desmoralización del colono y su despreocupación en el cuidado de la sementera, por lo que se puede agregar también como resultante el pobre rendimiento de sus cosechas.

El cultivo del algodón es por demás sencillo desde la preparación de la tierra hasta la recolección de su fruto; sólo debe tenerse en cuenta para lo primero desmenuzar bien la tierra hasta dejarla completamente libre de los terrones que dificulten su nacimiento. Efectuada la siembra en hileras separadas entre sí por una distancia no menor de un metro diez centímetros, tanto de Norte a Sur como de Este a Oeste, debe el colono dedicarse solamente a la cura y a una continua limpieza hasta el momento de la cosecha.

El algodón debe en todo tiempo estar libre de malezas, por considerárselas como a su peor enemigo; pues además de constituir un fácil vehículo para la transmisión de los parásitos que le son nocivos, restan a la plantación de la ventilación que le es tan necesaria, a la vez que despojan a la tierra de los elementos nutritivos que le dan vida. Si la maleza avanza, la planta muere o se debilita en forma tal que su producto resulta casi nulo.

Si es cierto que el cultivo del algodón es nuevo en nuestro país, no es menos cierto que nació rodeado de todos los malos elementos que pululan en rededor de los cereales de mayor data, como son el maíz, el trigo, el lino, etc. Nos referimos a los intermediarios, comisionistas, acopiadores y, sobre todo, a los especuladores.

Si se consiguiera que el colono pudiera vender su algodón en fibra y no en bruto, como lo hace actualmente, y si estuviera a su alcance exportarlo directamente, si esto fuera de su conveniencia, entonces si se conseguiría también libertarlo de esta serie de intermediarios, que efectúan sus ganancias en perjuicio siempre del productor.

De no tener remedio este mal, desde luego no trataríamos de indicar el modo de extirparlo; no le hubiéramos dedicado siquiera la menor atención, y si, por el contrario, lo hacemos en forma tan señalada, es llevados por el convencimiento de que existe la manera de librar al colono de estas asechanzas, las que, como hemos dicho, se resuelven siempre en detrimento de sus intereses, por demás respetables, ya que representan su labor de todo el año.

Es sabido que una vez juntado el algodón en bruto debe someterse a su desmote para convertirlo en fibra. La desmotadora es, pues, para el algodón lo mismo que la desgranadora para el maíz y la trilladora para el trigo, lino, avena y otros cereales; de una y otra salen sus productos, ya sea embolsados o enfardados y libres de mazorca, paja, tierra y semilla: en una palabra, listos para la venta.

A pesar de ser tan semejante esta operación, existe, sin embargo, una marcada diferencia en contra del textil; ella radica en que, mientras los cereales se elaboran en la chacra misma del colono, por medio de un material rodante, el algodón, en cambio, debe ser transportado en bruto para desmotar, puesto que la usina se compone de una maquinaria clavada al suelo.

Entre ese material rodante que elabora los cereales se establece la lógica competencia en beneficio del colono, quien elige la máquina que más convenga a sus intereses. El productor de algodón, en cambio, debe remitir su cosecha a un lugar determinado para su desmote.

No en todas las zonas exis-

ten desmotadoras, de manera que el chacarero debe ajustar precio con un representante radicado en el pueblo, quien, al cobrar su comisión de 20 ó 25 pesos por tonelada, se constituye en el primer intermediario de los tantos que más tarde se van sucediendo para cada una de las operaciones posteriores que sobre el mismo producto se realizan.

Se debe fomentar entonces la creación de cooperativas y la instalación de usinas desmotadoras oficiales, situadas estratégicamente al solo efecto de desmotar el algodón que el colono remita. Estando la administración de estas usinas autorizada para entregar a cada remitente una carta de crédito en proporción con sus remesas, la que pudiera ser descontada en el Banco de la Nación o en el Banco Agrícola que se creara con ese fin, se evitaría, si no totalmente, por lo menos en gran parte el sometimiento del colono a los intermediarios y especuladores.

Existe además otro inconveniente que, si bien hasta la fecha no se ha hecho sentir mayormente, será en lo sucesivo un grave problema que se ha de resolver, y quizá sin solución entonces. Este es, a nuestro juicio, la forma en que se libran las tierras fiscales para la siembra del algodón.

El primero de los errores lo constituye la facilidad de posesión tácita que el Gobierno,

Por JOSE LUIS DOMINGUEZ

con su tolerancia, otorga a los pobladores intrusos, quienes en la mayoría de los casos molestan con su ocupación, no solamente a los pobladores que han solicitado con anterioridad esas tierras, sino también a los obreros que explotan los bosques autorizados por el Gobierno, previa la correspondiente licitación, y que en la mayoría de los casos necesitan la extensión total del lote para pastoreo de los muchos animales que se requieren para el transporte de las maderas.

También perjudican estos intrusos al comercio local, del cual obtienen créditos hasta la recolección del producto. Si la cosecha se presenta favorablemente, todo va bien; pero si ocurre lo contrario, como no tienen arraigo ni han efectuado pago alguno por las tierras que ocupan, desaparecen de un momento a otro, dejando impagas sus deudas.

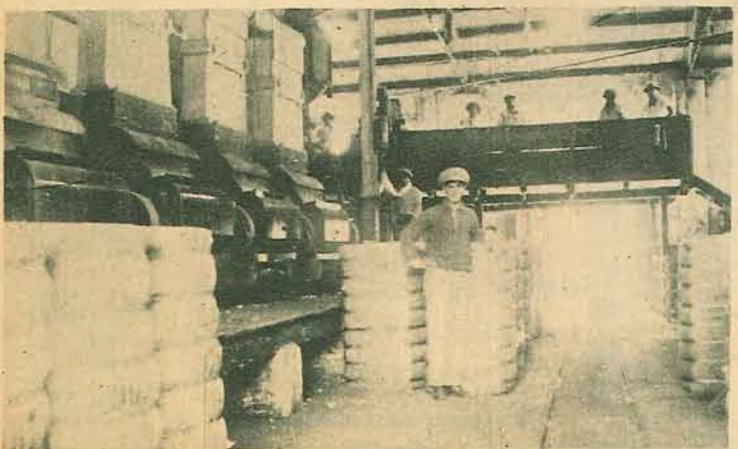
El Gobierno, por su parte, ha fundado varias colonias, subdividiéndolas en chacras de 100 hectáreas cada una, con la única prohibición de utilizar el bosque que contenga hasta el pago total de la tierra. Consideramos que esta intervención no debiera limitarse a los bosques, sino que convendría hacerla extensiva a la superficie total de la chacra, impidiendo por de pronot la siembra de algodón en un área mayor de 25 hectáreas.

Con esta fiscalización se obtendría un notable mejoramiento en el rendimiento de las cosechas al limitar su sembrado al área indicada, pues en esa forma podría ser bien atendida por el colono y su familia, inculcándole al mismo tiempo que la abundancia de la cosecha no se debe a la mayor extensión, sino al mayor cuidado.

También en esa forma se conseguiría la rotación necesaria de las tierras a fin de tenerlas siempre en condiciones aptas para su cultivo, con el descanso a que periódicamente se debe someterlas.



Algodón en bruto almacenado en una usina desmotadora



Algodón ya desmotado y enfardado



EL MEJOR Y MÁS MODERNO HOTEL EN LONDRES, INGLATERRA

Grosvenor House es el único Hotel en Park Lane. Da al Hyde Park, el más regio de los Parques. Esta situado en Mayfair, el centro de la vida social, a poca distancia de Piccadilly y de los Teatros.

Confort supremo - Tarifa equitativa - Toda comodidad moderna

Posición admirable

500 Dormitorios, cada uno con su cuarto de baño, agua corriente helada para beber y con entradas separadas.

50 DEPARTAMENTOS. RESTAURANT.

GRILL ROOM. SALONES PARA BANQUETES.

El mejor Salón en Londres para patinar a hielo.

Oficina St. Phalle para las cotizaciones de la Bolsa Americana.

GROSVENOR HOUSE

EL ÚNICO HOTEL EN PARK LANE

Telegramas

Grosvenor Audley London.



PLAZA ITALIA

CUATRO de la tarde. Garibaldi, con un enorme gesto heroico y campechano, ha frenado su caballo para saludar a la gente, antes de largarse a perseguir nubes por el campito del cielo. Sobre el anca del animal el sombrero del héroe es el símbolo del gran saludo volteado que sólo saben hacer los grandes saludadores de pueblos. (Dicen que en otros tiempos alborotó a los hombres como ninguno, y levantó por las cuchillas de la patria el griterío embravecido de las montañas). Delante de él, por la Avenida Sarmiento, el cielo está abierto como una pampa sin alambrar. (Las nubes han empezado a desbandarse ante la amenaza de aquel galope de bronce que está metiéndoles miedo. Pero Garibaldi sujeta

su caballo, y el sombrero sigue derrocado sobre el anca redonda).

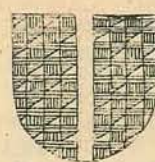
En el atardecer de la plaza los tranvías alargan sus quejidos filosos, mientras el aire aspira a bocanadas la sombra.

Por Santa Fe, un trolley raspa un cruce de cables, y el primer farol se enciende en la tarde como un fogonazo de magnesio: Dios se adelantó a la hora, y la fotografía de la noche se perdió en ese horrible baño blancuzco de los nacidos, que es como el Limbo de las fotografías fracasadas.

7 de la tarde. La multitud va deshilachándose desde las veredas de la plaza. Una mujer—con cuatro chicos a remolque—corre como ciega hacia el tranvía en una arremetida asombrosa. En la mitad del camino se detiene espantada de su hazaña, y un bocinazo brutal le pega un golpe en las piernas. Hasta que por fin



PLAZA DE MAYO



UNA nube de porcelana rosada—palomar de las palomas del cielo—avanza en la lejanía clara. (Los ángeles están cambiando de sitio el palomar). De pronto, en la llanura celeste la nube duda y se tambalea con su presumida dignidad de pato, para largarse luego en una disparada súbita sobre el andador del viento. ¡Oh, si algún día llovieran plumas blancas sobre la Plaza de Mayo, del palomar del cielo! La lanza de la Libertad se levantó ya muchas veces para hacer perder el equilibrio a la nube; pero los ángeles volaban demasiado alto, y el palomar seguía... (Apenas si de vez en cuando se enganchaba en la lanza el vellón de una nubecita perdida).

Bajo la luz de su cielo se

inauguraron todas las mañanas lindas de la Patria. Aquí cada fiesta tuvo su sol de papel dorado y sus banderitas nerviosas tiritando de frío en las mañanas de mayo. Aquí—entre el celeste recién pintado de la hondonada de cielo y el verde recién mojado de los cancheros—se levantaron los alegres palcos de las inauguraciones, con una bandera argentina por delantal. (En la bajadita de césped la Pirámide era el regalo de patria que los hombres ofrecían a los chicos de las escuelas. Más de una vez el Presidente estuvo a punto de imponerle en sesgo tirante a la Pirámide su banda presidencial de seda con el sol bordado como un lujoso escarabajo de oro). Mientras, en una punta, las notas sueltas del Himno jugaban a las esquinitas entre las columnas de la Catedral.

Abajo caminos blancos, y arriba, el cielo embalsado...

CIELOS DE BUENOS AIRES POR IGNACIO B. ANZOATEGUI



se decide, y vuelve a correr como una cucaracha asustada.

¡Anochecer del domingo, cuando la estatua de Garibaldi se queda sola como si fuera el mausoleo de todas las esperanzas domingueras!

A LA JUVENTUD ARGENTINA

(Continuación de la pág. 3)

das luces improductivas. Quienes no sean aptos para laborar enérgicamente al hilo de lo que sugiera una fantasía culta y disciplinada, esos no rebasarán el área de la mente pueblina, por brillante que sea el fausto de su vida exterior. El hábito del trabajo es una estimable virtud, que por sí sola no implica fecundidad si no se proyecta sobre un repertorio de temas inteligentes.

El norteamericano ha alcanzado esa cima de riqueza y producción porque supo aversar a la tarea superflua, a la ocupación lujosa cuyo desborde opulento es el gran negocio. Mírese con reposo la historia norteamericana en los últimos cien años, y se verá cómo los organizadores del país no descuidaron un momento las actividades ideales. El esfuerzo gastado en ayudar al conciudadano débil o desvalido no es menor que la atención consagrada a la ciencia minuciosa, puro deleite para la mente o la sensibilidad, a ciencias que solemos considerar aburridas y sin sentido: el orientalismo, la Edad Media, la investigación geográfica, la lingüística, la matemática, la biología. ¿Por qué no se conoce bien en Hispanoamérica la bibliografía, los libros que sobre estas y cien otras materias han salido de las prensas yanquis? No ha mucho oí en Cuba algo por demás extraño. Unos hombres cultos e inteligentes me aseguraron que habían renunciado a enseñar en la Universidad ciertas materias (derecho romano) por el aire de broma y desesti-

ma que la sociedad lanzaba sobre ellos. ¡Ocuparse en una técnica que no sirve para alegar ante los tribunales, y además con latinitos! Entretanto, los Estados Unidos disuelven y absorben la gran isla.

Ya en 1849 publicaba Ticknor, en Boston, una "Historia de la literatura española", mucho antes de que los españoles pensarán en tenerla. En 1838 escribía Prescott su maravillosa "Historia de los Reyes Católicos". En 1857 se editaba críticamente en Harvard la famosa comedia "La Estrella de Sevilla". Y cosas semejantes ocurrían en otros dominios de la cultura. ¿Cuándo podrá una universidad de lengua española publicar con rigor técnico una obra inglesa del siglo XVII?

No es, pues, la abundancia de dólares lo que determina el esplendor científico. En 1850 la Nueva Inglaterra no poseía rascacielos, ni Panamá, ni automóviles, pero si mucha gente afanosa, que dedicaba horas exquisitas a lo que nosotros llamamos "lata", zoncera, y los andaluces "esaborisión", y así acontece que en la Exposición de Sevilla no haya hoy ningún "stand" con automóviles marca López, Bolívar o Ayacucho.

Los estudios medievales han llegado a alcanzar en Norte América un buen florecimiento, que se refleja en la magnífica revista "Speculum", sostenida por gran número de eruditos yanquis. Y el griego y el latín (sin cultivo científico en la llamada América Latina) cuentan con excelentes revistas y libros originales (puede verse su reseña en Marouzeau, "Dix années de bibliographie classique"). La Sociedad Lingüística de América, cuya sede está en Filadelfia, acaba de enviarnos unas cuantas publicaciones, cuyos títulos harán

sonreír a los encantados con el "practicismo" moderno: "La 'W' postconsonántica en indoeuropeo", por el profesor Wood, de Chicago; "Crítica textual de las inscripciones persas, griegas y latinas", por el profesor Kent, de Pennsylvania; etc.

Una muestra de ese gusto por las labores desinteresadas de la inteligencia nos la da la Fundación Guggenheim. Anualmente marchan al extranjero, pensionados por este organismo particular, unas 70 personas, cada una con una beca de 2500 dólares. Los temas que estudian estos becarios pertenecen a todos los campos de la cultura. Entre los favorecidos con esa ayuda se encuentra Mr. Compton, de Chicago, premio Nobel de física en 1925. En estos días, los esposos Guggenheim acaban de donar otro millón de dólares con destino a becas hispanoamericanas. Ojalá sea aprovechada esta buena oportunidad para que una selección de jóvenes sudamericanos emprendan nuevas y fecundas sendas.

En los países que poseen una cultura propia, ésta ha surgido como un desborde de innumerables actividades de tipo ascendente, unas de las cuales llevan al logro de la riqueza y otras no. Nunca se dió el caso de que un país dotado de originalidad intelectual en la técnica se hubiese afanado sólo por tareas inmediatamente reproductivas. Los Estados Unidos (ni más ni menos que Inglaterra, Francia o Alemania) no han dejado nunca de cultivar esas técnicas que desdennan los países del Sur. Las humanidades, que en Méjico o en el Brasil se desestiman como antigualla eclesiástica, son objeto de amoroso cuidado por parte de los estadounidenses. El más lindo libro de latín medieval ("A primer

of medieval latin") ha sido publicado por la Universidad de Chicago; y norteamericanos son también Thorndike, Taylor y Haskins, autores de espléndidos libros sobre la ciencia, el pensamiento y la cultura medievales. Se conoce que la amplitud de las tierras norteamericanas no invita sólo a labores frívolas y de mera superficie.

La Argentina va situándose en la primera línea de los pueblos de abolengo ibérico. Su mañana entrega las riendas a la juventud que hoy frecuenta los colegios y las universidades. Los días son de apremio y de responsabilidad. Conocer

lo que sean realmente los Estados Unidos y cómo han llegado a ser lo que son, es de inaplazable urgencia para el muchacho de Hispanoamérica. Su ejemplo, siendo él americano, le valdrá mucho más que cuanto podamos decirle los europeos en nombre de la vieja Europa. Modernidad yanqui, millonadas, rascacielos, carne en latas, control del mundo, practicismo: latín, física, egipología, chino, biología, regalar dinero para que los demás hagan de todo eso y de mucho más. Contemplar una sola faz de la cuestión no sería ni razonable ni prudente.

ST. MORITZ
ENGADIN 1850 M. S. M. SUIZA

PRINCIPALES HOTELES
KULM HOTELS
GRAND HOTEL
SUVRETTA
PALACE
CARLTON

GOLF 18 Y 9 AGUJEROS
CAMPEONATOS DE GOLF
Cuatro torneos internacionales de tennis

Carreteras accesibles a los automóviles



EL ACEITE QUE TRIUNFO POR SU CALIDAD MANDIYU



Purísimo aceite vegetal, bienvenido en todos los hogares, sazona con un gusto delicado los manjares guisados o fritos en cuya preparación se emplea.

Usted reconocerá el Mandiyu por su hermoso color oro viejo transparente.



A pesar de sus insuperables cualidades, el Mandiyu es un aceite sumamente económico, no sólo por su precio de adquisición, sino también por su excepcional rendimiento.

Consúmalo en su cocina. Será para Vd. una revelación de bondad y conveniencia.

TAMBORES MANDIYU CON CANILLA. Estos tipos de envases, con capacidad de 5, 10 y 20 litros, han sido creados para su comodidad. Adóptelos.

Podrá rellenarlos con el contenido de las latas cuadradas que ahora son de 2, 4 y 16 litros.



mandiyu

El aceite ideal para el hogar

Por mayor:

COMPAÑIA GENERAL FABRIL FINANCIERA
LIMA 229 — BUENOS AIRES





Doble acción, doble duración.

NO es prudente lavarse con cualquier jabón; es necesario cuidar el cutis usando jabones finos de cualidades beneficiosas a la piel por lo menos dos veces al día.

El Duc es de "Doble Acción" benéfica, por su pasta neutra y pura y por las virtudes de sus esencias seleccionadas entre las de propiedades más favorables para la piel.

PARA comprobar si un jabón está en su punto de elaboración, basta probarlo con la punta de la lengua: si produce picor es porque su saponificación no es perfecta.

El jabón Duc, antes de salir de la fábrica, es cuidadosamente controlado por los procedimientos más modernos y por ello responde al análisis más exigente.

El Duc une a su "Doble Acción" su "Doble Duración" que lo hace el más ventajoso de los jabones finos de tocador.

Millares de damas que lo han probado no usan otro.

La pastilla de 115 gramos 70 centavos

En todas las Farmacias,
Perfumerías y Tiendas.

Perfumería
Dubarry

FUNDADA EN 1903

Si compra 3 pastillas le regalarán
un artístico cuadro de 50x70.